

-Todo o nada, su beatitud. El obelisco debe permanecer intacto para resplandecer con todo su poder en el suelo francés. El transporte será un éxito siempre que el asunto sea confiado a un hombre de práctica, arquitecto o mecánico, ¡en ningún caso a un sabio de gabinete!

Era la única solución para salvar una de las obras maestras más perfectas del arte egipcio, mancillado cada día por vándalos y condenado a una rápida degradación.

Mehmet-Alí alisó su barba blanca, perplejo, se levantó y ordenó secamente a sus cortesanos que se fueran. Esperó a que estuviéramos solos para tomar la palabra.

-Es usted un hombre muy activo, Champollion. Egipto vivía olvidado y tranquilo antes de su llegada. Temo que provoque un interés demasiado apremiante por este viejo país que debe caminar lentamente hacia el progreso.

-La razón de ser de Egipto, su beatitud, ¿no es acaso su mensaje espiritual?

-Usted ve templos, esculturas, divinidades. Yo veo fábricas, máquinas, presas. Somos adversarios empeñados en una lucha sin piedad. Sólo la posteridad será capaz de juzgarnos.

El pacha se detuvo frente a una ventana abierta y me dio la espalda. Para él, la conversación había terminado.

Para mí no.

-Perdone que interrumpa su meditación... pero no he oído su respuesta con respecto a mi proyecto.

El amo de Egipto tenía la inmovilidad del granito. Durante unos largos segundos, temí que hubiera adoptado también un silencio mineral.

-Su obelisco embellecerá París, Champollion.

Embriagado con mi victoria, me atreví por fin a dar el último paso que me separaba del corazón de Tebas: Karnak, el palacio de Amón-Ra, el señor de los dioses.

Karnak, la Tebas de las cien puertas que, durante muchos siglos, había reinado sobre el universo. ¿Qué me reservaba? ¿Qué quedaría de ella, tras la destrucción de los asirios, de los cristianos y de los árabes? ¿Estaría Karnak reducido al mismo estado lamentable que Luxor?

Incapaz de esperar por más tiempo, caminé a paso rápido bajo el sol. Un borriquero me propuso una ayuda que acepté gustoso. La distancia fue pronto recorrida. Cuando dejamos la orilla para penetrar en las tierras y el borriquero me anunció con orgullo «*Al-Karnak!*», cerré los ojos.

¿Iba a conocer la mayor alegría o la mayor decepción de mi existencia? El burro se detuvo. Me apeé, terriblemente emocionado.

Abrí por fin los ojos.

Karnak se alzaba ante mí, inmensa, sobrehumana.

Allí vi toda la magnificencia faraónica, lo más grande que los hombres han imaginado y ejecutado. Lo que había visto en Tebas me pareció miserable comparado con las concepciones gigantescas que me rodeaban. Me abstendré de hacer descripción alguna, porque o mis expresiones sólo valdrían la milésima parte de lo que se debe decir al hablar de semejantes objetos, o, si trazara un débil esbozo, aunque muy descolorido, me tomarían por un entusiasta, tal vez por un loco. Bastará añadir que ningún pueblo antiguo ni moderno ha concebido el arte de la arquitectura a una escala tan sublime, tan amplia, tan grandiosa, como lo hicieron los antiguos egipcios; concebían como hombres de cien pies de altura, y tenemos como mucho cinco pies y ocho pulgadas. La imaginación que en Europa se dispara muy por encima de nuestros pórticos, se detiene y cae impotente al pie de las 140 columnas de la sala hipóstila de Karnak, bosque de

flores gigantes, mundo más allá de lo humano que ilumina una luz celeste filtrada por unas ventanas de piedra.

En este templo maravilloso he contemplado los retratos de la mayoría de los faraones que habían hecho la gloria del Imperio. Egipto ha desplegado en esas columnas y sobre esos muros el poder del espíritu, ha logrado espiritualizar la materia.

Karnak también ha sufrido la negligencia de los invasores árabes, para quienes Egipto sólo es una tierra extranjera. Hay colosos desplomados, montículos de arena por desescombrar, dinteles que amenazan con caer en ruinas, campamentos de indígenas en los santuarios. Pero el genio de los antiguos no había cedido ante estas agresiones del tiempo y de los hombres. Karnak, con su gigantismo, es capaz de desafiar los cataclismos, entre los cuales figura en primer lugar la ignorancia humana.

Los dioses me habían llevado al corazón de lo más sagrado que hay en el mundo... aquella visión me hizo olvidar las necedades y las bajezas de la existencia.

-Maestro... ¡pero si está aquí!

Abriendo la puerta de mi camarote, que había olvidado cerrar con llave, Rosellini se quedó atónito al descubrirme instalado en mi mesa de trabajo, cubierta de papeles.

En Karnak había emborrinado decenas de hojas. Cuando volví al *Isis*, al anochecer, empecé enseguida a redactar un ensayo de cronología de los reyes que habían dejado huellas de su reinado. El día en que el Profeta me entregue los elementos de la tradición oral de los que él disponía, estaré preparado para redactar una gramática, un diccionario y una historia general de la civilización egipcia.

-Le hemos buscado por todas partes, maestro... Estábamos muy preocupados. ¿No estará enfermo?

-Mi salud es excelente. El clima me sienta de maravilla y me encuentro mucho mejor que en París. Hoy he trabajado mucho... y espero que usted también.

Rosellini pareció ofendido.

-Perdone esta observación... Parece estar de mal humor.

-Exacto -dije tirando mi pluma lejos-. Incluso estoy furioso.

-¿Por mi culpa?

-En absoluto. Por culpa de toda Francia, de los que pretenden ser mis allegados o mis amigos. No hay noticias de ellos desde que nos fuimos. Ni una carta.

-Dificultades de envío, seguramente...

-No intente mentir, Rosellini. Sé que usted ha recibido cartas que provenían de Alejandría. L'Hote, Bidant, Raddi... todos ustedes han recibido noticias. Yo no.

-Drovetti ha debido hacer retener las misivas que le concernían para sumirle en la desesperación. No permita que triunfe su malevolencia.

Por lo tanto estaba solo, completamente solo, pero el espíritu del Antiguo Egipto entraba en mí, hora tras hora. Los lazos con Europa y mi pasado se rompían uno tras otro. En mi fuero interno no sentía ninguna tristeza. Karnak marcaba la cumbre de mi destino, relegando el ayer al rango de las vanidades llevadas por un viento de arena. Acababa de pasar un punto sin retorno.

El rostro inquieto de L'Hote apareció detrás de Rosellini.

-General, una mala noticia. Acabo de ver a Abdel-Razuk en el muelle. Primero pensé que me había equivocado, pero estoy demasiado acostumbrado a observar. He gritado su nombre.

Se ha vuelto y ha huido. Hay que señalar su presencia a las autoridades de Luxor.

-Es inútil -contesté-. Abdel-Razuk está al servicio del pacha, que impedirá cualquier acción contra su sirviente.

Deseando saborear la luz del sol poniente en el puente del *Isis*, me encontré con una suntuosa lady Redgrave. Llevaba un vestido de noche de seda roja y un collar de perlas de tres hileras. Estaba resplandeciente y habría hecho que cualquier ermitaño renunciara a su soledad.

-Siento tener que apartarle de sus sabios trabajos -dijo, provocadora.

-¿Por qué motivo?

Me observó con ojo crítico.

-Parece un explorador que regresa de lo más recóndito del desierto. Debería engalanarse un poco para seducir a sus huéspedes.

-No tengo a quién seducir, lady Redgrave. He subido a tomar el aire un momento y vuelvo a mi camarote. Establecer la lista de los faraones me parece algo más esencial que una cena mundana.

-Pues no se libraré de ésta.

-¿Y porqué?

-Porque las mayores personalidades de Luxor deseaban ser invitadas a su mesa... que está ahora dispuesta en el puente.

Me disponía a precipitarme para comprobar esa noticia, pero lady Redgrave me cerró el paso.

-¡No con esa facha, señor Champollion!

La mesa redonda había sido instalada debajo de una tela de tienda extendida sobre cuatro postes. Un delicioso soplo de aire volvía la velada encantadora, borrando las fatigas de la jornada. Lady Redgrave actuó como una anfitriona notable, adornando lo corriente con lámparas de aceite y ornamentos florales.

No me había engañado respecto a la calidad de nuestros invitados. Allí había un Agá turco, comandante jefe de Gournah; el jeque elbeled de Medinet-Habu, que daba órdenes en ese templo y en el Ramesseum; finalmente, el jeque de Karnak, ante el cual todo se prosterna en las columnatas del viejo palacio de los reyes de Egipto. Reinan sobre un ejército de gente menuda y pequeños oficios. Es imposible dar un paso en Tebas sin su consentimiento.

La conversación, a decir verdad, se redujo a un intercambio de banalidades y de felicitaciones recíprocas; a intervalos regulares, yo contestaba *Thaïbin* (estoy bien) a la pregunta *Ente-thaïeb*, (¿está bien?). Una sonrisa cordial adornaba entonces los labios de mis huéspedes, a quienes ofrecí pipas y café en abundancia. Solimán contó algunos chistes orientales que trataban de demonios engañados por los humanos. Nos colmaron de regalos: un rebaño de ovejas y unas cincuenta gallinas. Aquella fortuna con patas, que lady Redgrave apreció mucho, nos aseguraría pronto un excelente sustento.

Recibiendo un lote de pólvora que le ofrecía una supremacía guerrera, el jeque de Karnak me atribuyó un personal numeroso para trabajar en el gran templo. Se deshizo en cumplidos galantes acerca de lady Redgrave, a quien otorgó el título de «su esposa». Habría debido reaccionar, pero es muy peligroso, según las reglas de la educación egipcia, contradecir brutalmente a un invitado.

Lady Ophelia sonreía.

Con el corazón lleno de esperanza, al día siguiente penetré de nuevo en Karnak como si el inmenso dominio de Amón fuera ahora mío. Los fellahs prometidos por el jeque me esperaban en el gran patio, detrás del pilón macizo de entrada. Junto con

Rosellini y L'Hote, me dirigí entusiasmado a aquella cuadrilla de obreros, dirigidos por un capataz que fijó su salario a media piastra por día. Las excavaciones empezaron de inmediato. Rosellini temblaba de curiosidad con la idea de desenterrar estatuas. L'Hote se alegraba de abandonar sus dibujos para dedicarse a un trabajo de dirigente de hombres.

Solimán me trajo el personaje que le había pedido que descubriera: Timsah (el cocodrilo), excavador personal del cónsul general de Francia, Drovetti, y representante local de las autoridades francesas. El cocodrilo era pequeño y de anchas espaldas. La frente baja, las manos gruesas, apenas abría los ojos.

-Que el saludo esté contigo, Timsah. ¿Te ha anunciado mi venida el cónsul general?

-Sí.

-¿Te ha entregado los fondos necesarios para emprender las excavaciones?

-Los estoy esperando.

-¿No querrás decir... que no tienes nada en tu poder?

-Los estoy esperando-repitió.

-¿Para qué fecha? -me impacienté.

-Mañana... tal vez pasado mañana.

-Será mañana. Te hago personalmente responsable de ello.

El cocodrilo se inclinó y se alejó lentamente.

-¿Cómo pagaremos a los obreros esta noche? -se inquietó Rosellini.

-Con mi propio dinero.

La jornada fue una sucesión de asombros. Hice medir el más alto de los obeliscos egipcios. Un joven nubio consiguió alcanzar la cima de la aguja de piedra ayudándose con un poste rodeado de cordajes. Mientras trepaba, el capataz imploraba a Alá de rodillas y los destajistas recitaban versos del Corán. En otra parte, excavaban para despejar unas bases de columnas y extraían tierra de unos bronceos tardíos. Yo volaba de templo en templo, de sala de fiestas en sanctasanctorum, de galería de careros en pórticos monumentales. Devoraba Karnak con avidez, convencido de que aquella obra de construcción del tamaño del universo nunca había estado cerrada. Hasta el final de su epopeya, los capataces habían construido, embellecido, desarrollado. Y yo era ahora su humilde sucesor, dispuesto a hacer revivir ese cuerpo sagrado de Egipto donde el espíritu y la mano habían creado con el mismo genio.

Estaba copiando una escena de ofrenda grabada en una de las columnas de la sala hipóstila cuando el capataz vino a buscarme. Sus gestos desordenados atestiguaban una viva exaltación. Corrí detrás de él hasta la capilla de Seti, ante la cual estaba teniendo lugar un espectáculo lamentable: L'Hote y el padre Bidant se estaban peleando a manotazo limpio. El religioso parecía llevar ventaja, asestando grandes golpes con la palma de la mano. L'Hote se veía obligado a retroceder protegiéndose el rostro.

-¡Paren inmediatamente! -intervine con voz potente que puso fin al combate-. ¿Se ha vuelto usted loco, padre? ¿Y usted, L'Hote, es que ha perdido toda dignidad?

-Bidant es un criminal, general.

-L'Hote es un demente -contraatacó el religioso-. Me ha agredido cuando estaba examinando el bajo de un muro.

-No lo examinaba -protestó L'Hote-, ¡lo degradaba! ¡Intentaba borrar las figuras a pedradas!

Inclinándome sobre el objeto del conflicto, admiré una escena conmovedora: el faraón, representado de niño, estaba sentado sobre las rodillas de su madre. Comprendí las intenciones del padre Bidant.

-La Virgen llevando al Cristo... ha pensado en ellos, ¿verdad? Ha querido destruir el motivo egipcio que ha servido de modelo a los imagineros de la Edad Media. Este nacimiento divino antes del cristianismo le resulta muy molesto... Su combate es inútil, padre. ¡Tendrá que admitir que el cristianismo ha nacido en esta tierra y que ha sacado sus símbolos del más viejo caudal egipcio!

-¡Sacrílego! -rugió el religioso furioso y, sacudiendo su sotana cubierta de polvo, se alejó del recinto sagrado.

Karnak me hechizaba. Ya no necesitaba dormir, apenas comía. Ni siquiera pensaba en el peligro. Tenía la impresión de haber vivido siempre aquí, de haber recorrido antes esas galerías y frecuentado esas salas. Lady Redgrave había dejado el barco para instalarse en una confortable vivienda de Luxor llena de sirvientes. Una barrera insuperable se había vuelto a alzar entre nosotros. El padre Bidant se había enclaustrado en su camarote donde se hacía servir sus comidas. El profesor Raddi, provisto de una silla plegable, se sentaba en el linde del desierto que contemplaba durante horas. No oía ni veía a nadie. L'Hote y Rosellini me secundaban hasta el límite de sus fuerzas, sorprendidos por mi capacidad de resistencia. Mi salud, preocupación constante en los fríos y las brumas de Europa, mejoraba bajo el sol de Egipto; Karnak, además, tenía el don de borrar las fatigas. Por el suelo circulaban energías divinas que dejaban el cuerpo como nuevo. Comprendí por qué los constructores habían podido levantar unas piedras de semejante tamaño y construir a escala tan gigantesca: estaban poseídos por un poder sobrenatural que les ofrecía la obra de construcción del templo.

Aquellos monumentos no pertenecían al pasado. Eran el eterno presente de la conciencia, tan serenos como la primera mañana del mundo. Tebas se había convertido en mi centro del universo, el lugar donde mi destino se cumplía tanto en la luz como en el misterio. Si me dejan excavar Karnak, ya no me moveré de aquí. Llegaré incluso a olvidar al Profeta y el desciframiento de los jeroglíficos. Me contentaré con ser el más modesto de los obreros, con quitar la arena y el polvo hasta el final de mi existencia.

Me quedé dormido y soñé con un Karnak resucitado.

Una enorme agitación reinaba en el recinto del templo de Mout, al sur del santuario de Amón. En el resplandor intenso de la madrugada, el emplazamiento consagrado a la madre divina se me apareció en su extrañeza: unos bloques dispersos, unos hierba) os, un lago sagrado en forma de luna creciente.

Una multitud de fellahs se había reunido alrededor de L'Hote, que se había empeñado en cavar en aquel lugar aislado. Me habría dejado seducir gustosamente por el encanto de aquella llanura repleta de tesoros ocultos si no hubiera visto a L'Hote debatirse en medio de una muchedumbre hostil. Tenía que socorrerle lo antes posible.

Aparté a unos obreros y me dirigí al jeque de Karnak, que blandía un palo amenazador.

-¿Qué ocurre?

-Mire -dijo L'Hote señalando un agujero de donde salía la cabeza negra de la estatua de una diosa-leona-. Los fellahs están convencidos de que se trata de un demonio. Quieren destruir su rostro antes de sacarla. Tiene el mal de ojo.

-¡Tienen razón, tienen razón! -gritó el padre Bidant blandiendo una cruz por encima de las cabezas-. ¡Que vuelvan a enarenar esa estatua maldita!

Rosellini le obligó a callarse. Pero el jeque de Karnak mantenía un rostro cerrado y hostil. No podía permitirse perder su prestigio delante de sus hombres.

-Hay un maleficio -declaró-. La leona va a saltarnos al cuello. Ayer, en Qenah, unos peces ávidos de carne humana han atacado a unos nadadores y les han comido el

sexo. En Akhmim, unos niños han cortado una serpiente en pedazos. Se reconstituyó en el acto y les mordió. Hay un maleficio. El mal de ojo está sobre nosotros.

El jeque habría podido contar muchas otras historias fabulosas donde sobrevivían huellas de la mitología egipcia. Yo no tenía tiempo para hablarle de la serpiente uraeus encargada de proteger a los faraones, o del mito de Osiris, cuyo sexo había sido tragado por un pez.

-Yo soy capaz de quitar el mal de ojo -afirmé-. No lo temo.

Intrigado, el jeque apartó a dos fellahs de un bastonazo.

-Demuéstrelo.

Me arrodillé. Con las manos desnudas, quité un poco de tierra, liberando completamente el rostro severo de Sekhmet, la diosa-leona de mirada de fuego, encargada de aniquilar a los enemigos visibles e invisibles del faraón, de enseñar su arte a los médicos. Tomé la robusta frente de la leona entre mis manos, provocando un murmullo de terror.

-Ven, la diosa me acepta. No aportará la desgracia ni la enfermedad.

Mantuve la postura durante unos largos minutos. Cada fellah esperaba verme devorado por la leona aterradora. Pero el mal de ojo no se abatió sobre mí. La sonrisa volvió a los labios. Un obrero se puso a trabajar, y luego un segundo, un tercero... Al final de la mañana, la poderosa estatua de Sekhmet, sentada, reinaba ante nuestros ojos maravillados por tanto poder unido a tanta majestuosidad.

Rosellini dominaba mal su emoción. Sus manos temblaban.

-¿Qué le ocurre, Ippolito?

-Su mirada, maestro, su actitud ante el jeque... Nunca le había visto tan resuelto, tan bravo... Creí que iba a pelearse con esa multitud de árabes, que estaba dispuesto a todo para salvar esa escultura.

-Sí, defenderé Egipto con uñas y dientes. Me crecieron a los cinco años, y desde entonces no han perdido su fuerza. Recuerdo... Pasaba delante de una casa de leprosos. Contra la puerta se apoyaba un mendigo que sostenía un sombrero. Iba a echarle una moneda cuando un jefe del partido revolucionario dio un bastonazo al ciego que estorbaba su paso. Me precipité sobre aquel bruto, ¡empuñé el bastón, suplicándole que no obedeciera más a aquel hombre malvado y que le zurrara a él! Aquel maldito jacobino se rió a carcajadas, y aconsejó a mi madre que recortara el pico y las garras de su pajarillo para que otros no se vieran obligados a hacerlo más tarde. Otros, efectivamente, intentaron destruir mi deseo de justicia. No lo lograron. Y nadie lo logrará.

No me entretuve por más tiempo, preocupado por un grave tormento. Solimán debería haber estado junto a mí desde hacía mucho tiempo. Habíamos quedado en encontrarnos a mediodía delante del pilón de entrada si no había conseguido traerme a Timsah.

Mi hermano había perdido su acostumbrada impasibilidad.

-Imposible echar el guante a Timsah, ha desaparecido.

-Espérame aquí.

Una breve y virulenta conversación con el jeque de Karnak, a quien tuve que entregar un soborno sustancioso, me permitió obtener la información esperada. El cocodrilo se escondía en casa de una mujer, en el burgo de Karnak. Pronto estuvimos en presencia del excavador de Drovetti.

-¿Por qué te escondías? -pregunté, tajante.

-Descansaba.

-¿Dónde está el dinero prometido para pagar a los obreros?

-No ha llegado.

-¿Cuándo podré por fin disponer de él?

-Lo ignoro.

-¿Cómo entras en contacto con el cónsul?

-Me envía mensajeros.

-¿Cada día? ¿Cada semana?

-Depende... Cuando lo juzga necesario. Hace ya tiempo que no veo a ninguno.

No es una buena época para viajar.

El cocodrilo mantenía los ojos cerrados. Mis preguntas no le impresionaban. Protegido por Drovetti y por el pacha, se sentía invulnerable. Interrumpí aquella entrevista inútil.

Pasaron cuatro días. El tiempo corría. Había tenido que interrumpir las excavaciones por falta de dinero. El excavador de Drovetti no había recibido ningún mensaje. No recibiría ninguno mientras yo persistiera en mi proyecto. De modo que los rumores que corrían en París antes de mi marcha estaban fundados: Drovetti se opondría por todos los medios a mi deseo de estudiar los emplazamientos y de darles valor.

Tenía que contentarme con ser un transeúnte.

Entristecido, deambulaba por el muelle de Luxor. El occidente enrojecía. El Nilo se encendería pronto con los miles de colores del poniente. Tebas estaba allí, al alcance de mi mano, y debía renunciar a ella por culpa de un diablo que había jurado mi ruina y la de los antiguos egipcios.

Cuando estaba contemplando la orilla de los muertos, un hombre se abalanzó sobre mí y me empujó violentamente hacia el Nilo.

Sin la intervención de L'Hote, me habrían acogotado y tirado al Nilo. Sacando su sable, amenazó con él a mi agresor. Como éste intentaba huir, se lo lanzó a las piernas, lo que provocó su caída. Subió sobre su espalda y lo mantuvo con la cara contra el suelo. El hombre se debatió, pero tuvo que darse por vencido. L'Hote le arrancó el turbante que le ocultaba la cabeza y el rostro.

¡Abdel-Razuk! El policía del pacha había intentado matarme por segunda vez.

-¿De quién recibes tus órdenes?-pregunté.

El chاوز levantó la vista hacia el cielo.

-¡Contesta -se enfureció Néstor l'Hote-, o te parto la nuca!

Traduje la amenaza. La cólera verdadera de mi compañero asustó a Abdel-Razuk. Balbuceando, se decidió a hablar.

-Es... es el Profeta quien me ha dado la orden de matarle.

Me quedé atónito.

-¿Porqué?

-Lo ignoro.

-¿Dónde se encuentra? ¿Se esconde en Tebas?

-Se ha marchado hacia el sur...

-¿Cuándo?

-Tres días atrás. Yo tenía que hacerle llegar la noticia de su muerte para que pudiera regresar a Tebas.

-Desaparece, Abdel-Razuk. No vuelvas a cruzarte en mi camino. Si no, mis amigos y yo no detendremos nuestros sables.

Le ordené a L'Hote que le dejara marchar.

-¿Por qué no se lo llevamos al pacha?

-Si dice la verdad, más vale dejarlo en libertad. Avisará al Profeta. Éste estará muy afectado por el fracaso de su plan. Le estamos pisando los talones. Acabaremos encontrándolo y comprendiendo por qué quiere mi muerte. Que todo esté listo dentro de una hora. Salimos para el sur.

Los dos barcos se apartaron del muelle de Luxor. Champollion y los miembros de su expedición, ayudados por el viento, se alejaron rápidamente de la prestigiosa capital de los faraones del Nuevo Imperio. Bernardino Drovetti, cónsul general de Francia, abandonó la ventana desde la cual había asistido a la partida. Encendió una pipa de loza, preparada con tabaco turco, y bebió con gran deleite un vino de Burdeos.

Sentado en un rincón de la amplia sala que servía de cuartel general al cónsul, Abdel-Razuk salmodiaba unos versos del Corán.

-Perfecto -murmuró Drovetti para sí mismo-. Ahora que se ha ido de Tebas podemos continuar sin ningún peligro. ¡Abdel-Razuk!

El chاوز del pacha se levantó. Temía a aquel hombre receloso que era escuchado por Mehmet-Alí.

-No olvides tomar las precauciones necesarias... Champollion aborda la parte más peligrosa de su viaje. Puede que la naturaleza nos ayude. Ya ha habido muchos

accidentes, en el sur. Nuestro cómplice podrá al fin mostrar de lo que es capaz, en el corazón mismo de esta maldita expedición.

Alejarme de Karnak fue una aflicción. Me prometí a mí mismo que volvería victorioso, con la certeza de poder hacer hablar a las piedras, de devolver la palabra al Egipto eterno. Después de aquellos días pasados en tierra, mis compañeros volvieron a la navegación con una indudable curiosidad, preguntándose qué nuevos horizontes nos esperaban.

Consultando los mapas arqueológicos que yo mismo había trazado, fijé nuestra próxima parada en El-Kab, una ciudad muy antigua donde esperaba ver vestigios de los tiempos más antiguos. Cuando estábamos llegando a la altura de la ciudad de Esna, el viento y la noche se opusieron a estos proyectos. El reis que guiaba la navegación nos recomendó un alto. Decidí entonces navegar un poco más al sur, abandonando nuestros pesados barcos y utilizando unas barcas para llegar al emplazamiento de Contralatopolis. Sólo me acompañaban L'Hote y Rosellini, el cual abordó el primero la orilla.

Un mozo robusto con una chilaba sucia y agujereada vino corriendo hacia él. Hablaba fuerte y articulaba mal. Rosellini me rogó que interviniera. Me di cuenta de que el hombre no tenía dientes, lo cual explicaba su elocución defectuosa. Lo que creí comprender me dejó tan consternado que me sentí desfallecer. Mi palidez alertó a L'Hote, que advertía rápidamente la menor de mis reacciones.

-¿Qué está diciendo este bandido, general? ¿Le ha insultado?

-Mucho peor que eso, amigo, mucho peor...

Me había quedado sin aliento. Tuve que sentarme, sostenido por mis colaboradores. El árabe desdentado estaba sorprendido de verme tan desesperado.

-Hable, maestro-insistió Rosellini.

Hice un esfuerzo considerable para expresarme.

-Había un gran templo aquí, hace sólo doce días... Ha sido totalmente derribado por los obreros del pacha. Las piedras han sido utilizadas, unas para construir fábricas, otras para reforzar el muelle de Esna que amenazaba con ser arrastrado por el Nilo.

Ni L'Hote ni Rosellini encontraron palabras para reconfortarme. Sabían que la destrucción voluntaria de los monumentos egipcios constituía para mí el más insoportable de los sufrimientos. Nada podía consolarme. El viento frío del norte me heló las sienes. Estaba tiritando.

-Volvamos a Esna-dije con lágrimas en los ojos.

Otra calamidad nos esperaba,

El *Isis*, lleno de agua, estaba encallado en la orilla. Afortunadamente, había abordado en un punto poco profundo y no se había hundido. Tuvimos no obstante que vaciar la embarcación para carenarlo y tapan la vía de agua. Nuestras provisiones estaban mojadas. Habíamos perdido sal, arroz y harina de maíz.

Vi a L'Hote abrumado por primera vez.

-Mala señal, general... El gran sur no vale nada.

-Al contrario -repliqué-. Todo esto no es nada comparado con el peligro que nos habría amenazado si esta vía de agua se hubiera abierto durante la navegación en el gran canal. Nos habríamos hundido irremisiblemente. ¡Que el gran dios Amón sea alabado!

Mi optimismo, que me sorprendió a mí mismo, resultó comunicativo.

-¡Demonio, tiene razón, general! ¡Estamos bajo la protección de los dioses egipcios! Pongamos nuestro destino entre sus manos.

Aquel nuevo entusiasmo fue inmediatamente moderado por la llegada ruidosa de una tropa numerosa, armada con fusiles, largas pistolas, sables y lanzas. Un gigante bigotudo de aspecto poco atractivo estaba al mando. Ordené a mis compañeros que se quedaran en los barcos. Vi a lady Ophelia, con el rostro casi totalmente oculto por un sombrero malva de alas anchas. No se dejaba llevar por el pánico. Con pasos tranquilos, me dirigí hacia el comandante que nos asediaba. Después de desearle mil bendiciones para él y su familia, pregunté cuáles eran los motivos de aquel despliegue de fuerzas contra mi modesta expedición que gozaba del beneficio, como el mundo entero sabía, de los favores insignes del pacha.

La mala suerte se mostraba cruel con todos nosotros. Tenía que habérmelas con una persona de cortos alcances, inaccesible a los encantos del discurso. Su única respuesta fue un «sígame» que no admitía réplica. Me invitaron a subirme a un camello, desde donde hice una señal tranquilizadora con la mano a L'Hote.

Me llevaron a una gran mansión situada a orillas del Nilo, a unos cien metros de allí. El comandante me amenazó con una enorme pistola cubierta de dorados. Me empujó hacia un potentado barrigudo ante el cual se inclinó.

-Soy Ibrahim Bey -declaró el potentado-. La ciudad de Esna y sus alrededores están bajo mi jurisdicción. ¿Es usted ruso?

-No, su excelencia. Mi nombre es Champollion. Soy francés.

-¿Y si fuera ruso? ¿Si estuviera mintiendo? Ayer, en El Cairo, decían que los rusos se dirigían a Constantinopla y que nuestro ejército se disponía a combatirlos. Nuestro amo todopoderoso el pacha teme que unos espías surquen nuestras provincias. Cuenta con que sus gobernadores los detengan y los ejecuten.

A mi alrededor sólo había miradas hostiles.

-El pacha me ha autorizado a viajar por Egipto para estudiar los monumentos antiguos -dije con calma-. Esta es mi única misión.

Ibrahim Bey posó las manos sobre su vientre.

-No lo creo. ¿Quién podría interesarse por esas viejas piedras?

-Mis documentos de acreditación están en el barco. Le bastará con consultarlos.

El potentado hizo una mueca de escepticismo.

-Está demasiado lejos y yo estoy cansado. El pacha me ha pedido que identifique a un espía ruso... y pienso obedecerle. Quienquiera que sea, usted servirá.

El comandante y varios hombres suyos me rodearon, dispuestos a detenerme a la fuerza.

-¡Le prohíbo tocarme! -declaré, furioso y blandiendo mi mano derecha como un arma irrisoria.

El comandante sacó su sable, decidido a hacerme tragar mis palabras.

-¡Apártense! -ordenó brutalmente Ibrahim Bey a sus hombres-. Usted, Champollion, ¡acérquese!

Examinó mi mano derecha con gran interés. Su rostro reflejó una intensa perplejidad.

-¿De dónde proviene el anillo que lleva?

-Me ha sido regalado por Mohamed Bey, el gobernador de la provincia de Beni-Hassan.

Una amplia sonrisa animó los labios carnosos del potentado.

-Es mi querido hermano -declaró abrazándome con tanto fervor que casi me ahogó-. ¡Los amigos de mi hermano son mis hermanos!

Las efusiones fueron intensas y duraderas. El potentado de Esna juró que me ofrecería su brazo en este mundo y en el otro, que honraría mi vejez con regalos suntuosos y me guardaría un sitio en el paraíso junto a él. Aproveché aquellas

ventajosas disposiciones para pedirle algunas aclaraciones acerca de aquellos espías rusos que tanto le preocupaban. Me contestó que el asunto era serio. La víspera, incluso se creía que El Cairo, lugar de violentos combates, se había vuelto inaccesible. Afortunadamente, aquellas falsas noticias se habían desvanecido como un espejismo.

-Ya que le gustan las viejas piedras -me anunció orgullosa-mente el pacha-, yo tengo algunas que ofrecerle.

Mientras un pacífico ejército de obreros terminaba las reparaciones de nuestros barcos y una cohorte de sirvientes traía platos succulentos, me dirigí con curiosidad hacia el templo de Esna, ya que el consejo de los dioses lo había decidido así.

¡Cuál no fue mi sorpresa al descubrir, en pleno centro de la aldea ruidosa y polvorienta, un edificio de buen tamaño, casi totalmente hundido en la arena! Además, servía de almacén de algodón, lo cual le permitía escapar a la destrucción por algún tiempo. El templo ha sido revestido con limo del Nilo, sobre todo en el exterior. También han cerrado con muros de barro el intervalo que existe entre las primeras hileras de columnas del pronaos, de modo que mi trabajo exigió la ayuda de escaleras y de velas para ver los bajorrelieves de más cerca. Para penetrar en el santuario, hay que descender, no sin haber apartado las basuras que obstruyen el paso. Una vez dentro, hay que evitar empujar a los hombres que duermen en una estera y a los que, descalzos e instalados en alfombras, leen el Corán en aquel lugar que, sin embargo, está destinado a otros misterios. Ese santuario, de fundación antigua, está dedicado al dios carnero Khnoum, que tiene la función de modelar en su torno de alfarero la totalidad de los seres vivientes. Por lo que pude ver, los relieves enseñaban a los sabios el proceso de esta creación que constituye la base de todos los artesanados.

La escalera, colocada entre dos capiteles, chirrió de un modo siniestro. Alguien bajaba. El bajo de una sotana apareció. Con gran dificultad, el padre Bidant se introdujo en aquel templo enterrado hasta el mentón. . . .

-Es aterrador -dijo al verme, con una vela en la mano-. ¡Es como penetrar en el antro del diablo!

-Tranquilícese, padre. Aquí sólo estoy yo y algunos incrédulos.

-Extraño lugar -observó con inquietud.

-Si le quitáramos su ganga, descubriríamos un templo comenzado en buena época y llevado a término por los emperadores romanos. Hay aquí unos textos sorprendentes sobre el nacimiento de la vida.

-¿De acuerdo con la doctrina cristiana? -se angustió el padre Bidant.

-Me temo que no -reconoció-. Por lo que veo, los textos hablan de una divinidad que transmite su poder a otras fuerzas creadoras que actúan en su nombre... Intermediarios entre Dios y el hombre, por decirlo así. Lo que los antiguos llamaban «genios», contra los cuales el cristianismo luchó tanto.

Esperaba una réplica mordaz, pero el religioso se contentó con deambular por la sala enterrada.

-Hice mal en interpellarle de un modo tan brutal, Champollion. Me enfurecí más allá de lo razonable, es cierto. Es muy poco cristiano. Le ruego que me perdone. Hay que comprenderme. El calor, una comida poco refinada, las fatigas del viaje, la irritación de encontrarme tan alejado de nuestro país, el contacto de nuestro bello país, el contacto repetido con los infieles... otros tantos pesos casi insoportables que me han llevado a este deplorable arrebató de debilidad y de intolerancia.

Estaba profundamente emocionado. La sinceridad del padre Bidant borraba nuestras disputas anteriores.

-Yo no estoy libre de reproches, padre. En cuanto atacan a los viejos egipcios, me hierve la sangre. No me tome por un enemigo jurado de la religión cristiana. Simplemente creo que no es original y que toma sus raíces en una fe más antigua y más amplia que, mañana, será una nueva luz para la humanidad.

El padre Bidant pasó con precaución el dedo por un relieve como si las figuras divinas fueran portadoras de una magia que le ponía en peligro.

-Evidentemente, no puedo seguirle sobre ese terreno, pero admiro su diligencia e intento comprenderla. Admita, por su parte, que yo tengo el deber de mantenerle en el camino de la verdadera fe.

-¡Intentaré convertirle a la religión de los faraones!

El religioso sonrió bondadosamente.

-¡No tiene ninguna probabilidad! Pero siga trabajando para su ciencia...

El padre Bidant salió del templo. Me había equivocado respecto a él.

Era un buen hombre, mal preparado para una aventura semejante y completamente desorientado por el Oriente. Su tolerancia se convertía en la mejor arma para restablecer entre nosotros una paz duradera.

Era de noche cuando dejé a mi vez el santuario de Esna. Allí había perdido la noción del tiempo, sorprendido por la amplitud de la filosofía mostrada en los muros. Sorprendido e irritado, pues todavía tropezaba con algunos jeroglíficos y no conseguía el desciframiento completo que, sin embargo, sentía muy cercano.

Fuera reinaba una alegre agitación. Unas bohemias, las ghaoûzis, habían instalado sus tiendas en una pequeña plaza. Estaban rodeadas de sus padres, tratantes en ganado, que no vacilaban en vender a sus propias hijas al mejor postor. Vestidas con un bolero negro y unas faldas blancas, con el vientre desnudo y el cuello adornado con pesados collares de nácar, las ghaoûzis empezaron a bailar y cantar. Su voz agrídulce era acompañada por sonos de flauta, clarinete y laúd. Aquella música lancinante producía un efecto inmediato: uno la escuchaba a disgusto, pero se dejaba seducir. Difundiéndose en la noche cálida, se insinuaba en las más pequeñas fibras del cuerpo.

Una de las bailarinas, que se contoneaba a compás con mucha gracia, era especialmente hermosa. Los pechos, libres bajo el bolero, se estremecían de gusto a cada movimiento. Sus tobillos muy finos se movían con una agitación sorprendente.

-¿Le interesan las mujeres públicas?

La voz de lady Redgrave me sobresaltó. Se había vestido como un hombre, con un pantalón negro y una camisa parda, y había recogido su admirable cabello en un moño disimulado bajo una cinta. En la penumbra, podía pasar por un hombre joven.

-Una ocupación muy curiosa para un hombre de ciencia -continuó, irónica-. A menos que este hombre haya mentido sobre su verdadera ocupación, y que sólo sea un espía a sueldo de los franceses...

En aquel ambiente alegre y relajado, no tenía ninguna gana de empezar una disputa...

-Este lugar no es el más apropiado para una dama, lady Redgrave. Es muy peligroso que se aventure en esta muchedumbre.

-¿Por qué me abandona a la soledad? ¿Acaso le he contrariado?

-No es muy agradable ser tratado de espía..., ¡pero es más bien usted quien se aparta decididamente de mí!

-Tiene usted mala fe, señor egiptólogo. Esta falta de rigor científico no le honra.

-No conseguiré enfurecerme, lady Ophelia... La velada es demasiado dulce, el espectáculo demasiado agradable y usted demasiado seductora. Disfrute de estos bailes y estos cantos. Hablaremos más tarde.

-Mañana... ¡siempre mañana! Quédese con sus cortesanas. Yo vuelvo al barco.

¿Cómo retenerla? ¿Cómo convencerla para que se quedara a mi lado? Mientras la hermosa ghaouîzi realizaba una peligrosa acrobacia, lady Redgrave desapareció.

Cuando regresaba, de madrugada, descubrí un objeto inquietante instalado en la proa del *Isis*: ¡nada menos que un cañón de tamaño respetable! L'Hote, que me esperaba con un tazón de té caliente, me explicó que se trataba de un regalo de Ibrahim Bey para garantizar nuestra seguridad. Me precisó que no se había preocupado por mi larga ausencia, ya que unos soldados turcos habían rodeado el templo mientras trabajaba allí y me habían seguido a distancia durante la fiesta de las ghaouîzis. Su comandante había pasado la noche a bordo del barco, marchándose poco antes de mi llegada.

Partimos hacia El-Kab, la antigua Nekheb. Allí nos recibió la lluvia, que cayó a mares, junto con rayos y truenos. Así podremos decir, como Herodoto durante su viaje que se desarrolló bajo el reinado del rey Psamético: ¡ha llovido en nuestro tiempo en el Alto Egipto!

Recorrí apresuradamente el interior de la ciudad de El-Kab, que todavía perduraba, así como el segundo recinto que comprendía los templos y los edificios sagrados. Lo examinaba todo, tanto de día como de noche, con una linterna en la mano. No encontré ni una sola columna en pie; los bárbaros han destruido desde hace algunos meses lo que quedaba de los dos templos anteriores y el templo entero situado fuera de la ciudad. Los han derribado para reparar un muelle o alguna otra construcción utilitaria. Tuve que contentarme con examinar una por una las piedras olvidadas por los devastadores y sobre las cuales quedaban algunas esculturas. Un mundo sagrado desaparecía. Aquí y allá, tarjetas que contenían el nombre de grandes faraones, los Tutmés, Amenofis, Ramsés, prueban que aquí hubo obras maestras desvanecidas algún tiempo antes de mi llegada. ¿Iba descaminado cuando me apresuré por venir a Egipto?

El único consuelo me vino de lady Redgrave, que se había ido a explorar una colina cerca de la ciudad antigua. Me llamó con un grito alegre.

-Hay una tumba curiosa -me anunció en cuanto me reuní con ella en compañía de L'Hote y de Rosellini-. Sólo columnas de texto.

Hiné la rodilla para examinarlos. Aquellos signos me eran familiares, podía comprender el sentido general. La inscripción era la obra de un militar de alto rango, Amosis, jefe de los marinos del faraón. Bajo el reinado de un monarca también llamado Amosis, había llevado sus tropas a la victoria para echar a los hicsos, unos invasores libios, de Egipto. Era la más larga y la más reveladora de las inscripciones relativas a aquella guerra de liberación, al salir de la cual iba a resplandecer la gloria de Tebas, nueva capital del imperio. A unos cuantos siglos de distancia, sentía un gran efecto por aquel héroe, lamentando que no estuviera entre nosotros para expulsar de Egipto a sus bárbaros modernos.

Moktar y Solimán me interrumpieron en mi copia para avisarme de que el profesor Raddi había desaparecido. Me necesitaban para explorar la aldea donde un campesino le había visto entrar en compañía de una mujer joven. Solimán no disimulaba su ansiedad. Si el mineralogista había decidido seducir a una indígena, el asunto podía acabar muy mal. Corrí hasta la aldea. Saber que un miembro de mi expedición estaba en peligro me sumía en el más desgarrador de los tormentos. Ni siquiera me tranquilizaban mis queridos jeroglíficos.

Sólo había unas cincuenta chozas, apretujadas unas contra otras para luchar contra el sol y el calor. Unos niños risueños nos señalaron la presencia de un extraño en una de ellas. El profesor Raddi se encontraba allí, inclinado sobre una joven tumbada en una estera. Por encima de su rostro, agitaba una cuerda de la cual colgaba una moneda.

-No haga ningún ruido, Champollion. Esta niña tiene fiebre. Espero curarla con mi método.

Asistimos, impotentes y dubitativos, a la cura del profesor Raddi. La mirada de los padres, que habían oído hablar de la presencia de un hacedor de milagros en nuestra expedición, brillaba llena de esperanza. Su chabola era de una miseria absoluta, siendo su única riqueza dos baldes de estaño que la madre limpiaba con ahínco.

Pasó una hora larga. La moneda iba y venía incansablemente. La niña balbuceaba frases incoherentes. Salió de su torpor, se incorporó, reconoció a su madre que la tomó en sus brazos.

-Creo que lo he conseguido -suspiró el profesor Raddi, secándose la frente.

-¿Cómo lo ha hecho?

-Tenemos algunos dones de curandero, en mi familia. En Italia los había olvidado. Aquí, los he vuelto a encontrar... ¡Resulta maravilloso no verse confinado cada día en una ciudad, un despacho, no estar encerrado en unas investigaciones que sólo me interesan a mí! ¡Estoy aprendiendo a no trabajar más, Champollion!

Los padres quisieron felicitar al profesor que les gratificó con numerosos abrazos, con una exuberancia muy italiana. Aproveché para dirigirme a la niña.

-Has hablado del Profeta antes... ¿le conoces?

-Me da miedo. Me ha echado el mal de ojo.

-¿Ha vivido en tu aldea?

-No. Pero vino aquí hace una semana.

-¿Sabes dónde ha ido?

-Dijo que a Edfú... Me alegro de que ya no esté aquí.

Desbordantes de entusiasmo, llegamos temprano ante el gigantesco pilón del templo de Edfú. Desde una gran distancia, nos había llamado la atención por sus dimensiones colosales. Sin embargo, este prodigioso edificio, el mejor conservado de todos los que habíamos visto hasta entonces, estaba en gran parte enterrado bajo la arena. Las torres sagradas se alzaban a una altura de setenta y cinco pies por encima de nuestras cabezas y se hundían hasta una profundidad de por lo menos cuarenta pies suplementarios bajo la superficie del suelo.

El gran templo del dios Horus, el protector directo del faraón, se había convertido en una especie de aldea piojosa en la cual se habían instalado unos fellahs y sus familias, ignorando el lugar santo que profanaban con su presencia. Vivían encima del tejado del templo que mancillaban sin remordimiento. Para llegar allí, tuvimos que avanzar entre unas chozas antes de llegar a un tramo de peldaños toscamente tallados. Me imaginaba la inmensa explanada oculta bajo aquel montón de escombros, el gran patio que precedía a la sala de columnas, las amplias habitaciones adornadas con relieves y textos, la mayoría de los cuales seguían siendo inaccesibles para mí. Por todas partes, un hormigueo de seres humanos que vivían entre aves de corral, vacas, perros, burros y en medio de una miseria superabundante. Caminábamos sobre unos residuos inmundos y tuvimos que desalojar a unos indígenas que dormían en cornisas o en tambores de capiteles, con la espalda arrellanada contra el rostro de la diosa Hathor o el del dios Horus. La gente fumaba, comía, bebía sin preocuparse por las divinidades.

Aquel templo era un resumen del universo y una suma de las ciencias practicadas por los antiguos. Astrología, botánica, medicina, magia, mineralogía, alquimia, geografía eran enseñadas en estos lugares con los cuales soñaba que algún día fueran devueltos a la luz.

Al entrar en las habitaciones acondicionadas en el interior del pilón, Néstor l'Hote soltó una exclamación. Acababa de identificar el cuerpo de guardia utilizado por un centenar de veteranos en la expedición a Egipto. Olvidados allí después de la convención de El-Arish, se refugiaron en los pueblos de los alrededores, pero volvieron a aquel campamento en cuyos muros grabaron sus nombres, las fechas de los fallecimientos, dibujaron unos molinos de viento de tejados puntiagudos, que les recordaban un rincón de Francia. Los últimos de aquellos valientes se habían convertido en mamelucos, tomando el hábito de aquellos contra quienes habían luchado.

-Es un lugar fabuloso -reconoció el padre Bidant, que visitaba el templo junto a mí.

-Podría serlo, efectivamente, si se le liberara del montón de basura y arena que le ahoga.

-Y le protege de la destrucción -objetó Rosellini.

Me invadió un profundo sentimiento de impotencia. ¿Es que había que enterrar los templos y ocultarlos para siempre para salvarlos? ¿Acaso no se les condenaba así a otra muerte, a una destrucción lenta y pernicioso? ¿No podíamos sacar a Egipto de aquella barbarie?

Unas molestias administrativas vinieron a interrumpir mi meditación. Moktar me necesitaba. Me llevó al otro extremo de la ciudad árabe, hasta una oficina militar que

quería examinar mis autorizaciones. Creí que se burlaba de mí. Me había llevado hasta un nicho cerrado por una cortina, entre dos muros de ladrillos a punto de derrumbarse. Descubrí otros nichos parecidos cerrados del mismo modo, y me preguntaba a qué misterio me estaba enfrentando cuando la cortina se abrió. Un hombre con turbante, sentado en una piedra, sostenía un fajo de papeles mugrientos. Acababa de revelarme su despacho.

-Sus autorizaciones -exigió, agresivo.

En lugar de responder directamente, lo cual habría sido un grave insulto, solté una letanía de cumplimientos melindrosos sobre la importancia y la competencia del alto funcionario que me hacía el inmenso honor de dirigirme la palabra. Aquella retórica florida, aunque cuidadosamente escogida, no sedujo al policía. Fue a levantar la cortina de otro nicho lleno de papelotes. Con una destreza adquirida a lo largo de una larga carrera, sacó un documento amarillento que blandió ante mi rostro. Leí con sorpresa una ley local de 1650, según la cual se prohibía a todo extranjero aventurarse en el territorio de Edfú. El contraventor se jugaba una fuerte pena de prisión. Señalarle que aquellas disposiciones eran caducas habría sido inútil y peligroso.

El buen hombre se mostraba triunfante, sin ocultar su odio hacia el extranjero. Sólo quedaba una solución: demostrarle que yo no era uno de ellos.

Cambiando de actitud, recalqué cada sílaba de mi árabe y le amenacé con las peores represalias aquí y en el más allá si se atrevía a poner en duda mi calidad y mis títulos. Una apariencia de cólera me enfureció. Asustado por aquella reacción que no esperaba, presintiendo que yo era capaz de lo peor, el funcionario recogió torpemente sus papeles que plegó apresuradamente. Me sentí extrañamente inspirado.

-¿Quién te ha ordenado molestarme de este modo?

Apretó los labios.

-Es el Profeta, ¿verdad? ¿Estás a su servicio?

Su mutismo fue una respuesta suficiente. Furioso, cerré yo mismo la cortina sobre aquel fantoche.

Dos hombres habían observado la escena desde el interior de una choza situada sobre un montículo que dominaba la ciudad.

-Champollion continúa -murmuró Abdel-Razuk.

-No podíamos esperar otra cosa de ese imbécil de policía -opinó Drovetti-. Ha derramado el poco veneno que tenía. Ha infundido una nueva preocupación en el espíritu de Champollion. El hombre es sensible. Conseguiremos asustarle para que desista.

Néstor l'Hote retrasó nuestra salida. El infeliz había penetrado en el interior de una de las chabolas construidas en el tejado del templo para dibujar un capitel que había sacado de un montón de inmundicias. Su hazaña le valió cubrirse de granos y de placas rojas. Unas comezones insoportables le obligaron a bañarse largamente en el Nilo. Nuestros barcos llegaron a uno de los lugares más sorprendentes del valle del Nilo, el Gebel Silsileh, donde los dos desiertos se encuentran. Sólo dejan al río un estrecho pasaje entre dos colinas de arenisca amarilla. Gebel Silsileh significa «montaña de la cadena»; según la tradición, una cadena tendida entre estos dos macizos cerraba el curso del Nilo. Las dos orillas han sido explotadas por los antiguos egipcios y el viajante se queda pasmado si considera, al recorrer las canteras, la cantidad de piedras que tuvieron que sacarse para producir las galerías a cielo abierto y los amplios espacios excavados que uno no se cansa de descubrir, viviendo con el recuerdo de los obreros que habían sudado tinta para hacer nacer el primer estado de las futuras obras maestras. Por las inmensas fallas y la cantidad de restos que todavía se ven, se puede deducir que los

trabajos han sido llevados durante miles de años, y que han proporcionado los materiales empleados en la mayor parte de los monumentos de Egipto. Tuvimos la sensación de entrar en la ladera misma de la montaña donde, bloque a bloque, habían nacido Luxor, Deir el-Bahari, Karnak...

El profesor Raddi se extasió. Nunca había tenido la ocasión de apreciar tal cantidad de arenisca de tan buena calidad. La voz del Nilo, rápido y atronador en aquel lugar, evocaba la de los maestros de obras, los capataces, los canteros, los pedreros, los destajistas, para quienes, durante muchos años, aquella inmensa cantera había sido el único horizonte.

-Es prodigioso -dijo el profesor Raddi arrodillado delante de un bloque-. Éste es el mejor laboratorio de mi carrera. Aquí están los ingenieros de antaño, ¡aquí están, puedo oírlos! Estas piedras no tienen ningún secreto para ellos... Con sus manos conocen el interior de ellas, hasta la más mínima veta. Son capaces de distinguir las buenas de las malas sólo con tocarlas con la palma de la mano. Están aquí para siempre, no pueden desaparecer...

L'Hote y Rosellini reprimieron su asombro. Su mirada indicaba claramente que tomaban al mineralogista por un medio loco.

-El sol es demasiado fuerte -dijo Rosellini-. Nos derrite los sesos. Deberíamos regresar a Tebas.

La reacción del profesor Raddi fue de una violencia increíble. Abofeteó a su compatriota con tanta fuerza que lo tiró al suelo.

-¡Le prohíbo que diga burradas! ¡Es usted indigno de estos lugares! ¡Cállese o márchese!

L'Hote quiso abalanzarse sobre el mineralogista. Cortándole el paso, lady Redgrave se lo impidió.

-Es inútil agravar este incidente. Conserve su sangre fría, señor L'Hote.

Estupefacto y ofendido, Rosellini volvió hacia mí una mirada suplicante. L'Hote esperaba mis órdenes. Yo era incapaz de darlas. La discordia me había dejado totalmente confuso. Nuestra pequeña comunidad se disgregaba, el odio reemplazaba a la amistad. Indiferente al drama que había provocado, el profesor Raddi se alejó a paso lento, sacando su lupa para examinar más de cerca cada ejemplar excepcional.

-General-intervino L'Hote-, déjeme castigar a ese malcriado.

Contesté que no con la cabeza. Rabioso, el dibujante cogió un pequeño bloque de arenisca y lo tiró a lo lejos, antes de ir a sentarse aparte. Fue Moktar quien ayudó a Rosellini a levantarse. Mi discípulo italiano, que no era ningún hombre de pugilato, tardaba en recobrar el aliento.

-¿Por qué... por qué me ha golpeado el profesor Raddi?

-Sea un hombre -exigió lady Redgrave-. Le ha herido en su amor propio y ha reaccionado. ¡Si cede desde la primera batalla, el futuro de la egiptología tiene muy mal comienzo!

Ippolito Rosellini se sobresaltó.

-Maestro, ¡esta mujer es un demonio! ¡No deja de espiarnos, es el apóstol de nuestro peor enemigo! ¿Por qué confía en ella? ¿Por qué no la echa? ¡Dentro de poco, nos apuñalará por la espalda!

Moktar sonreía. Aquellas disensiones le gustaban.

-Déjenme solo -pedí.

Habían caído las máscaras. Las canteras del Gebel Silsileh habían revelado la verdadera naturaleza de mis compañeros. El profesor Raddi, egoísta, encerrado en sus visiones; Néstor L'Hote, vengativo e intolerante; Rosellini, cobarde y sin carácter; lady

Redgrave, imperiosa e implacable. Afortunadamente, el padre Bidant no había asistido a los desgarrones que acababan de romper nuestro tejido fraternal. Sentí ganas de reunirme con él a bordo del *Hathor*, y de confesarme a él. Pero la visión de Solimán, sentado en la proa del barco, me disuadió de ello.

¿De qué pecados tenía que liberar mi alma? ¿No me había abandonado yo mismo para ofrecirme a Egipto, a la espiritualidad que impregnaba hasta la más pequeña de sus piedras?

Trabajar en aquellas canteras mágicas me devolvió el sosiego. Mis ojos cansados por tantas esculturas del tiempo de los tolomeos y los romanos han vuelto a ver con deleite unos bajorrelieves faraónicos de la buena época. Hay aquí innumerables huellas de los reyes de la XVIII dinastía y de sus maestros de obras. Mi querido Ramsés, su padre, el huracán Seti, y su hijo Merenptah se habían hecho excavar en la roca unas capillas de eternidad donde figuraban unas alabanzas al dios Nilo, identificado con el río celeste que transporta el agua primordial a través del universo; es natural que se le honre aquí, ya que es el lugar donde el río parece renacer tras haber roto las montañas de arenisca que le cortaban el paso. Cuando se comprendan enteramente los textos, se sabrá que los egipcios tenían un concepto muy avanzado de la energía, cuyos cambios aseguran la perpetuación de la vida, ya sea de las estrellas o la de los hombres. Imaginaban que nuestra tierra está rodeada de un océano de vibraciones donde toman forma las fuerzas creadoras, veían a cada ser como un haz de ondas perpetuamente renovadas y que actuaban entre ellas.

Aquellas canteras ofrecieron, más allá de la prueba, un nuevo impulso al viaje. Encarnaban la juventud del mundo, el deseo de construir otra vida. El Gebel Silsileh enseñaba que la sociedad de los hombres debía ser habitada por templos y siempre sería una obra de construcción.

Había sacado consuelo de la soledad, dialogando con la piedra. Veía claramente cuál era mi deber: volver a unificar nuestra comunidad.

Durante dos días, escudriñamos bloque a bloque el doble templo de Kom Ombo. Una de sus mitades está consagrada al dios halcón Horus, y la otra al dios cocodrilo Sobek. Así se aliaban el principio del aire y del agua en una alquimia sutil. El lugar es magnífico. El santuario forma una especie de mirador que domina el Nilo. El sol poniente lo adorna de luces doradas que borran la mala calidad de las esculturas tardías y restablece el edificio en su esplendor de antaño.

El padre Bidant permanecía enclaustrado en su camarote donde se dedicaba a la oración. Néstor l'Hote, enfurruñado, dibujaba con aplicación, aunque no de muy buena gana, los relieves que le designaba. Rosellini estaba con fiebre y no salía de su habitación. Lady Redgrave leía *El paraíso perdido* de Milton en la terraza del templo que daba al Nilo. Solimán seguía vigilando a Moktar, temiendo los contactos que éste podría establecer con adversarios de la sombra.

¿Quién, entre mis compañeros de viaje, me traicionaba en beneficio del pacha y del cónsul? ¿Quién poseía la duplicidad suficiente para hacer alarde de una falsa amistad e intentar ahogar unos descubrimientos que, estaba convencido de ello, cambiarían profundamente la historia y el pensamiento de los hombres?

Mi convicción se reforzaba cada día. Egipto era más que Egipto. Había hecho nacer las ciencias, formulado la más profunda de las filosofías, construido los templos más perfectos. Aquí palpita el corazón del mundo. De aquí surgirá la revolución espiritual que barrerá las antiguas creencias y permitirá que los hombres comulguen de nuevo con los dioses. Es la razón por la cual debo lograr, a cualquier precio, descifrar esta lengua sagrada, estas palabras de creación que dan las instrucciones para el uso de

la energía celeste. Los egipcios sólo ambicionaban la sabiduría, que no se adquiría con una creencia, sino con el conocimiento del universo.

Estas piedras labradas por siglos de luz elevan el alma con su sola presencia. El viaje que tanto había esperado se convertía en una peregrinación hacia la esencia del ser. ¿Qué individuo dotado de conciencia habría podido sentirse extraño a este país donde cada templo habla de lo esencial? Sobre aquella altura que dominaba el Nilo, estaba por primera vez suspendido sobre mi propia existencia. La vi en su pobreza y su irrisión. Yo sólo era una hormiga intentando sacar algo de comida en una inmensa sala de banquetes donde unos gigantes servían los más sabrosos platos; pero una hormiga laboriosa, obstinada, de apetito insaciable y fuerzas desmedidas en relación con su tamaño. La providencia me había ofrecido el más hermoso regalo con el que un hombre puede soñar: descubrir el paraíso en la tierra, penetrar en él en vida. Gozar de él egoístamente habría sido la peor de las bajezas. Tenía que transmitir las verdades que había vislumbrado levantando el velo de Isis, trabajar sin descanso y sin tener en cuenta el cansancio.

El sol comenzó a descender hacia el horizonte, inundando de oro líquido los reflejos plateados del río. Apreciaba aquel momento como una ofrenda. Los egipcios la llamaban «plenitud». Todo se apaciguaba. Los perfumes se insinuaban en la brisa del norte que arrugaba la superficie del río. Instintivamente, la gente se callaba. El paisaje llenaba la mirada, disolvía los pensamientos en un océano de verde y naranja, borraba las impurezas. ' *

Una silueta avanzaba entre las columnas. Moktar se detuvo a una distancia respetuosa.

-El que busca está aquí -anunció, misterioso.

-¿Quién te lo ha dicho?

-Las noticias vuelan, en Oriente... Nadie sabe quién las transmite. El Profeta se esconde en la aldea, en casa de un comerciante.

-¿Y si no te creyera?

-¿Cómo convencerle? Sólo soy un humilde intermediario. Si desea que le guíe, dos burros nos esperan.

¿Me estaba tendiendo Moktar una trampa? Él, el sirviente de mis enemigos, ¿podía concederme su ayuda sin segunda intención? ¿A quién pedir consejo sin revelar la presencia del Profeta? Tenía que correr el riesgo.

-Te sigo, Moktar.

El mercado nocturno de Kom Ombo estaba en su apogeo. La muchedumbre se movía entre los puestos al aire libre. Nuestros burros, con una paciencia inquebrantable, se abrían paso entre cajas llenas de grano, empujaban a los aguadores, evitaban los camellos, pisaban unos montones de pistacho colocados en unos cuadrados de tela. Mujeres de fellahs, con el rostro descubierto, nos miraron con curiosidad. Compraban alimentos, negociaban piezas de ropa. Muchas de ellas se habían agrupado alrededor de un adivino. Otra, chillona, cambiaba un pollo por unas cebollas. Un carnicero, indiferente a una disputa que acababa de estallar entre dos jóvenes, degollaba un cordero. Unos pilluelos, que habían robado unas habas, las despedazaban a dentelladas. Una multitud de lámparas de aceite iluminaba los tenderetes.

El burro se detuvo delante de una chabola. Unas palmas obstruían la puerta.

-Le esperan en el interior -indicó Moktar.

Vacilé. Ningún miembro de la expedición conocía el lugar donde me estaba aventurando.

Moktar, glacial, me observaba. Su rostro no reflejaba la menor emoción. Si retrocedía ante el obstáculo, perdía irremediablemente mi prestigio. Nadie, en este país, volvería a dirigirme la palabra.

Todos sabrían que el general, El Egipcio, el enviado del gobierno francés, era un cobarde.

Volviéndome para saludar las últimas luces del sol poniente, puse término a mi titubeo. Pasando por encima de un reborde de tierra, penetré en la choza.

Allí reinaba una oscuridad total. Un fuerte olor a ajo agredió mi nariz. Me quedé inmóvil, reteniendo el aliento, y percibí una respiración ligera.

-¿Es usted el Profeta?-pregunté, tenso.

No obtuve ninguna respuesta. El miedo me estaba revolviendo las tripas. Una luz débil iluminó la pequeña habitación, al fondo de la cual se encontraba una mujer árabe con velo, vestida con una delicada blusa roja y un pantalón bombacho de seda azul. Una rica aristócrata.

-¿Quién es usted? ¿Por qué me ha hecho venir aquí?

-¿Y usted, quién es? -me preguntó en árabe una voz deformada por el velo.

-Champollion, comisionado por Francia para descubrir y proteger las riquezas del Antiguo Egipto.

-Guarde sus declaraciones pomposas para el pacha -contestó-. ¿Quién es realmente?

Una certeza me pasó por la imaginación.

-Quítese ese velo o lo haré yo mismo.

Di un paso hacia delante.

-¿Se atrevería?

Mi actitud le demostró que estaba decidido a llevar a cabo mi amenaza. Muy despacio, se quitó la tela frágil que le ocultaba el rostro.

-Lady Ophelia... ¿por qué toda esta farsa?

-No es una farsa, Jean-François. Necesitaba hablarle, lejos de toda presencia enemiga y lejos de Solimán.

-¿Considera a todos los miembros de nuestra expedición como enemigos?

-Estoy al servicio de mi país, lo mismo que usted está al servicio del suyo. Yo también cumplo con una misión. Si me quiere un poco, revéleme sus verdaderas intenciones.

-Ha recurrido a esta mascarada...

-Me alegra poder demostrarle que me adapto a Egipto tan bien como usted. Conozco su lengua y sus costumbres.

-Conoce sobre todo a Moktar... y seguramente a su amo, Drovetti.

-¿Por qué iba a ocultarlo? Sí, el cónsul general es un amigo. Sí, el pacha me ha recibido y ha escuchado mis opiniones. ¿Acaso son criminales por eso? ¿Acaso soy la más despreciable de las mujeres por apreciarlos en su verdadero valor? Usted tiene prejuicios, Champollion. Los amos de Egipto no son tan diabólicos como cree.

-¿Intenta persuadirme de que no permiten la destrucción de los monumentos egipcios?

Tuvo un exasperado movimiento de hombros.

-¡Deje de jugar a los arqueólogos ultrajados, Champollion! Trabaja para la mayor gloria de Francia, yo para la de Inglaterra, eso es todo. Tenemos el mismo oficio, aunque estemos en dos campos opuestos. El deber no excluye ni la admiración ni... el afecto.

-Lady Ophelia, yo no soy un espía -afirmé enérgicamente-. Francia me ha confiado un trabajo científico, es cierto, pero este viaje ha superado todas mis esperanzas. Aquí me esperan los mayores misterios.

Lady Redgrave sonrió.

-¡Tiene talento, Jean-François! Su personaje de sabio es perfecto. Ya casi no dudo de su pasión por los jeroglíficos. Sus dotes para la comedia son excepcionales.

-¿Cómo hacerle admitir su error? ¿Cómo convencerle de que soy egiptólogo y nada más?

Se volvió a poner el velo.

-Yo también sé guardar mis secretos -dijo con suavidad-. Mi mayor deseo sería revelárselos... si fuera sincero.

La sublime princesa de Oriente avanzó hacia mí ondulando. Sin ser consciente de hacer el menor gesto, la tomé en mis brazos. Su boca se acercó a la mía. Su piel estaba perfumada con jazmín.

-No -respondí rechazándola-. Usted no me ama a mí, sino a un fantasma que se ha inventado. Primero confíe en mi palabra, ¡confíe plenamente! Si no, permanezcamos cada uno en el silencio.

Con sus ojos verde claro, acusadores y despechados, me traspasó el corazón.

Con el calor del mediodía, bajo un sol resplandeciente, navegábamos hacia Asuán. El paisaje cambiaba, se suavizaba. Palmeras, sicómoros, acacias, tamariscos, bosquesillos verdes alegraban las orillas. Aquí y allá, las manchas blancas formadas por unas pequeñas mezquitas coronadas con una cúpula o un minarete. Las aldeas eran más ricas, más risueñas. Los alrededores de Asuán marcaron la entrada en un nuevo mundo. El granito sucedió a la arenisca. La población que vemos agitarse es una mezcla de fellahs, turcos, bicharis, nubios, abisinios, sudaneses. Los tenderetes de los mercados están cubiertos de colmillos de elefante, dátiles, pieles de felinos, especias, productos exóticos. Al fondo del paisaje, el Nilo parece cortado por una cortina de árboles, rocas desnudas, colinas áridas que hacen creer que Egipto acaba ahí y que las fuentes del río están muy cerca.

Mis compañeros estaban encantados con aquel amplio oasis a la salida del árido camino del valle del Nilo. No paré hasta llegar a la isla de Elefantina para estudiar allí dos famosos templos de la buena época. Volví a llevarme otro disgusto: habían sido derribados hacía pocos años. Sólo queda el emplazamiento. Tuve que contentarme con una puerta en ruinas dedicada a Alejandro, hijo del conquistador, y con algunos actos de adoración, jeroglíficos grabados sobre una vieja muralla; finalmente, con algunos escombros faraónicos esparcidos y empleados como materiales en construcciones romanas.

Lo que me hizo saber uno de los guardias de la isla provocó mi furor: eran el nuevo palacio del pacha y un nuevo cuartel los que habían devorado las piedras de los antiguos santuarios. Néstor l'Hote, que advertía mi enojo, dibujaba con ahínco, silencioso.

Fue Rosellini quien me sacó del triste torpor que me abrumaba.

-Venga, maestro -me suplicó-. Creo haber descubierto... ¡la fuente sin sombra!

La excitación de mi discípulo era culminante. En aquel lugar, que se creía mítico, los rayos del sol caían verticalmente el día del solsticio de verano. Los egipcios, gracias a unos sabios cálculos, habían medido allí la circunferencia exacta de la Tierra.

La fuente sin sombra parecía un pozo, una especie de nilómetro que al cabo de un tramo de peldaños daba acceso al río. Los escalones estaban recubiertos de musgo. Rosellini resbaló y cayó pesadamente sobre el costado. Le ayudé a levantarse, pero se negó a continuar, temiendo una nueva caída. Por mi parte, volvía a encontrar la fuerza y la osadía de la juventud en cuanto entraba en contacto con las viejas piedras. Me adentré gozoso hasta el centro de aquel viejo monumento donde tantos sacerdotes habían bajado antes que yo.

Permanecí un largo rato en la penumbra que reinaba en el interior del pozo destinado a captar la luz. Su frescor borraba el cansancio. El tiempo se detenía. Me sentía más solo, ciertamente, desde la ruptura con lady Ophelia, pero aquella soledad estaba atravesada por los soles que iluminaban mis jornadas en Egipto. Tenía la sensación de recorrer las salas de un templo inmenso, del tamaño del país entero, a medida que avanzaba hacia el sur. Desde el principio de mi viaje, me había dado cuenta que ver Egipto en su totalidad era esencial. Al llegar a la puerta del Mediodía, en Asuán,

me había llenado de paisajes y de santuarios. Mi sed de Egipto aumentaba por segundos.

Fue al volverme para subir la escalera cuando la vi.

La víbora tenía su mirada vacía fija en mí. Estaba alzada sobre su cola, dispuesta a saltar.

No podía retroceder ni avanzar. Tenía que permanecer tan inmóvil como el reptil. La muerte se me presentaba bajo la forma de esta serpiente que, extrañamente, no me inspiraba ningún temor. Había conocido, a lo largo de mis investigaciones, a numerosas diosas serpientes: la cobra protectora de Egipto, la que se alzaba en la frente del rey para alejar a las fuerzas nocivas de su camino, la que velaba por las cosechas y las siegas. ¿Y qué decir de los reptiles que tenían el valor de letras madres en el alfabeto jeroglífico? Si efectivamente era el egipcio, ¿qué podía temer de un jeroglífico viviente?

Así que subí un peldaño, sin dejar de mirar a la víbora. Se ir-guió aún más. Continué, muy lentamente. Mi pierna izquierda pasó a menos de un metro de la cabecita plana. Todavía podía atacarme por detrás. No me apresuré.

Peldaño a peldaño, volví a ver la luz del sol que nunca me pareció tan suave.

La mayor celebridad de Asuán es su mercado, el más pintoresco y animado del país. En la entrada, montones de trigo, mijo y arroz vigilados por unos fellahs dormidos, enrollados en sus vestidos a la sombra de los parasoles. Unos niños desnudos, rodeados de moscas, corrían por todas partes. Unos magos que leían el porvenir en unas figuras de geomancia trazadas en el polvo eran avasallados por una clientela muy numerosa. Sorprendí a uno de ellos, un gran sudanés ciego, sonriendo de gusto con la idea de explotar tanta credulidad.

-¿Por qué me ha hecho venir aquí?

-Uno de nuestros hermanos me ha dado noticias alarmantes que nos conciernen. Todos los miembros de nuestra cofradía se han marchado de Egipto. Drovetti ha enviado numerosos informes al pacha para denunciar a los Hermanos de Luxor como peligrosos conspiradores. El pacha ha decidido suprimirlos según sus métodos habituales, con la más absoluta discreción. Estamos despertando sospechas muy graves. El carácter oficial de su misión todavía le protege, pero ¿por cuánto tiempo? Sería mejor regresar a El Cairo lo antes posible, y solicitar su repatriación pretextando problemas de salud. Continuar este viaje sería una imprudencia tal vez mortal.

Pasamos por una callejuela saturada por una caravana compuesta por camellos cansados, cubiertos de polvo. Resoplaban bajo el peso de su carga, que comprendía huevos de avestruz, marfil, pulseras de oro y de plata, escudillas de madera, pieles de animales, cuero, tambores. A la cabeza del cortejo, un borriquillo montado por un anciano cuyas piernas eran tan largas que casi tocaban el suelo. Aromas embriagadores, mezcla de especias y plantas aromáticas, emanaban de las cocinas al aire libre.

-¿Estás fichado por la policía del pacha, Solimán?

-Lo ignoro.

-¿Lo ignoras realmente, hermano, o te niegas a decírmelo?

Guardó silencio.

-Corres riesgos mucho mayores que yo, Solimán. Deja la expedición. Escóndete.

-He jurado protegerle. No faltaré a mi palabra.

La luz ya sólo penetraba por lentejuelas que centelleaban en la tela tendida por encima de la callejuela. La tierra estaba mojada. Unos hombres en cuclillas fumaban el narguile. Otros comían maíz o dátiles. Una pequeña nubia, únicamente vestida con un collar, y con los tobillos cargados de anillas, me tiró de la manga y se escapó riendo.

-Y yo, Solimán, no me echaré atrás. He esperado este viaje toda mi vida. Es la meta y el coronamiento de mi existencia. Cualesquiera que sean los peligros, iré hasta el final. Para impedírmelo, habrá que destruirme. Si tengo que morir feliz, será en esta tierra.

-Olvida, hermano, que debe transmitir a los demás lo que ha visto y percibido. Ya no tiene derecho a vivir para usted mismo.

-No olvido nada. Todavía desconozco Nubia, he rozado Tebas, no he encontrado al Profeta... Mientras mi trabajo no esté terminado, mientras mi desciframiento no esté a punto, no transmitiré nada serio.

-Entremos en esta tienda -sugirió Solimán, súbitamente inquieto-. Nos están siguiendo.

El comerciante, un hombre gordo, rechoncho y calvo, se inclinó ante nosotros y, con un abundante lirismo, nos predicó la extraordinaria calidad de sus productos, cuya fama era nada menos que mundial: flechas, arcos, puñales, mazos, látigos, alfombras, narguiles, turbantes... El mismo buen hombre era todo un bazar. Discutimos el precio de una manta que encontramos al fondo de la tienda, de la cual salimos una hora más tarde.

Solimán observó la muchedumbre.

-Vayamos a tomar un café -dijo golpeando una persiana de madera pintada de azul.

La persiana se abrió en dos, en el sentido vertical, descubriendo una alcoba en cuyo interior estaba sentado un viejo árabe arrugado que vigilaba una cafetera humeante. Nos sirvió dos tazas.

-Estamos a salvo -juzgó Solimán-. Al menos por algún tiempo... Comprendo su resolución, ¿pero le parece razonable?

-¿Acaso es razonable este viaje? ¿Querer sacar a Egipto del silencio y de las tinieblas es razonable? Ese argumento no me convencerá, Solimán. La prudencia ya no se lleva. Hay que vencer por la mano a la adversidad.

-Resulta muy difícil hacerle cambiar de opinión, incluso ante lo imposible.

-¿Drovetti tiene agentes en Nubia?

-No lo creo. La policía del pacha está casi totalmente ausente de esa región. Sólo tendremos que temer a los saqueadores... y a los traidores.

-¿Has identificado a la criatura que Drovetti ha colocado entre nosotros?

Solimán bebió un trago de café.

-Acusar sin certeza sería una infamia. Las palabras pronunciadas ya no se borran. No, no le he identificado.

Hacer hablar a Solimán habría sido un error. Saboreé a mi vez el excelente brebaje, esperando que se decidiera.

-Su discípulo, Ippolito Rosellini, es un hombre extraño. Tiene una mirada pérfida. Se muestra demasiado deferente hacia usted. Así no se comporta un alumno benévolo.

-¿Tienes hechos concretos que reprocharle?

-Es demasiado astuto para cometer faltas burdas. Pero él es quien le llevó a la necrópolis donde fue descubierto el cadáver del monje copto, el excavador de Anastasy. Él es, igualmente, quien le indicó el emplazamiento del nilómetro donde le esperaba una víbora. ¿Y si Rosellini hubiera organizado el primer asesinato y preparado el segundo?

No había ocultado a Solimán el incidente de la fuente sin sombra.

Unos oscuros pensamientos con respecto a Rosellini me habían pasado por la imaginación. Asustado, los había ahuyentado.

-Rosellini no es un traidor.

-De todos modos, evite el lugar más peligroso de la región -recomendó Solimán.

-¿A saber?

-Las canteras.

-¿Las canteras de granito? ¿Ese lugar fabuloso? Solimán, eres mi hermano... ¿no puedes prohibirme semejante gozo!

Solimán meneó la cabeza, desanimado.

-Justo lo que me temía... Por lo menos no pierda de vista el comportamiento de Rosellini... Si es él quien le pide que visiten las canteras, piense que puede ser una trampa.

A la hora de la cena, el ambiente se reveló taciturno. Lady Red-grave, indispuesta, comía en su camarote. El padre Bidant había empezado un ayuno. El profesor Raddi, que había emprendido el estudio de los minerales recogidos desde el principio del viaje, se había retirado a su dominio tras haber engullido un huevo y bebido un vaso de vino. Moktar y Solimán cenaban tortas y habas en la zona de los sirvientes. L'Hote ponía mala cara. Rosellini comía un pollo asado con buen apetito.

-¿Por qué esa cara tan larga, Néstor?

-La morriña, general. Demasiado calor, demasiado desierto, demasiado polvo... Sueño con campos verdes, lluvias, nubes. Recuerdo las madrugadas brumosas con la hierba húmeda de rocío, el fuego en la chimenea, las noches frías en que uno se hace un ovillo en unas sábanas calentadas por un mundillo.

Yo también recordaba los dormitorios helados del colegio, la escarcha, el barro de las ciudades, la capa de plomo parisina que ocultaba el sol durante días enteros, semanas, meses. Recordaba los dedos helados, los resfriados, las bronquitis, los miembros dolorosos, la desesperación de los cielos bajos... ¡Y no añoraba nada!

-General, tiene que decirme dónde vamos. Siempre estoy dispuesto a seguirle, pero me gustaría saber dónde me lleva... ¿Volvemos a Tebas o continuamos hacia el sur?

-No tengo por costumbre ocultarle la verdad, Néstor. Cuando le pedí que viniera a Oriente conmigo, le dije cuál era mi meta: Tebas y el gran sur, hasta donde llega el Nilo. Estamos llegando a Nubia. Continuamos.

Rosellini intervino.

-No nos marchemos de Asuán sin ver el templo de Filé. Los antiguos afirman que es una maravilla.

-Bonitos dibujos en perspectiva -apreció L'Hote, animado.

-Hay otro emplazamiento que no debemos olvidar. Tiene una gran importancia científica.

-¿Cuál?

-Las canteras de granito, maestro.

Entre Asuán y Filé, las canteras se extienden en un espacio de más de seis kilómetros. Unos burros ágiles y llenos de ardor nos llevaron primero por unos senderos que ellos solos conocían, senderos que atravesaban mausoleos musulmanes en ruinas antes de desembocar en un océano de rocas de granito sembrado de naos, estelas, columnas y estatuas esbozadas. Aquellas obras habían sido abandonadas a causa de imperfecciones de la piedra. Un coloso de Amenofis III, tallado en la roca y luego desbastado para el transporte hacia «la morada del oro» donde los escultores, «los que dan la vida», le abrirían la boca y los ojos, ha sido abandonado en un camino que se dirige hacia la llanura. El asiento de la estatua tiene la altura de dos hombres. Lo más extraordinario es un obelisco de al menos treinta y dos metros de largo, bien tallado, pero todavía tumbado en la roca de la cual no está totalmente despegado. Una fisura había vuelto el monolito impropio para la elevación. Examinándolo de cerca, me di cuenta de que para desprender un bloque tan colosal los canteros hacían unas muescas

con el puntero, cada seis pulgadas aproximadamente, para delimitar la superficie de piedra a extraer. En estas muescas, que podían tener hasta veinte centímetros, introducían unas cuñas de madera que mojaban. Éstas se hinchaban, y aquel sencillo mecanismo bastaba para hacer estallar el granito, ofreciendo a los canteros unas masas listas para pulir. Aquí y allá yacían restos de percutores que servían precisamente para desbastar y pulir.

Nos habíamos dispersado, cada uno admirando una de las regiones de aquel paisaje mineral donde todavía se sentía la presencia de los genios que habían tenido un conocimiento tan íntimo de la piedra que conocían de antemano la más mínima veta y le destinaban su justo lugar en el futuro edificio.

El profesor Raddi, deslumbrado por aquel nuevo paraíso, había reclutado a L'Hote y a Moktar para recoger y llevar las muestras más notables de granito, que seleccionaba con un cuidado meticuloso. Aquella pasión renovada me tranquilizaba.

De nuevo con sus primeros amores, el buen profesor volvía a recuperar las ganas de vivir.

El padre Bidant conversaba animadamente con lady Red-grave. Estaban sentados a pleno sol en un bloque gigantesco de granito rosa. No veía a Solimán. Recorrí algunos metros en dirección a una estela con la intención de apuntar sus inscripciones jeroglíficas y me di cuenta de que el único que se había quedado junto a mí era Rosellini. Con su acostumbrada preocupación por el detalle, tomaba multitud de apuntes.

-Mire esto -dije hincando la rodilla-. Huellas de un plano inclinado... Por él se hacían deslizar los bloques con la ayuda de rodillos y trineos. Eran transportados hasta un desembarcadero durante el estiaje. Los carpinteros construían unas balsas muy grandes bajo las piedras; cuando llegaba la crecida, levantaba aquellas masas y las transportaba por todo Egipto. Sin duda una parte de los colosos, una vez levantada, permanecía sumergida con objeto de perder al menos la tercera parte de su peso. Qué cantera más fabulosa, Ippolito... Los egipcios no sólo sabían extraer, pulir, tallar. También tenían talento para la organización y la distribución del trabajo, la creación de lo sagrado a la escala de todo un país.

Mi discípulo permanecía serio, como si no apreciara mis palabras.

-¿Qué es lo que le permite imaginar todo eso, maestro?

-No imagino, Ippolito, veo. Veo estas escenas como si las viviera mientras le hablo. Encontraremos los documentos que lo confirmarán.

En la mano izquierda, Rosellini tenía una piedra negra que había servido de percutor.

-¿Y si se equivocara? ¿Si los antiguos egipcios no hubieran sido más que unos bárbaros, como los de ahora?

Contemplé pasmado a mi discípulo. Mi vista se nubló. Me pareció que levantaba el brazo, como si quisiera golpearme.

-He debido oír mal, Ippolito... después de lo que hemos visto y sentido cómo...

El brazo inició un movimiento agresivo. No me moví. Prefería morir antes que aceptar la traición de un hombre en quien había confiado plenamente.

De pronto, los ojos de Rosellini cambiaron de expresión. Le invadía el temor, como si hubiera descubierto una presencia detrás de mí. Su mano se abrió. La piedra afilada cayó al suelo.

-Perdóneme, maestro, estaba desvariando. El calor, seguramente... Déjeme anotar el texto de esta estela. No se exceda trabajando. Le necesitamos tanto.

Me sentía incapaz de hablar. ¿Habría soñado? ¿Había ideado mi discípulo un proyecto asesino contra mí? Aquello no era más que una horrible pesadilla. Además

tenía la prueba, ya que había renunciado espontáneamente a su primera intención, suponiendo que ésta hubiera existido alguna vez.

El aire ligero y el sol ardiente que reinaban en las canteras purificaron aquellos momentos tenebrosos.

Me estremecí cuando descubrí a Solimán, con el rostro grave como el de un juez, en el montículo que dominaba el lugar donde me encontraba con Rosellini.

Moktar adoptó un aire grave.

-Es totalmente imposible -afirmó una vez más-. El *Isis* y el *Hathor* no pueden cruzar la catarata.

Impresionado por haber sido admitido en mi camarote, que cada día rebosaba más de papeles y estatuillas compradas por Rosellini, Moktar, el sirviente de Drovetti, falsamente contrito, me transmitía las órdenes de la administración egipcia.

-¿Qué solución me propones? -pregunté, conciliador.

-Lo que no desea Alá no pueden realizarlo los hombres.

-Muy bien. ¿No existen, más allá de la catarata, otras embarcaciones que nos llevarían a Nubia?

-Tal vez... pero tendríamos que descargar el *Hathor* y el *Isis*, y transportar en camellos el material de la expedición hasta el desembarcadero, frente a Filé.

Sonreí, radiante.

-¡Pues bien, descarguemos!

Filé, la isla sagrada, la morada de la gran maga, me reservaba una desagradable sorpresa. Un dolor de reumatismo en el pie izquierdo me impedía caminar. El sentido común me habría aconsejado el reposo, pero ¿cómo permanecer inmóvil cuando el templo de Isis se encontraba tan cerca?

Sostenido por Solimán, monté un burro para atravesar las canteras de granito rosa, erizadas de inscripciones jeroglíficas. Tras haber cruzado el Nilo en barca, me ayudaron cuatro hombres reforzados por otros seis, pues la pendiente era casi vertical. Me llevaron sobre sus hombros y me subieron hasta un pequeño santuario donde me había preparado una habitación en unas viejas construcciones romanas muy parecidas a una cárcel, pero muy saneadas y protegidas del viento.

La isla tenía un suelo muy árido. Unas rocas de granito defendían sus costas. Ofrecía el más admirable grupo de ruinas que jamás había contemplado en un espacio tan limitado. Algunas palmeras, unos hierbajos y unas flores naranjas y amarillas daban una ilusión de frescor.

El padre Bidant se inclinó sobre mí.

-¿Sufre usted mucho?

-Lo bastante como para permanecer aquí inmóvil cuando debería deambular por el templo.

-¿Aceptaría mi brazo?

-Con mucho gusto, padre. Unos cuantos pasos acelerarán mi curación.

Caminamos penosamente hasta el pasaje central del pilón exterior, donde Néstor l'Hote lloraba contemplando una inscripción. Intrigado, ¡creí que había adquirido de pronto el pleno y entero conocimiento de los jeroglíficos! Acercándome al objeto de su emoción, me desengañé.

-¡Lea, general, lea! ¡Qué maravilloso recuerdo!

El año VI de la República francesa, el 13 de mesidor, un ejército francés al mando de Bonaparte descendió a Alejandría. Veinte días después, el ejército hizo huir a

los mamelucos a las pirámides. Desaix, comandante de la primera división, los persiguió más allá de las cataratas, donde llegó el 13 de ventoso del año VII

Conmovido, abandoné al dibujante a su entusiasmo patriótico para examinar los innumerables bajorrelieves del gran templo. El dominio de Isis estaba dedicado al culto y a los misterios accesibles a los únicos iniciados cuya vida era lo bastante pura a los ojos de la gran diosa. Vivieron aquí hasta el siglo V después de Cristo y fueron arrojados por persecuciones. Comprendí que el último monumento elevado por los egipcios no contenía ninguna nueva forma de divinidad. El sistema religioso de este pueblo estaba tan unificado, tan ligado en todas sus partes, y detenido desde un tiempo inmemorial de un modo tan absoluto y tan preciso que la dominación de los griegos y los romanos no produjo ninguna innovación: los Tolomeos y los Césares sólo han vuelto a hacer, en Nubia como en Egipto, lo que los persas habían destruido durante las invasiones, y restablecido templos allí donde los hubo anteriormente, dedicados a los mismos dioses. Aquella formidable visión de lo sagrado que expuse con ímpetu no convenció al padre Bidant, que sin embargo escuchó atento mis palabras.

-Mi creencia me basta, Champollion. No debería enardecerse con esas contemplaciones antiguas. Haría mejor en vigilar a los que le rodean. Mi gota se volvió más dolorosa.

-¿Qué insinúa, padre?

-Néstor l'Hote es un personaje muy curioso... ¿No sería su ahogamiento un simulacro? Desconfío de él desde el principio de nuestro viaje. Dos o tres veces me ha parecido verle en compañía de árabes más bien sospechosos, seguramente esbirros de Drovetti o del pacha. Mucho me temo que nos traicione.

Impresionado por las declaraciones del religioso, intenté recordar los momentos en que el comportamiento de L'Hote habría resultado condenable. El sufrimiento que me causaba mi pie me impedía reflexionar.

-Es usted demasiado ingenuo, Champollion. ¿Realmente cree que un hombre como L'Hote haya emprendido una aventura tan peligrosa sólo por el placer de dibujar? Piense en el interés..., es lo que mueve el mundo. Ese L'Hote no vale más que cualquier otro. Si le han ofrecido dinero para espionarlo, la conspiración ha sido fomentada en Francia. Su instigador sólo puede ser Drovetti.

-Lléveme al suroeste de la isla, ante la puerta de la sala de las columnas.

-¿Por qué ese lugar?

-Un recuerdo, padre, un simple recuerdo.

El religioso comprendió que guardaría silencio sobre ese punto. No deseaba confiarle mi esperanza de contemplar allí un pequeño obelisco de arenisca cuya litografía había recibido. Me había permitido identificar una tarjeta y descifrar en ella el nombre de Cleopatra, escrito como lo había previsto. Aquel precioso testimonio era una etapa esencial en el camino de la comprensión de los jeroglíficos. Una verificación en el original resultaba indispensable y me daría una clave, gracias a la cual tal vez podría prescindir de aquel dichoso Profeta que huía continuamente.

En lugar del obelisco encontré a lady Redgrave, envuelta en una amplia tela de algodón blanca que le dejaba los hombros descubiertos. Acostumbrada al sol, no llevaba sombrero, suficientemente protegida por su abundante cabello rubio veneciano que había dejado suelto.

-Su obelisco se encuentra ahora en el museo Británico, señor Champollion. Mi tío lo necesitaba para sus trabajos. Ha llegado en buen estado.

El tono de su voz pretendía ser áspero. Me estaba asestando un golpe que deseaba fatal. Pero su mirada me hablaba de otro modo.

El padre Bidant, optando por evitar una disputa, me llevó más lejos.

-Renunciemos al gran sur y volvamos a El Cairo lo antes posible -me recomendó-. Este país es aterrador. Nos hará morir a todos.

-A la buena de Dios, padre... La verdad es que no me decido a prolongar la aventura.

-¿Por fin vuelve a ser razonable?

-Lady Redgrave me ha indicado la única decisión que se puede tomar..., la ausencia de ese obelisco me obliga a buscar la otra huella que ha preludiado mis primeras intuiciones, que debo comprobar sobre el terreno.

-¿Otro obelisco?

-Un templo entero.

-¿En Tebas?

-No, padre. En el gran sur. Allí donde vamos.

No volví a mi lecho inmediatamente. Me sentía con fuerza suficiente para pasearme por la galería del gran templo que daba a la escalera ante la cual atracaban las barcas. Aunque el sol abrasaba, el lugar era fresco y relajante. Cada uno de los capiteles de la columnata era diferente, alegrando la vista con la delicadeza del modelado. La sonrisa de la diosa estaba inscrita en la piedra.

La fiebre fue tan fuerte que fui presa del delirio. El rostro de lady Ophelia se confundía con el de la diosa Isis, que recibía la simiente de Osiris, muerto para dar a luz a un hijo, Horus, que restablecía la justicia y el orden alterados por su hermano Seth, asesino de su padre. Los relieves de Filé daban vueltas a mi alrededor, revelándome la verdadera naturaleza de Isis, la Naturaleza creando según un plano preconcebido por los dioses. La gran diosa se convertía en Hathor, el templo de Horus, la sonrisa del cielo, la eterna alegría de las estrellas, madre y nodriza de la luz. Isis y Hathor, la misma y la otra, la sonrisa del más allá que hace madurar las cosechas y reverdecer los campos. La misma mujer, la que nunca cambia, el amor celeste.

-¡Maestro! ¡Maestro! ¡Lo he conseguido!

Las exclamaciones de Rosellini me sacaron de mi sueño. Me enderecé en mi cama.

-¡Maestro, un naos! ¡Un naos entero! Lo he encontrado en las cámaras subterráneas del templo. Lo he conseguido por un precio módico... ¡El único intacto de todo Egipto!

Rosellini se lanzó en una descripción detallada de aquel bloque monolito, el sanctasanctórum del templo, que contenía la estatua del dios que sólo el faraón podía contemplar.

-También tengo para usted una carta de Francia.

-¡Démela, rápido!

Una larga misiva de más de cuatro páginas firmadas por mi hermano Jacques-Joseph. Evocaba sus cartas precedentes que, desgraciadamente, debieron perderse. Me describía el frío parisino, las lluvias, la niebla, me deseaba mucho éxito y sobre todo muchos hallazgos que fundarían la ciencia egiptológica y harían renacer la espiritualidad de los faraones. Me hablaba de mi salud, que imaginaba mucho mejor que en Francia, de su impaciencia por leer los innumerables apuntes que no dejaría de redactar. Me reservaba para el final una mala noticia que le apenaba mucho: mi candidatura a la Academia había sido rechazada una vez más. Mi fama ante la ciencia oficial no dejaba de disminuir. Las campañas de calumnia iban a buen paso. Me suplicaba que no me afligiera por eso y que confiara en el porvenir.

-Tengo hambre -le dije a mi discípulo-. Prepáreme una comida consistente para celebrar mi curación.

Todos reunidos, organizamos un gaudeamus en el emplazamiento de la catarata, sentados a la sombra de un santol, una mimosa muy espinosa, el único árbol del lugar, frente a los rompientes del Nilo cuyo rumor me recordó nuestros torrentes de los Alpes. La majestuosidad del sitio, la absoluta serenidad de las piedras, a las cuales no afectaban las pasiones humanas, nos redujeron al silencio. Nos preparábamos para cruzar una frontera y nos dábamos cuenta de la gravedad del acontecimiento.

Más tarde me hice desembarcar en la rocosa Biggeh cuyo granito tenía el color de la sangre. Allí estaba inscrito el recuerdo de Osiris volviendo a la vida. No muy lejos, el Nilo se abría paso a través de un montón de escollos, abriendo canales de piedra donde brincaban las aguas en una alegre ceremonia. La voz de la catarata, potente y autoritaria, llenaba nuestros oídos. Unos nubios, completamente desnudos, nadaban entre las rocas valiéndose de paquetes de cañas que empujaban delante de ellos como si fueran flotadores. Uno de ellos se dirigió hacia nosotros, sin preocuparse por la presencia de una dama, y nos invitó a tomar té en su aldea de chozas, más allá de las ruinas de un templo.

Tuve ganas de sentarme allí y quedarme a esperar la resurrección de Osiris. El hombre, en aquel territorio aislado, apenas era tolerado. Néstor l'Hote interrumpió mi meditación.

-¿Qué ha decidido realmente, general? Corren rumores... Su salud, los peligros... Necesito saber.

-Continuamos. El gran sur no nos decepcionará.

-Aquí está nuestra nueva escuadra -anunció Moktar, servil.

Aquella flotilla del otro lado de la catarata se componía de un buque insignia, una dahabieh con bandera francesa y toscana, de dos barcas con bandera francesa, otras dos toscanas, una barca de provisiones con bandera azul y una última que llevaba la fuerza armada, es decir, Moktar y algunos esbirros. El buque insignia estaba armado con el cañón que nuestro amigo Ibrahim Bey nos había ofrecido. Aquella dahabieh era un buque de gran tamaño cuya zona habitable estaba acondicionada de un modo casi lujoso. Cada uno de nosotros disponía de un dormitorio y un cuarto de aseo; las zonas comunes comprendían un comedor y una sala amueblada con dos divanes y un piano.

Moktar me explicó con afectación que la dahabieh había estado sumergida durante cuatro días para limpiarla de ratas y de parásitos. Los policías del pacha habían incluso montado la guardia para evitar el regreso de los roedores.

-Quiero ver la parte delantera del barco -exigí.

-Ésa no es la costumbre.

-Me da lo mismo. Tengo que conocer la totalidad del navío al cual se confiarán las vidas de los miembros de mi expedición.

-Normalmente los viajeros no van...

-Yo no soy un viajero normal. Apártese de mi camino.

Moktar se inclinó. En aquel momento, un marinero se hundió en el agua con una tabla en la mano para clavarla debajo de la quilla del timón. Serviría de freno.

La parte delantera del barco estaba ocupada por una cocina detrás de la cual un pequeño mástil, con una vela latina, estaba enlazado a una verga inmensa. Junto a la cocina, un camarote con una ventana minúscula, de la cual emanaba una música lancinante.

Entré. Allí estaban amontonados unos diez marineros, tocando el tamboril y la flauta. Otros, envueltos en sus albornoces, estaban tumbados en el suelo como fardos de

ropa vieja. Su única riqueza consistía en un sillón de mimbre reservado para su jefe. Aquellos hombres vivían rodeados de mugre, en la miseria más insoportable.

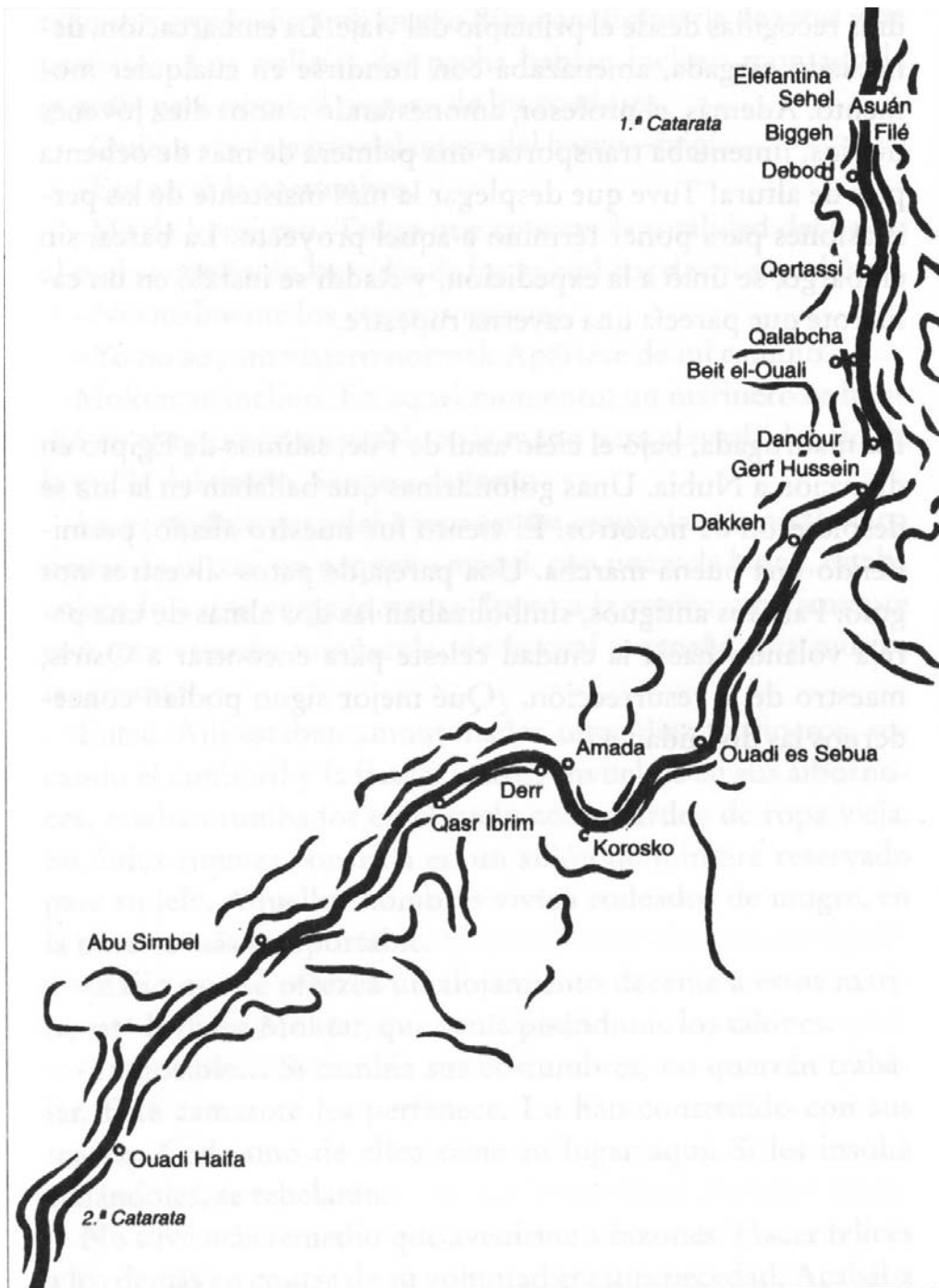
-Exijo que se ofrezca un alojamiento decente a estos marineros -le dije a Moktar, que venía pisándome los talones.

-Imposible... Si cambia sus costumbres, no querrán trabajar. Este camarote les pertenece. Lo han construido con sus manos. Cada uno de ellos tiene su lugar aquí. Si les insulta echándoles, se rebelarán.

No tuve más remedio que avenirme a razones. Hacer felices a los demás en contra de su voluntad era una necedad. Acababa de recibir una lección de humildad que no olvidaría.

Volviendo al puente, descubrí un espectáculo increíble. Habían añadido otra barca a la expedición. La del profesor Raddi, que había amontonado allí las innumerables muestras de piedras recogidas desde el principio del viaje. La embarcación, demasiado cargada, amenazaba con hundirse en cualquier momento. Además, el profesor, amonestando a unos diez jóvenes nubios, ¡intentaba transportar una palmera de más de ochenta pies de altura! Tuve que desplegar la más insistente de las persuasiones para poner término a aquel proyecto. La barca, sin embargo, se unió a la expedición, y Raddi se instaló en un camarote que parecía una caverna rupestre.

De madrugada, bajo el cielo azul de Filé, salimos de Egipto en dirección a Nubia. Unas golondrinas que bailaban en la luz se despidieron de nosotros. El viento fue nuestro aliado, permitiendo una buena marcha. Una pareja de patos silvestres nos guió. Para los antiguos, simbolizaban las dos almas de una pareja volando hacia la ciudad celeste para encontrar a Osiris, maestro de la resurrección. ¿Qué mejor signo podían concedernos las divinidades?



Cartografía C.A.R.T

Quien se protege del frío se protege también del calor. Ataviado con franelas y pieles, un grueso albornoz y un abrigo, había adoptado la misma manera de vestir tanto para el día como para la noche. Mis compañeros no tardaron en imitarme. Desde que habíamos pasado el trópico, tiritábamos de frío en cuanto se ponía el sol.

Debod, Qertassi, Taffah, Kalabcha, Dakka... Los templos de Nubia habían desfilado ante mis ojos, ofreciendo pasadizos de esfinge, pórticos, colosos reales. Fue en Kalabcha donde descubrí una nueva generación de dioses que completa el círculo de las formas de Amón, punto de partida y reunión de todas las esencias divinas. Amón-Ra, el Ser supremo y primordial, siendo su propio padre, está calificado de «marido de su madre», la diosa Mout, su porción femenina contenida en su propia esencia a la vez macho y hembra. Todos los demás dioses egipcios son sólo las formas de estos dos principios aisladamente. Sólo son puras abstracciones del Gran Ser. Estas formas secundarias, terciarias, etc., establecen una cadena ininterrumpida que desciende de los cielos y se materializa hasta las encarnaciones en la tierra y bajo forma humana. La última de estas encarnaciones es la de Horus, modelo y protector del faraón.

Nubia se mostraba tan hermosa como generosa. Me abría aún más los ojos, me iniciaba más a la luz espiritual de los antiguos, a este viaje en un universo anterior a la creación del materialismo.

Cuando llegamos a Derr, capital de la Baja Nubia, el 23 de diciembre, me acometió otra preocupación: hacer cocer lo antes posible la provisión de pan necesaria. Solimán fue en busca del magistrado turco que reinaba en aquellos lugares para obtener la autorización para utilizar un horno. Cuando me encontraba escuchando a los músicos, en la parte delantera de la dahabieh, distinguí dos siluetas que corrían hacia el pueblo: Néstor l'Hote y el profesor Raddi, habiendo éste cambiado por fin su traje italiano por ropas orientales. ¿Por qué se escondían de aquel modo? Inquieto, fui hasta el camarote de Rosellini. Vacío. Ningún marinero había visto a mi discípulo desde el principio de la tarde. El sol preparaba la ceremonia de su puesta. Se estaban tramando oscuros acontecimientos. Angustiado, llamé a la puerta del camarote del padre Bidant. Ninguna respuesta. Me atreví a entrar. Vi el reclinatorio, el crucifijo, una Biblia, una cama cuidadosamente preparada, pero ni rastro del religioso. También él había desaparecido. Una nueva investigación, dirigiéndome al reis encargado de la navegación, no dio ningún resultado. Sólo me quedaba lady Redgrave. Tal vez sabía lo que se estaba tramando. A menos que fuera la instigadora de la conspiración que yo estaba ahora descubriendo.

Pero lady Ophelia había dejado la dahabieh sin que nadie la hubiera visto alejarse.

Era imposible que todos mis compañeros se hubieran ausentado de aquel modo sin haber llamado la atención de los marineros. Estos me estaban mintiendo. Sentí como si una capa de plomo me cayera sobre los hombros. Tenía la sensación de ser un insecto agitándose en el centro de una tela de araña, debatiéndose inútilmente. ¿Debía quedarme en el barco o huir? ¿Huir dónde? Pedir ayuda, pero ¿qué ayuda?

La llegada del magistrado turco, un gran mozo seco y nervioso, puso término a este dilema. Acompañado de una decena de nubios que llevaban un simple paño y armados con lanzas, subió a bordo de la dahabieh y se inclinó ante mí.

-Sígueme, se lo ruego.

-¿Por qué motivo?

-No tengo por qué darle explicaciones. Está bajo mi autoridad.

La trampa se cerraba brutalmente. O mis compañeros habían sido detenidos, o me habían traicionado. Recordé la extraña huida de dos de ellos...

-Estoy comisionado por Francia -indiqué-. No puede retenerme, a no ser que tenga documentos firmados por el pacha.

-Soy el representante oficial del pacha -contestó-. Actúo en su nombre y no necesito documentos.

Perdido en aquella lejana Nubia, ¿a qué tribunal podía recurrir? Mi última arma era mi irrisorio honor de sabio. Aunque estuviera muerto de miedo, no perdería mi dignidad. Ofrecer a aquella gente el espectáculo de mi terror era indigno de mi misión. Por tanto, seguí al magistrado turco. Ninguno de los marineros de la dahabieh se movió. El asunto había sido bien preparado. No me había enterado absolutamente de nada hasta el último momento.

Apenas había avanzado cuando un inmenso clamor me dejó paralizado. Los indígenas, apareciendo por todas partes, me rodearon. Entonaron un canto nubio del cual no entendí ni una palabra.

Su círculo se abrió para dejar paso a una procesión encabezada por un gran turco con turbante y una antorcha en la mano. ¿De qué bárbara ceremonia iba a ser el centro?

Una risa espontánea, enorme, que liberaba un exceso de ansiedad, me sacudió el pecho cuando reconocí a L'Hote, seguido de Rosellini, el doctor Raddi, Solimán, Moktar, una bailarina con velo y cabello rubio que no era otra que lady Redgrave, y un cura en sotana. Luego vinieron el magistrado local y los marineros de la dahabieh. Todos los habitantes de la Baja Nubia se habían reunido allí.

-Pero... ¿por qué?-pregunté a L'Hote.

-¿Ha olvidado el acontecimiento, general? Estamos a 23 de diciembre... ¡y celebramos su treinta y ocho aniversario!

Lo más práctico del albornoz turco es que se puede bajar sobre los ojos para ocultar el llanto. Aquella noche de cumpleaños, la más conmovedora de mi existencia, estuvo llena de risas, cantos y bailes. Incluso el padre Bidant, pasada la medianoche, abandonó un poco su reserva eclesiástica para divertirse con los chistes atrevidos de Néstor L'Hote y admirar una danza del vientre ejecutada con entusiasmo por dos jóvenes nubias.

Rosellini me explicó que el potentado local por poco se suicidó cuando se enteró de que mis compañeros querían organizar una gran fiesta en mi honor. La región era tan pobre que no disponía de carne fresca, ni de verduras, ni siquiera de hornos corrientes para cocer tortas. Lady Ophelia había salvado al infeliz de la deshonra invitándole a un banquete frugal donde comimos unas galletas compradas en Asiut y unas conservas de Europa.

Poco importaba la riqueza de los alimentos. La que teníamos en el corazón era de una calidad inefable.

El viento del shamali soplabla con tanta fuerza que provocaba tormentas y enfurecía al Nilo. Unas olas golpeaban la orilla, y el sol estaba oscurecido por unas nubes blancas. El viento levantaba columnas de arena. Pero nada impidió que nuestro

buque insignia y sus acólitos cruzaran el país del hambre y progresaran hacia Abu Simbel, que desde siempre había considerado como el último término de mi viaje.

Tuvimos que luchar con remos contra la corriente, efectuar operaciones de sirga, evitar arrecifes en medio del río, vencer las corrientes contrarias.

La pasión que me animaba supo ser lo bastante radiante como para borrar toda huella de desaliento a mi alrededor. Del templo mayor del gran Ramsés esperaba la confirmación de mi sistema de desciframiento y el encuentro con el Profeta. Si debía afrontarme o ayudarme, sería allí y en ninguna otra parte. ¿Por qué no había aceptado esa evidencia? El nombre real en el cual se había basado mi intuición era el de Ramsés. La inscripción que lo mencionaba provenía de Abu Simbel. El destino me daba una cita a la cual acudía con un entusiasmo de muchacho.

La vida a bordo de la dahabieh no carecía de tranquilidad. Cada uno poseía sus aposentos. Las comidas eran la ocasión de confidencias que nos acercaban unos a otros. El padre Bidant contó su santa carrera y sus estancias en Roma. Aceptaba este viaje en tierra pagana como una prueba del cielo. L'Hote nos inició en el arte del dibujante, haciendo el retrato de cada uno de los miembros de la expedición. Rosellini profetizó sobre el porvenir del museo de Turín, sobre las colecciones de tesoros y obras maestras que esperaba reunir. El profesor Raddi, en términos muy eruditos, nos describió los primeros capítulos de su monumental historia de la tierra que redactaba desde hacía más de veinte años. Lady Ophelia evocó su infancia londinense, sus paseos por la campiña inglesa, su severa educación dirigida por Thomas Young, su afición por los pueblos de Oriente.

El frescor nocturno favorecía un sueño bienhechor. Cuando el huracán se calmó, durante un amanecer que hacía brotar el oro en la cima de las montañas, pudimos ver por fin una orilla apacible donde los campesinos y las campesinas desnudos trabajaban en unos campos regados por norias. Las jóvenes nubias tenían una belleza tierna e inocente, que empañaba a la Eva del Paraíso. Unos bueyes de piel reluciente hacían girar una rueda que subía, a un ritmo lento y regular, unos jarros de agua sacada del Nilo. Cerca de la orilla, un grupo de palmeras apretadas unas contra otras y bajo las cuales una madre amamantaba a su hijo.

Estaba aturdido por tanta belleza y tanta serenidad. Aquí, el hombre se había reconciliado con Dios. La naturaleza no le era hostil. Le exigía simplemente la ofrenda necesaria para ofrecerle a su vez una vida solar.

-¡General! ¡Mire, en la otra orilla!

Desde un inmenso montículo de arena acumulada contra un alto acantilado salían unas cabezas gigantescas. Unos rostros de colosos reales. Era imposible saber si estaban de pie o sentados.

Eran las siete cuando abordamos al pie de un templo, que reconocí como perteneciente a la diosa Hathor que había adoptado los rasgos de Nefertari, la esposa tan querida por Ramsés II y representada bajo la forma de estatuas gigantes al lado de su marido. Ver aquellos dos templos, el del rey y el de la reina, en su edición original, me dejó totalmente extasiado. Aquellos edificios, tallados en la misma roca, manifestaban el nacimiento del espíritu fuera de la materia, el poder de la luz expresando el alma de la piedra.

¿Dónde se escondía la inscripción cuya copia, el 14 de septiembre de 1822, me había abierto las puertas de la escritura egipcia? Me había puesto en un estado de excitación tan grande que había buscado a mi hermano en el pequeño apartamento que ocupábamos, sin dejar de gritar «¡Lo tengo!» antes de desmayarme.

Un intenso dolor inflamó de pronto mi rodilla izquierda. Me faltó el aliento. Incapaz de mantenerme de pie, me desplomé.

-¿Qué ha ocurrido? -pregunté al padre Bidant, reconociendo su rostro inclinado sobre mí-. ¿Dónde estoy?

-Un grave ataque de gota. Le hemos traído a su camarote.

-¿Tiene usted tafetán?

-Efectivamente, tengo.

-Tráigamelo, y también una esponja.

El tafetán engomado con esponja es un remedio excelente para aliviar el dolor. Me vi obligado a tomármelo con calma y a quedarme tres días inmovilizado en mi cama. Aproveché aquel período de descanso para empezar un diccionario jeroglífico e intentar traducir un texto que titulé «decreto del dios Ptah». Lo había obtenido a partir de un moldeado realizado en la gran sala del templo de Ramsés. Mis ojos se abrían poco a poco. Las frases coordinaban casi naturalmente. El lenguaje de los dioses me era cada día más familiar. Aprendía a leer y a escribir los jeroglíficos con los propios textos y la magia de la tierra de los faraones como únicos maestros.

Rosellini y L'Hote me informaban cada noche sobre el trabajo realizado. Copiaban relieves históricos todavía animados por colores tornasolados, algunos de los cuales desgraciadamente empezaban a desaparecer. Me moría de impaciencia, esperando a que aquella dichosa gota dejara de volverme impotente.

Era más de medianoche. Una calma absoluta reinaba en la dahabieh. Todos dormían, después de una jornada de trabajo agotadora. Mi diccionario progresaba casi solo, como si me fuera dictado por una voz interior. No dormía. La enfermedad retrocedía.

La puerta de mi camarote se abrió lentamente. Apareció lady Redgrave. Su vestido malva dejaba sus hombros descubiertos. Un precioso traje de noche de satén, del mejor gusto inglés. Se quedó en el umbral, el rostro apenas iluminado por la luz vacilante de una vela.

-¿Está despierto, Jean-François? -murmuró con una voz juvenil que no le conocía.

-Acérquese, lady Ophelia. Hay un sillón al pie de la cama.

Desdeñando el sillón de mimbre, se sentó en el borde de mi lecho, junto a mi pierna izquierda.

-¿No podríamos poner un término definitivo a nuestras hostilidades? -propuso-. Estamos perdidos en el fin del mundo, olvidados por la civilización. Deberíamos intentar... ser felices.

Por mucho que tratara de cerrar mis oídos para no oír el canto de aquella sirena, me embrujaba. Mi conciencia me reprochaba enseguida aquella debilidad incalificable, pero ¿cómo luchar?

-Ser felices... Para eso tendríamos que confiar el uno en el otro, lady Ophelia.

-Tengo confianza en usted, Jean-François. En el hombre que es. No en el espía al servicio de Francia.

-No soy un espía y ya no hay Francia, aquí. Sólo Nubia, los templos, el Nilo, un reflejo del paraíso... y nosotros dos.

Sonrió.

-Me gustaría creerle... pero somos, usted y yo, esclavos de nuestra misión. Mi tío me había avisado: es usted el más inteligente y astuto de los hombres.

-Ayúdeme a levantarme, se lo ruego.

Me apoyé en su brazo para ir hasta la mesa de trabajo donde Rosellini había ordenado mis papeles.

-Examine todo esto -le pedí-. Puede ver el esbozo de un diccionario, traducciones de textos, la verificación de hipótesis emitidas en el frío parisino, apuntes de escenas... ¿Es el trabajo de un espía o el de un egiptólogo?

Con suavidad y firmeza me obligó a tumbarme de nuevo en la cama.

-Sólo puede convencerse a sí mismo, señor sabio... ya que es usted el único que sabe leer los jeroglíficos.

-El porvenir le demostrará que no me equivoco.

Lady Redgrave tomó mi mano derecha entre las suyas.

-Dejemos este juego cruel, Jean-François. Comprendo su compromiso. Comprenda usted el mío. Sentir amor por su país, desear su grandeza son sentimientos nobles. Tal vez no seamos adversarios. Nuestro blanco es sin duda el mismo. Unamos nuestros esfuerzos... con la condición de ser sinceros. Si me ama, revéleme la auténtica meta de su misión. Entonces podré... dárselo todo.

-Podría mentirle -dije, con la voz ahogada-, pero no me destruiré a mis propios ojos... No, Ophelia, no soy un espía. Francia me ha proporcionado el medio de organizar esta expedición, es cierto, pero únicamente para seguir los pasos de los antiguos egipcios.

Se levantó, súbitamente altiva, y caminó retrocediendo hacia la puerta del camarote.

-Si es así, Jean-François, que pase muy buena noche...

Sólo pude conciliar el sueño al amanecer. Apenas había dormido unos minutos cuando llamaron a mi puerta con estrépito.

-¡Abra! ¡Abra inmediatamente! -gritaba el profesor Raddi.

-Empuje la puerta -contesté con voz brumosa.

Un huracán se abalanzó sobre mí.

-¡Champollion, una desgracia! ¡Una espantosa desgracia! ¡Una catástrofe sin nombre! ¡Un desastre insensato!

Prosiguió así durante unos segundos interminables, ahogándose en los términos más excesivos. Esperé a que terminara su letanía para pedir algunas aclaraciones sobre la causa de aquel furor.

-Mis sacos llenos de muestras minerales ¡han desaparecido!

-¿Dónde los había guardado?

-En la cubierta de proa, bajo una lona. Ya no tenía espacio suficiente en mi barca. Hay que abrir una investigación.

-Haga venir al reis.

La investigación resultó muy fácil. Interrogado, el capitán nos trajo enseguida al culpable, que se había denunciado espontáneamente.

-¿Qué has hecho con las colecciones del profesor Raddi? -pregunté al tipo larguirucho y flaco.

No comprendió mi pregunta. Le hablé de los sacos.

-¿Los sacos llenos de piedras? Los he tirado al agua. Piedras hay por todas partes.

Imposible explicar a aquel infeliz, desprovisto de todo conocimiento mineralógico, la naturaleza de su falta.

Despaché al marinero antes de dar al buen profesor el resultado de mi investigación.

Raddi se desmoronó. Le vi envejecer diez años en unos pocos segundos:

-Me voy de Abu Simbel -anunció-. Regreso a El Cairo. Reconstituiré mis colecciones, piedra a piedra.

-Profesor, comparto su aflicción. Renuncie a esa decisión, se lo suplico. No tendría las fuerzas necesarias para llegar al término de ese periplo. Dedíquese a la mineralogía nubia, que nadie ha explorado hasta ahora...

-Necesito mis muestras para escribir la historia del mundo. Sin ellas estoy perdido.

-¿No estaba deseando renunciar al trabajo de oficina, profesor? ¿No se había enamorado del desierto y del silencio?

Raddi agachó la cabeza, avergonzado.

-Sí... pero está mi obra, ¡la más inmensa jamás emprendida por un hombre! Se da cuenta, Champollion: ¡la historia del mundo contada por los minerales! Los granitos, las areniscas, los alabastros, las calizas de Egipto, tenían que proporcionarme unos hitos decisivos.

-Aquí tiene una amplia cosecha que realizar, profesor. ¡Trabaje sin descansar! Es el mejor remedio contra las pruebas, por muy crueles que sean. Cuando regresemos al norte, volverá a encontrar lo que ha perdido.

Había puesto tanta convicción en mis palabras que Raddi se conmovió. Aceptó renunciar a sus proyectos y permanecer en la comunidad. Cuando salió de mi camarote, yo estaba agotado, pero feliz por haber protegido la unidad de nuestra pequeña comunidad, aunque ésta me parecía cada vez más comprometida. Lady Redgrave se estaba convirtiendo en una enemiga irreductible. Rosellini, a pesar de su deferencia, dejaba entrever cierta ambición y envidia. L'Hote, que se atenía a los principios de la disciplina, se estaba cansando poco a poco de la aventura. El profesor Raddi sufría unos asaltos violentos por parte del destino. ¿Y quién, entre ellos, había decidido traicionarme? La única dicha era la «conversión» del padre Bidant, adepto de una tolerancia que ya no esperaba.

Siempre había negado la fatalidad. La negué de nuevo.

Para recobrar una energía nueva, necesitaba mi licor de juventud: un templo egipcio. Y tenía uno, magnífico, a unos pocos pasos de mí. Olvidando la enfermedad y el sufrimiento, me levanté.

El gran templo de Abu Simbel es una maravilla que no desluciría Tebas. El trabajo que esta excavación ha costado asusta la imaginación. La sonrisa de los colosos de la fachada que representan a Ramsés el Grande es una de las más puras obras maestras salida del cincel de los escultores egipcios. Es a la vez serenidad y poder, divina y humana, cielo y tierra.

Siento no estar provisto de alguna varita mágica para transportar las estatuas gigantes de Abu Simbel en medio de la plaza de Luis XIV y convencer así de una vez a los detractores del arte egipcio.

A pesar del viento glacial, había ido al santuario, sostenido por Solimán y L'Hote. Los nubios habían instalado vigas y tablas para acceder al agujero que daba al interior. Los marineros habían consolidado aquella arquitectura frágil que amenazaba con caer en ruinas. Hubo que quitar arena y tomar el estrecho pasadizo.

El milagro se produjo: el mal se esfumó y recobré el uso de mis piernas. Me desvestí casi totalmente, conservando sólo mi camisa árabe y un calzoncillo de tela, y abordé de bruces la pequeña abertura de una puerta que, despejada, tendría al menos veinticinco pies de altura. Creí encontrarme en la boca de un horno y, deslizándome enteramente dentro del templo, me hallé en un ambiente recalentado. Recorrimos aquella sorprendente excavación, Rosellini, L'Hote, Solimán y yo, cada uno con una vela en la mano.

La primera sala está sostenida por ocho pilares a los cuales están adosados otros tantos colosos de treinta pies cada uno, representando a Ramsés el Grande; en las paredes, una hilera de grandes bajorrelieves históricos relativos a las conquistas del faraón en África; una escena representa su carro triunfal, acompañado de grupos de prisioneros nubios y negros de tamaño natural, lo cual ofrece una composición muy hermosa y de gran efecto. Las demás salas, y hay dieciséis, tienen abundantes bajorrelieves religiosos, que ofrecen particularidades muy curiosas.

Nos hemos propuesto obtener el dibujo, en grande y coloreado, de todos los bajorrelieves que decoran la gran sala del templo. Cuando se sepa que el calor que hace en este templo, hoy subterráneo, ya que la arena ha cubierto casi toda su fachada, es comparable al de un baño turco muy calentado; cuando se sepa que hay que entrar casi desnudo, que el cuerpo chorrea continuamente un sudor abundante que cae sobre los ojos y gotea en el papel ya empapado por el calor húmedo de este ambiente sofocante, seguramente se admirará el valor de la expedición que, afrontando este horno, sólo sale por agotamiento y cuando las piernas ya no pueden sostener el cuerpo.

Todo es colosal aquí, sin exceptuar los trabajos que hemos emprendido, cuyo resultado se merecerá la atención pública. Los que conocen el lugar saben lo difícil que resulta dibujar un solo jeroglífico en el gran templo. Pero ¿quién podría hablar de trabajo ante tales esplendores? Ya no sentía cansancio ni dolor. Subido a una escalera, copiaba los textos, tomaba huellas, cotejaba varias veces con el original. Los textos serían puestos luego en unos dibujos debidamente preparados para evitar cualquier error.

Fue al encontrarme cara a cara con un retrato de Ramsés cuando percibí el significado de su función. Hacía ofrenda a un dios que tenía el mismo nombre de Ramsés. Pero sería una gran equivocación creer que el soberano se adulaba a sí mismo. Honraba, a través de su persona simbólica, al sol divino que llevaba en el corazón y del cual era el representante sobre la tierra.

Habiendo visto todos los bajorrelieves, la necesidad de respirar un poco de aire puro se hizo sentir. Hubo que volver a la entrada del horno tomando precauciones para salir. Me puse dos chalecos de franela, un albornoz de lana y mi gran abrigo, con el cual Solimán me cubrió en cuanto volví a la luz. Allí, sentado junto a uno de los colosos exteriores, cuya inmensa pantorrilla paraba el soplo del viento del norte, descansé media hora para dejar pasar la gran transpiración. Luego regresé a mi barco, donde me quedé casi dos horas en mi cama. Aquella visita experimental me había demostrado que uno puede quedarse dos horas y media o tres en el interior del templo sin sentir ninguna molestia respiratoria, sólo debilitamiento en las articulaciones.

Aquel baño turco fue el mejor remedio contra los grandes y pequeños males que sufríamos. Por tanto decidí fijar en al menos tres horas la duración de mis propias visitas al templo, imponiendo a L'Hote y a Rosellini sólo dos horas de trabajo por la mañana y otro tanto por la tarde para no condenarles a la asfixia.

El gran templo de Abu Simbel, además de sus revelaciones faraónicas, me ofreció un espléndido regalo: me libró de la gota.

Envié a Solimán en busca de lady Redgrave. Se reunió conmigo cuando me encontraba meditando ante el pequeño templo de Abu Simbel y sus seis figuras colosales que representan a la pareja real rodeada de sus hijos. Estaba furioso contra un dibujante llamado Gau, por quien creía conocer estas obras maestras despreciadas por culpa de sus mediocres reproducciones. Le reprochaba que hubiera dado a aquellas estatuas tan esbeltas y con una figura tan elegante el aspecto de torpes monigotes y de gruesas cocineras en las vistas que se había atrevido a publicar.

-¿Qué desea? -preguntó lady Ophelia, que llevaba un vestido de muselina rosa.

Se protegía de los ardores del sol con una sombrilla naranja y se pavoneaba menudeando el paso, creyéndose en medio de un salón londinense.

-Mire... mire este templo, lady Redgrave. ¿Sabe para quién ha sido construido? Para Nefertari, la esposa de Ramsés, a quien amaba por encima de todo... Hizo venir aquí al arquitecto jefe del reino, organizó la obra de construcción más activa, compuso el poema de amor más tierno y más noble que jamás se haya inscrito en una piedra de eternidad. ¿Qué regalo más hermoso podría ofrecer un faraón a la mujer que veneraba?

Lady Ophelia Redgrave bajó su sombrilla. Dio algunos pasos en dirección al templo y se quedó allí, sola en medio de la explanada.

El pequeño templo de Abu Simbel me había demostrado lo mucho que la civilización egipcia difería de las del resto de Oriente; pues sólo se puede apreciar el auténtico grado de cultura de un pueblo según la posición que ocupan las mujeres en la organización social. En la época de los faraones, la mujer desempeñaba los más altos cargos espirituales y materiales. Podía acceder al rango de jefe del Estado, conocer los misterios del templo, tener bienes propios, cederlos a quien quisiera. Su condición fue de las más elevadas y deberíamos inspirarnos en ella más a menudo. Cuando los trabajos urgentes e indispensables, diccionario y gramática, estén acabados, dedicaré una obra a la mujer en el Antiguo Egipto. El día en que lady Redgrave comprenda finalmente que mi vida está destinada a cantar la gloria de una luminosa civilización, tal vez disfrute leyéndola.

El trabajo prosiguió a buen ritmo. Abu Simbel es un lugar que proporciona una felicidad inmediata y constante. Los nubios, indolentes por naturaleza, participaron de buena gana en la tarea. Íbamos de hallazgo en hallazgo. Así, en las cercanías del gran templo descubrí una estela que probaba que Ramsés había anexionado Nubia de tal modo que ésta había pasado a formar parte del Imperio como una provincia más. Algunos monumentos eran tan poco accesibles que tuve que copiar los textos elaborando una peligrosa estrategia: de pie en una barca, utilizaba dos catalejos gracias a los cuales identificaba cada jeroglífico grabado en las rocas.

Por la noche, compartíamos una comida frugal con los nubios. Teníamos la sensación de habernos convertido en aldeanos. Habíamos olvidado la época de las ciudades, la labor cotidiana, el ruido, la agitación. El sol marcaba la tónica, el cielo daba sus colores, y el templo el sentido de lo eterno. Los alimentos materiales contaban poco. La dulzura de la amistad compartida hacía que unas simples tortas fueran más sabrosas que los platos más finos.

Normalmente, nos colocábamos en círculo alrededor de una hoguera y escuchábamos a un anciano ciego contar largas y hermosas historias en las cuales se repetía la figura de una leona aterradora, encargada por el dios sol de destruir a la humanidad que había traicionado la luz y mancillado la vida. La diosa Hathor intervenía para calmar aquel furor asesino y salvar a unos justos que habían huido al desierto.

Aquella noche, el jefe de la aldea estaba ausente. Esperamos su regreso antes de tocar el plato de fiesta que nos habían servido, una mezcla de habas y cebada. El ambiente era solemne, casi tenso. Nadie se atrevía a hablar. Pronto sólo se oyó el crepitar del fuego. Entonces apareció el jefe, en compañía de un personaje sorprendente, un negro joven y grande envuelto en un abrigo blanco que cubría un vestido azul. Su peinado me llamó la atención. Se componía de un gran número de bucles que formaban una peluca, recordándome la que llevaban los nobles en algunos bajorrelieves egipcios. Además, aquella cofia, que reducía el foso entre el pasado y el presente, exhalaba olores suaves. La costumbre egipcia del banquete requería que se acudiera a él con la cabeza

perfumada para deleitar el olfato de los dioses. El joven, acompañándose por una lira, entonó un canto en mi honor, calificándome de *gran general enviado por un poderoso monarca*. Su voz melodiosa, dilatándose con el ritmo hechicero de una melopea, nos sumió en un éxtasis colectivo. El jefe de la aldea, que me ofreció café, enarbolaba una gran sonrisa.

-Ha venido de muy lejos -me dijo-, y ha llegado hasta nosotros porque es un amigo de Dios. Desde ahora, mi aldea le está abierta. Vendrá cuando lo desee y, en cuanto pise nuestro suelo, será una fiesta. Vivirá en mi casa, dormiremos bajo el mismo techo y compartiremos el pan. Así será cumplida la voluntad de Dios.

Estaba profundamente emocionado.

Dos chiquillos, traídos por una nubia de caderas fuertes, me fueron presentados.

-Estos son mis hijos -declaró el jefe-. Que su bendición esté con ellos. Yo no me iré de mi pueblo. Pero ellos tal vez vayan a su tierra. Estoy seguro de que usted les dará hospitalidad y de que también habrá fiesta cuando vayan allí.

Le aseguré que así sería, aunque estaba rojo de confusión. Estaba convencido, desgraciadamente, de que dos jóvenes nubios no recibirían una acogida de esta calidad en nuestra vieja Europa, donde la mayoría de las familias habían olvidado las antiguas costumbres.

Mi vida me pareció irrisoria, casi inútil. Aquí vivía una quietud más allá de los sentimientos y de la razón. Egipto, en Europa, sólo era un sueño. En aquel pueblo del gran sur se convertía en eternidad. Destruía en mí lo inútil y lo superficial. ¿Mi vida? ¿Qué importancia tenía ante aquellas piedras sin edad, sin historia personal, desprovistas del germen de la muerte? Amarlas, venerarlas, no basta. Conocerlas por la sola inteligencia es imposible. Identificarse con ellas, convertirse en piedra, entrar en su corazón..., ¿no es el más envidiable de los destinos?

Por la mañana fui llamado por el jefe del pueblo que quería ofrecernos dos regalos excepcionales: una gacela que L'Hote bautizó inmediatamente con el nombre de *Pierre* y un gran gato de Kordofan. Como regalo equivalente, le pagamos magníficamente y añadí una fuerte suma para el cantante que había hechizado nuestras almas.

Unas risas ruidosas captaron mi atención. Un grupo de niños se había formado alrededor del profesor Raddi, que intentaba adquirir un perrillo amarillo y un búfalo. Para negociar, no había encontrado otro medio que imitar los gritos de los animales, lo cual provocaba una verdadera hilaridad. Para el desconsuelo de los niños, le persuadí de que renunciara a sus compras.

De nuevo en el buque insignia, fui a mi camarote para clasificar unos papeles y seguir un poco con mi diccionario antes de regresar al templo. En mi mesa de trabajo, una hoja de papel, muy a la vista, con estas pocas palabras en árabe: «El Profeta se ha ido de Abu Simbel. Le espera en el Nilo».

Apenas me había repuesto de mi sorpresa cuando un concierto de gritos y vociferaciones, acompañado de una cabalgada, resonó en la cubierta. Cuando llegué allí, la causa del drama había desaparecido. El reis me explicó que acababa de pelearse con uno de sus cocineros a quien había sorprendido fisgando en el camarote de lady Redgrave. El hombre le había golpeado, empujado y luego había huido. Varios marineros se habían lanzado tras él.

Creí que el asunto no era muy importante cuando un marinero, enloquecido, volvió para avisar a su capitán que el cocinero se había refugiado en el gran templo de Ramsés y amenazaba con destruir los relieves si intentaban detenerle. Mi presencia

resultaba indispensable. No lo dudé un instante, trastornado con la idea de que semejantes obras maestras fueran desfiguradas por un loco furioso.

En la entrada del santuario había varios marineros armados con palos y decididos a darle una paliza al fugitivo cuyas invectivas ya no se oían. Provisto de una antorcha que encendió L'Hote, y sin escuchar ningún consejo de prudencia, penetré inmediatamente por la abertura. La antecámara y la gran sala estaban silenciosas y desiertas. Un rápido examen me mostró que mis inestimables relieves estaban intactos. Corrí hasta el fondo del santuario, hundido, en espesas tinieblas. Delante de las cuatro estatuas divinas había un cuerpo tumbado. Iluminándolo, vi que tenía la nuca partida. El hombre había tropezado y se había roto el cuello chocando con las rodillas de una de las estatuas.

Aquel falso cocinero no era un desconocido.

Abdel-Razuk, el policía del pacha, acababa de terminar su miserable carrera, golpeado por los dioses egipcios.

Abdel-Razuk fue enterrado en el cementerio de la aldea. Moktar, como representante de las autoridades, había vigilado la corta y modesta ceremonia.

-¿Cuál era el nombre de este desdichado? -le pregunté cuando volvía a subir a bordo de la dahabieh.

-Un tal Silouf. El reis le daba trabajo por primera vez. Alá le ha castigado por su crimen.

Así, ¡Moktar se negaba a identificar a su colega, optando por matarlo una segunda vez suprimiendo su identidad! Mi silencio pareció tranquilizarle. Sin duda creyó que me dejaba engañar y que no había examinado el cadáver muy de cerca. En cuanto a mis compañeros, no habían tenido posibilidad de hacerlo.

Nubia había venido a Abdel-Razuk, poniendo término a la despreciable misión que le había sido confiada. Discerní en ello la intervención benévola del gran Ramsés que, más allá de los tiempos, me concedía su protección.

Hace ya varios días que no he cambiado ni una palabra con Solimán, que observa sin cesar a los miembros de la expedición. Nos aislamos en la parte trasera de la dahabieh que había tomado la dirección de Ouadi Haifa. Le hice saber que el cocinero muerto accidentalmente en Abu Simbel no era otro que Abdel-Razuk. La noticia le sumió en una oscura perplejidad.

-Así que nos han seguido hasta Nubia...

-¿Esperabas que por fin nos abandonarían?

-Esta región no interesa nada al pachá y a Drovetti. Abdel-Razuk tenía toda la confianza de sus amos. No era un policía corriente. Si ha tomado la decisión de seguirle allí donde vaya, es que su persona es muy preciada... o muy amenazadora.

-El desgraciado ha muerto, Solimán. ¿Qué más podemos temer?

-No sea ingenuo, hermano. Queda Moktar y, a su lado, un traidor que nos espía a cada momento. Cerca de usted merodea la sombra del pacha que espera el momento en que dé un paso de más. Estoy preocupado... cada vez más preocupado.

-¿Qué piensas de esto?

Le enseñé el enigmático mensaje relativo al Profeta.

-Es imposible obtener nada seguro acerca de este hombre... es más huidizo que el viento. Acabaré por creer que ha sido inventado por Drovetti para desconcertarnos aún más y hacernos seguir falsas pistas.

-Existe, Solimán. Lo presiento. Tengo que encontrarle.

-¿Pero quién puede haber escrito estas líneas? ¿Aliado o adversario?

-¿Quién sabe árabe, entre nosotros? Tú y... lady Redgrave.

Solimán sonrió.

-No olvide el capitán y algunos miembros del equipaje. ¿Son todos simples marineros? Abdel-Razuk bien que consiguió que le contrataran como cocinero.

-Confiemos en el destino... Me niego a angustiarme continuamente y a vivir en la sospecha.

El 30 de diciembre, a mediodía, llegamos a Ouadi Haifa, a una media hora de la segunda catarata donde se han asentado nuestras columnas de Hércules. Allí hay algunas casas de tierra construidas en la linde de los cultivos, en la orilla este del Nilo, unas palmeras y unos sicómoros. Unos pocos nubios flacos intentan sobrevivir con dificultad. La catarata es una barrera de granito, formada por una serie de pequeños islotes a veces cubiertos de malezas y de arbustos. Por todas partes, puntas de rocas a flor de agua.

Más allá, de centinela en un islote en medio del río, se alzan las murallas de la fortaleza egipcia de Bouhen que prohibía el acceso de Nubia a los negros. Se me encogió el corazón. No podía apartar mi mirada de aquella última frontera. Había llegado muy felizmente al término extremo de mi viaje. Aquella barrera de granito que el Nilo ha sabido vencer, no la pasaré.

Al otro lado existen muchos monumentos que espero sean de menor importancia y que no veré. Habría que renunciar a nuestros barcos, montar unos camellos difíciles de encontrar, atravesar desiertos y arriesgarse a morir de hambre, pues veinticuatro bocas quieren al menos comer como diez, y los víveres ya son muy escasos. Son nuestras galletas de Asuán las que nos han salvado.

Debo, por tanto, detener mi carrera en línea recta y virar. La dahabieh y las barcas, incapaces de cruzar los rápidos, giraron su proa hacia Egipto. Mientras la noticia del regreso se propagaba y se efectuaban las maniobras, subí a las alturas de Abusir en compañía de Solimán. Desde allí asistimos al espectáculo de las aguas enfurecidas, de las olas rompiéndose en los arrecifes, de un horizonte perdido en unos tonos azulados donde se ahogaba el cielo de África.

El hombre, aquí, ya no era nada. Apenas podía considerarse como un huésped de paso, obligado al silencio más absoluto. En él se elevaban las voces del río, del sol, de las rocas. Perdía de golpe la soberbia atribuida a lo que creía ser su inteligencia, para inclinarse ante la majestuosidad de la vida.

Al dejar el promontorio, vi que Solimán había grabado mi nombre en una roca, dejando una huella de nuestra aventura y del hombre que había tomado su iniciativa. Jean-François Champollion..., ¿quién era, sino un juguete entre las manos de la Providencia, un hombre de deseo que debía expresar el fuego intenso que le consumía desde la infancia, un explorador de lo invisible en busca de una civilización perdida?

De él no quedaría nada. Excepto, tal vez, un nombre sobre una roca para siempre olvidado en la soledad de la catarata.

Un cañonazo rompió la quietud del aire nubio, haciendo emprender el vuelo, con grandes aleteos, a un grupo de pelícanos. Lady Redgrave estaba en la parte delantera de la dahabieh, junto a la pieza de artillería cuyo tiro acababa de ordenar.

Era nuestro último saludo al gran sur. Los marineros entonaron un canto de despedida, a la vez triste y lleno de esperanza. Tuve la exaltante sensación de que mi trabajo empezaba realmente hoy, aunque ya tenía más de seiscientos dibujos, pero queda tanto por hacer que casi me asusta. Hubiera querido explorar Nubia durante meses, residir en Tebas durante años, habitar cada templo, sentir su genio propio, vivirlo desde el interior.

Pero la angustia invadía ahora mis pensamientos, como si el tiempo estuviera de pronto contado para mí.

-No nos rezaguemos, general -exigió Néstor l'Hote, alarmado-. He inspeccionado la barca despensa. Las provisiones disminuyen peligrosamente. Si nos entretenemos demasiado tiempo en los emplazamientos, podríamos morir de hambre. Las aldeas son demasiado pobres para alimentarnos.

Asentí meneando la cabeza. L'Hote había hecho aquella declaración delante de todos los miembros de la expedición para que nadie ignorara la gravedad de la situación. Mi responsabilidad se encontraba así comprometida. Esta actitud me entristeció. Mi fiel dibujante parecía haberse hartado de Egipto. El país y el trabajo ya no le seducían. Estaba dispuesto a valerse de cualquier medio para adelantar la vuelta.

-No correremos ningún riesgo -declaré-. Reduciré nuestras investigaciones a lo esencial.

-Sin embargo, Egipto bien vale unas cuantas comidas -objetó el padre Bidant-. Adelgacemos un poco para la gloria de la ciencia.

Aquel aliado inesperado no se quedó aislado. Rosellini y lady Redgrave fueron del mismo parecer. L'Hote, viéndose solo, se dirigió a un rincón de mi camarote, se cruzó de brazos y optó por la desaprobación muda.

-No perdamos el tiempo con palabrerías -dije-. Vayamos a explorar.

Hice detener nuestra flotilla cerca del emplazamiento de la antigua Beheni. Pensaba encontrar dos grandes estelas históricas cuya existencia había sido señalada por unos viajeros. Sólo quedaba un amplio desierto y algunas ruinas miserables. La arena lo había cubierto todo. No me di por vencido. Los marineros aceptaron ayudarnos, y designé varios equipos que excavaron y desescombraron con ardor en los lugares que les indiqué.

La suerte me fue enseguida favorable. Ayudado por Solimán, saqué a la luz una imponente estela del primero de los Ramsés. Rosellini, con los ojos brillantes de envidia, acudió corriendo.

-Una obra maestra -juzgó-. El Louvre tiene mucha suerte... pero será para Italia.

Despechado, se alejó, lanzándose sobre la pista de la segunda estela que sabíamos estaba enterrada en aquellos parajes. Pero los esfuerzos fueron inútiles. Por la noche, extenuados y desanimados, volvimos al buque insignia. La amargura estaba reflejada en los rostros. Había explicado, efectivamente, que el monumento imposible de encontrar debía ser de una importancia capital para el establecimiento de la historia egipcia. Se habían gastado tantas fuerzas en vano... tenía pocas esperanzas de poder reanimar mis tropas para el día siguiente.

Había menospreciado su valor. Desde el amanecer todos estábamos al pie del cañón, decididos a no volver con las manos vacías del campo de excavaciones cuyo plano detallado había establecido Rosellini. Solimán, sin dejar de velar por mi seguridad, escogió una roca prominente para grabar de nuevo el nombre del jefe de la expedición, conforme a la costumbre que había adoptado. Nadie trabajó de mala gana. Lady Redgrave, en pantalones, no era la menos activa. El padre Bidant, a pesar de su sotana, adoptaba la posición inclinada del excavador, apartando la arena con la esperanza de sacar un tesoro.

A mediodía, estábamos derrotados. Unos tras otros, mis compañeros se sentaron, con las piernas sin fuerzas, la frente ardiendo y sin aliento. Me quedaba algo de energía. Salí del área limitada por mi discípulo para dar un paseo solitario en aquel desierto que amaba más allá de toda razón. Paso a paso, me alejé de mi pacífico ejército hasta el instante en que mi pie chocó con una masa dura que apenas emergía de la arena fina. Arrodillándome inmediatamente, con palpitations en el corazón, despejé apresuradamente lo que me parecía ser la cima redondeada de una estela antigua. Experimentaba una sensación indescriptible de felicidad. Era efectivamente el monumento de Sesostris. Llamé enseguida a mis compañeros, que acudieron, Rosellini el primero.

Mi discípulo estaba lívido. Se dio cuenta de la calidad de la estela que acarició con la punta de los dedos.

-Qué pieza tan admirable... ¿También la quiere para el Louvre, maestro?

-¿Tú qué crees?

-La ley es la ley... El excavador conserva el resultado de las excavaciones.

-Tiene gran aprecio a este monumento, Ippolito. Fue un viajero italiano quien, el primero, señaló su existencia. Por tanto, le corresponde de derecho.

¿Satisfacción? ¿Sorpresa? ¿Despecho? Fui incapaz de descifrar la mirada de Rosellini.

-Me niego, maestro. Estos dos monumentos tienen que permanecer juntos. Le pertenecen y, por consiguiente, pertenecen a Francia. Permítame ser inflexible.

Tomé a mi discípulo por los hombros y le di un abrazo.

-Le agradezco su generosidad, Ippolito. Los dioses le estarán agradecidos.

Con una alegría contagiosa, procedimos a un rápido desescombros. Di la orden de transportar la estela de Sesostris a bordo de la dahabieh. Mientras efectuaban el cargamento bajo la dirección de Rosellini, nos quedamos en el desierto, saboreando esta victoria y saludando a Ra, el sol divino que nos la había otorgado. Incluso el padre Bidant se volvía sensible a las bellezas de Egipto, mientras que L'Hote, revigorizado, cantaba nuestro éxito.

Respetando mi palabra, di la orden de seguir con nuestro descenso del Nilo que a cada segundo nos acercaba más a Tebas. La corriente era rápida, el viento del norte soplaba con fuerza. Ouadi Haifa y la profunda Nubia se alejaban definitivamente.

Unos patos silvestres emprendieron su vuelo en el cielo azul. En la orilla, un búfalo se sacudía después de su baño. Fue entonces cuando percibí la belleza oculta del paisaje egipcio. Cada día más hechicero, no cambiaba nunca. Las únicas modificaciones residían en la mayor o menor intensidad de la luz, en el centelleo más o menos resplandeciente de las aguas del Nilo. El hombre era el huésped de aquella tierra y de aquel cielo que, a cada instante, prolongaban el pasado y animaban el porvenir con un soplo de eternidad. Aquella naturaleza formada por las divinidades era al mismo tiempo soledad y fraternidad; volvía a mi alma contemporánea de los antiguos egipcios, hacía apreciar el suceso más insignificante, el paso de una falúa, el canto de un pájaro, el brillo de un follaje. Olvidándose de uno mismo, se accedía a la absoluta sencillez de esta vida milenaria que no se escurría como arena entre los dedos, sino que dilatada el corazón, inundándole con un sol que había visto levantarse los templos. Lo superfluo desaparecía. El ser se despojaba, tomando conciencia de su finitud y, en este desapego, descubría la esperanza, esa unión indecible con el fuego secreto que volvía Egipto inalterable.

Intentando vencer la nostalgia que me invadía, redacté las notas sobre las circunstancias del descubrimiento de las dos estelas y sobre los propios monumentos. Durante este trabajo, tuve una duda sobre la escritura exacta del nombre del rey Sesostris. Aunque era de noche, quise comprobar aquel detalle en el acto. Salí de mi camarote y fui a la parte delantera de la dahabieh donde pregunté al reis en qué lugar habían depositado las piedras sagradas. Mi pregunta le sorprendió, alegando que ningún objeto de esa importancia había sido embarcado en el buque insignia. Llamó a sus marineros que le confirmaron el hecho. Uno de ellos, en cambio, declaró que había ayudado a cargar en la barca que servía de despensa.

-¿Quién dio la orden?-me indigné.

Las descripciones señalaron a Rosellini.

Le hice convocar por el reis, que lo trajo hasta mi camarote. Le miré en silencio.

-¿Qué ocurre, maestro? ¿Una mala noticia?

-Muy mala, Ippolito. Usted ya la conoce.

-¿Yo? Cómo...

-No soy un fiscal. Confiese usted su falta y repárela.

-¿Qué falta? ¿De qué me acusa? ¿Y por qué...?

-Cállese, Ippolito. No se enrede aún más.

Rosellini agachó la cabeza, rindiéndose.

-He sido un estúpido, maestro. He cedido al impulso más abyecto. Deseaba tanto esas dos estelas..., no para mí, sino para el museo...

-Puedo comprenderlo, Ippolito, pero no admito que me haya mentado, que haya abusado de mi confianza.

-¡No! -protestó-. ¡Era sincero! Fue al llegar a la barca despena cuando se me ocurrió la idea... un deseo irresistible de poseer las estelas. Creí que no se daría cuenta de nada.

Rosellini lloró sin derramar una sola lágrima. Sollozos ahogados, jadeos. Salió de mi camarote sin levantar la cabeza.

En cuanto se inmovilizó la flotilla en Serret el-Gharb, convoqué a mis compañeros de viaje. Rosellini, muerto de inquietud, se escondía detrás de L'Hote. Seguramente temía que estuviera decidido a denunciar su ignominia ante la comunidad.

-He olvidado la fecha de mi cumpleaños, pero no la de hoy. Vamos a celebrar juntos el Año Nuevo y he querido, como jefe de esta expedición, ofrecerles unos regalos. Quiero olvidarme de nuestras diferencias. Unámonos en la más fraternal de las amistades. Lady Redgrave, si quiere usted acercarse...

Solimán, a petición mía, había conseguido negociar un collar de lapislázuli con el cual adorné yo mismo el cuello de la bella espía. Emocionada, me dio las gracias con una sonrisa que ciertamente no era la de una enemiga.

Rosellini, que empezaba a relajarse, recibió un ouchebti, pequeña figurilla mágica destinada a trabajar en los campos del otro mundo a petición del resucitado, reconocido como un justo. Néstor l'Hote fue gratificado con una colección de carbonillos que reanimaron su deseo de dibujar Egipto entero. Al padre Bidant le ofrecí un manuscrito copto que trataba sobre las adversidades que habían padecido los santos. Al profesor Raddi, un tratado de mineralogía rarísimo que Jacques-Joseph me había cedido tras haberlo extraído de su biblioteca.

Luego fui a la parte delantera del barco donde, siguiendo mis instrucciones, el capitán había convocado a la tripulación. Les ofrecí una prima agradeciéndoles su preciosa ayuda. Los músicos empuñaron sus instrumentos. Un canto alegre salió de los pechos.

La exaltación se había apoderado de la expedición. Instalamos unas mesas en la orilla. No muy lejos, una noria, accionada por unos bueyes, dejaba oír su lamento que nunca calla. Unas palmeras de treinta metros de altura nos dispensaron tranquilidad y frescor. Alzando los ojos al cielo donde renacían las primeras estrellas, que contenían las almas de los faraones que regresaron a la luz de la que había nacido, contemplé la cúspide de aquellos grandes árboles, capaces de recibir el fuego del sol sin perder su verdor. Unos campesinos, sentados con las piernas cruzadas, trenzaban unas fibras para fabricar seras, jaulas, cestos. De entrada, fuimos agasajados con unos tallos de palmera que exprimían una savia azucarada y un puré de médula de plantones. Los rebaños, a un paso muy lento, volvían de los campos donde todavía jugaban unos niños desnudos.

¿Quién podrá describir la vida encantada a la sombra de las palmeras? ¿Quién podrá cantar la plenitud de un banquete de Año Nuevo en la orilla nubia, bañada con un aire límpido, heredera de una sabiduría inmortal que sigue alimentando la voz del río? En aquel momento hubiera querido ser poeta, pintor y músico...

Con un nudo en la garganta, me levanté alzando un vaso.

-Me gustaría brindar por el éxito completo de nuestra expedición.

-¿Con qué néctar? -preguntó L'Hote, irónico.

-Con dos botellas de vino de Saint-Georges -revelé, encantado con aquella sorpresa.

Solimán trajo el precioso líquido, que había permanecido cuidadosamente escondido en el fondo de un baúl. Lo saboreamos con veneración, aunque estaba algo amortiguado por el trópico.

«¡Vida, salud, fuerza!»: tal era el triple deseo unido al nombre de cada faraón, y el que emitimos a favor de nuestra comunidad que saludó con exclamaciones laudatorias la llegada de un gran nubio cargado con una piel de pantera, plumas de avestruces, un venablo y conchas. Estos regalos nos fueron distribuidos con un entusiasmo comunicativo que avivó aún más el vino de palma.

Recibí un gran huevo de avestruz, decorado con dibujos infantiles. La parte superior había sido recortada, formando una tapa. Mientras los comensales, un poco achispados, cantaban canciones de moda repetidas, mal que bien, por los nubios, sentí curiosidad por abrir el huevo y mirar su interior.

Había una especie de papiro cuidadosamente enrollado. Lo cogí discretamente y fui a desenrollarlo bajo unos árboles, lejos de las miradas. El documento estaba escrito en copto, con una mano que revelaba las huellas de la edad.

El texto que llevaba estaba firmado por el Profeta.

Estoy orgulloso de que, habiéndole acompañado desde la desembocadura del Nilo hasta la segunda catarata, pueda anunciarle que no hay nada que modificar en su alfabeto de los jeroglíficos. Su desciframiento es el correcto. Lo aplicará con idéntico éxito a los monumentos egipcios de las épocas romana y griega. Y después, lo cual es mucho más importante, a las inscripciones de todos los templos, palacios y tumbas de las épocas faraónicas. Con su viaje ha restablecido la tradición, y sus trabajos jeroglíficos serán universalmente reconocidos. Adiós.

La clave. La última clave. La lengua jeroglífica no había variado en su arquitectura desde el nacimiento de la civilización hasta el último soplo vital, desde las tumbas del Antiguo Imperio hasta los grandes templos tolomaicos.

Egipto, uno e indivisible. Egipto, creador de una lengua sagrada que había escapado al tiempo y a la muerte. Y mi desciframiento era el correcto...

No teníamos tiempo para descansar, aparte de que el banquete de Año Nuevo, a pesar de su frugalidad, había menguado aún más nuestras reservas de alimentos, por lo que al día siguiente exploramos la gruta de Machakit, cuya entrada se abría en un acantilado que caía verticalmente sobre el Nilo. El tiempo era muy malo; un viento violento soplaba a ráfagas. Néstor L'Hote, a pesar de su fuerte jaqueca, no quiso perderse la ascensión. Su determinación venció mi decisión.

Tenía mucha dificultad para reflexionar. El mensaje del Profeta me había trastornado. ¿Cuándo y dónde me había cruzado con él? ¿Por qué no quería entrevistarse conmigo? L'Hote me tendió la mano en varias ocasiones para ayudarme a subir. Nuestros esfuerzos fueron recompensados. Descubrimos una capilla de la XVIII dinastía, dedicada por un noble llamado Paser a la diosa de la catarata, la bella Anoukis, una mujer muy graciosa con cuernos de gacela. L'Hote dibujó los bajorrelieves y yo copié las inscripciones.

Las copiaba y las descifraba al mismo tiempo. Los jeroglíficos ya no eran una lengua muerta, exterior a mí, sino un discurso del interior que ahora era tan natural como mi lengua materna.

Leía los jeroglíficos. Los signos bailaron bruscamente ante mis ojos. Se arremolinaron. Fui arrastrado con ellos en una ola inmensa que subía hasta el cielo.

Un violento dolor en la mejilla izquierda me hizo recobrar la conciencia.

L'Hote me abofeteó otra vez. Abrí los ojos.

-¡Ah, general! Menudo susto... ¡Se ha desplomado como un saco! El agotamiento, sin duda...

-Sí, el agotamiento...

-Tenemos que darnos prisa. Mire fuera.

El viento del norte, que se había levantado poco antes de nuestra llegada al pie de la roca, se había convertido en una especie de huracán. L'Hote, sin soltarme la mano, me llevó al camino de descenso. Las ráfagas de viento nos empujaron contra la pared repetidas veces. Incluso perdí el equilibrio, agarrándome a una rama nudosa que gimíó bajo mi peso.

La suerte quiso que volviéramos sanos y salvos a las barcas donde nuestros compañeros nos reprocharon nuestra temeridad. La flotilla avanzó durante media hora, esperando que la corriente vencería a la violencia del viento contrario. Pero el shamali se volvió furioso, el Nilo se encrespó como la mar y se levantaron grandes olas. Finalmente, la tormenta nos obligó a dirigirnos a la orilla.

¡Bendita tormenta, a fin de cuentas, ya que nos dejó delante del templo rupestre de Gebel-Adda!

Al penetrar en él para resguardarnos, nos dimos cuenta de que el santuario egipcio había sido habitado por coptos, que habían cubierto los relieves faraónicos con motivos cristianos. El padre Bidant, felizmente sorprendido, hasta se arrodilló ante un san Jorge a caballo que le recordaba sus iglesias familiares.

-¡Por fin, Champollion, por fin! ¡Recuerdos de la verdadera creencia!

-He venido aquí en busca de santos más antiguos, padre.

Obtuve satisfacción unos segundos más tarde, en el sanctasanctórum. El espectáculo que allí había era tan curioso que solté la carcajada.

-¡Venga enseguida, padre! ¡He aquí una verdad que le sorprenderá!

El religioso, de hecho, se quedó callado. En la pared, el estuco de los cristianos se había caído parcialmente, dejando al descubierto una de las figuras egipcias originales, ¡la de un faraón al cual un san Pedro rendía homenaje!

-Si la cristiandad se inclina ante Egipto -dije al padre Bidant con gravedad-, es que ha reconocido toda su grandeza.

La noche nubia era el aderezo más perfecto para la luz lunar. Cubría de azul las montañas y el desierto. Había dejado la dahabieh para caminar solo entre las ruinas de una ciudadela mameluca desmantelada por el ejército del pacha. Este mundo destruido, donde todavía resonaba el ruido de sangrientas batallas, me sumió en una tristeza dolorosa. Me dolía tener que marcharme de Nubia. Cada templo, cada gruta esculpida habría merecido una larga estancia.

En el frescor nocturno, bajo el brillo de las estrellas, el alma y el cuerpo vivían en plenitud, lejos de toda agitación. Los antojos y los deseos se habían apagado, y en su lugar estaba la serenidad de los primeros tiempos, cuando el alma humana y la del cosmos sólo eran una.

Unas piedras rodaron cerca de mí. Sentí una presencia. A pesar del miedo, quise saber quién me había seguido. ¿El Profeta, tal vez? ¿Había escogido aquel lugar solitario para abordarme? Los ruidos de pasos se acercaron. Un cuerpo cayó

pesadamente, detrás de un pilar de ladrillos que amenazaba con caer en ruinas. Me precipité y levanté a un hombre vestido al estilo turco, con el rostro ensangrentado.

El profesor Raddi.

El mineralogista estaba alelado. Afortunadamente la herida, a pesar de su aspecto espectacular, sólo era superficial. Un simple corte. Le ayudé a sentarse sobre los vestigios de un muro y le dejé recobrar aliento.

-Champollion... ¿es usted, Champollion? Ah, el desierto... ¡el desierto! ¡Lo he recorrido toda la noche! He rodeado rocas, escalado dunas y vertientes en cuyas laderas brillaban piedras calizas. La luz de la luna las vuelve más brillantes... parecen diamantes que salen de la arena. He recogido miles, miles... y he seguido. He visto una isla. En ella han construido una ciudad inmensa con columnatas, obeliscos, pirámides blancas y rojas, casas rodeadas de jardines... ¡qué hermoso era aquello! Voy a volver allí... es allí donde quiero vivir...

-Iremos juntos -le dije- en cuanto hayamos descansado un poco.

Le tomé por el brazo. No se resistió. Caminamos lentamente hasta la dahabieh. Le acosté en su cama y se durmió en el acto.

El profesor Raddi podía estar perdiendo la razón. Sin duda había sido testigo de uno de esos espejismos cuyo secreto guarda el desierto. A menos que se trate de realidades últimas que los hombres corrientes no pueden percibir.

La llegada al emplazamiento de Abu Simbel fue un momento de gran felicidad para toda la expedición. Nos habíamos convertido en familiares de dos templos, el de Ramsés y el de su esposa. La alegría clara y radiante que emanaba de aquellas piedras, la sonrisa de los colosos prolongaron la armonía comunitaria engendrada por la fiesta del Año Nuevo.

Muy a mi pesar, tuve que acelerar el trabajo. Nuestras provisiones pronto estarían agotadas. Poner vidas en peligro me resultaba insoportable. Verificamos, por tanto, nuestras copias de textos y de escenas, completándolas y mejorándolas. Comprobé que, a pesar de nuestro esmero, habíamos cometido errores y omisiones. Habríamos tenido que pasar meses enteros para volver a ver cien veces cada pared, cada columna de jeroglíficos.

Una tranquilidad muy egipcia se había convertido en la regla de nuestra comunidad. Cada uno trabajaba en silencio, mostrando respeto por las obras maestras que frecuentábamos. El padre Bidant había abandonado la oración para ayudar a L'Hote, con quien se entendía muy bien. Lady Redgrave ayudaba a Rosellini, sosteniéndole sus cuadernos, encargándose de procurarle bebida. El profesor Raddi, sentado sobre el pie de uno de los colosos, permanecía inmóvil frente al Nilo, admirando paisajes que sólo él veía.

Marcharnos de Abu Simbel fue una prueba casi insoportable. Los días y las noches pasados en aquel emplazamiento figurarán entre los más felices de mi existencia. Cuando el 16 de enero, hacia la una de la tarde, las barcas se alejaron de la orilla con las banderas desplegadas y acompañadas por los gritos de los nubios que entonaban en coro un canto de despedida, se me partió el corazón.

Una vez en medio del río, hice que inmovilizaran el buque insignia, desde donde contemplé por última vez el templo de la reina. Luego dije adiós a las enormes estatuas de la fachada del gran templo, cuya masa gigantesca creció según nos íbamos alejando. Dejaba allí un momento esencial de mi aventura, un paraíso encontrado.

No pude evitar un sentimiento de abandono de mí mismo al dejar así para siempre, aparentemente, aquel sublime monumento, que también era el primer templo del cual me alejaba para no volver a ver.

El 17 de enero por la noche estábamos en Derr, la actual capital de Nubia, donde cenamos al llegar, con un claro de luna admirable y bajo las palmeras más altas que habíamos visto. Habiendo entablado conversación con un hombre entrado en años del lugar, que, viéndome solo en la orilla del río, había venido cortésmente a hacerme compañía ofreciéndome aguardiente de dátiles, le pregunté si conocía el nombre del sultán que había hecho construir el templo de Derr. Me respondió enseguida que él era demasiado joven para saber eso, pero que los ancianos del país parecían estar de acuerdo en que aquel santuario había sido construido unos trescientos años antes del islamismo, aunque todos estos ancianos todavía no sabían si eran los ingleses, los franceses o los rusos quienes habían ejecutado aquella gran obra. ¡Así es como se escribe la historia en Nubia!

Continuando mi paseo solitario, pronto me tropecé con el padre Bidant.

-Le veo muy turbado, Champollion. ¿Se ha llevado algún disgusto?

-En absoluto -contesté-. Más bien una gran alegría..., la mayor alegría.

-Ese famoso desciframiento, ¿verdad?

Su perspicacia me sorprendió. Se dio cuenta de ello.

-Fue a la edad de nueve años cuando usted se enteró del descubrimiento de la piedra de Rosetta -recordó-. A los trece años decidió que algún día leería los jeroglíficos. A los veinte recibió la cátedra de civilización antigua en la Universidad de Grenoble. Desde entonces no ha dejado de perseguir su sueño y de intentar convencer al mundo sabio de que alcanzaría su meta.

-¡Conoce mi vida mejor que yo mismo! -me sorprendí.

-Debo saberlo todo sobre las almas que tengo a mi cargo -indicó gravemente.

-¿A su cargo?

-Sí, Champollion. He recibido, de las más altas autoridades de la Iglesia, la misión de sacarle de las tinieblas, si éstas amenazaran con tragarle. Temíamos que esas decoraciones mágicas le trastornaran el espíritu.

-Los jeroglíficos -objeté- no son decoraciones vanas. Expresan un pensamiento. Tal vez me haga ilusión, pero creo que los resultados de mi trabajo no carecerán de interés para los estudios históricos y filosóficos. La lengua y las escrituras de Egipto difieren tanto de nuestras lenguas y de todos los sistemas de escritura conocidos, que la historia de las ideas, del lenguaje, de las artes no podrá dejar de reunir datos que serán tan importantes como nuevos. El historiador verá en los tiempos más antiguos de Egipto un estado de hecho que el curso de las generaciones no ha perfeccionado, porque no podía serlo; Egipto siempre es él mismo en todas sus épocas. Siempre grande y poderoso.

-¿Puede usted, desde ahora, apreciar las consecuencias de su descubrimiento en relación con las verdades reveladas por la Biblia?

-Habrà que pasarlo todo por el tamiz, padre. Los egipcios eran anteriores a los hebreos. Les han enseñado todo. Moisés era un egipcio que dejó su país de origen. El día de mañana se leerán cientos de textos que nos enseñarán la sabiduría egipcia, la más pura jamás vivida por los hombres. Nuestra visión del mundo será modificada.

El religioso agachó la cabeza, con su mentón casi tocando el pecho. Farfulló algo incomprensible y cogió su rosario, que desgranó nerviosamente.

-Sea prudente, Champollion -me aconsejó antes de alejarse.

A pesar de ser una capital, Derr no era más que un gran burgo que reunía unas pobres casas delante de las cuales los habitantes habían colocado escudillas, pucheros, ollas y cucharas, exponiendo así su fortuna ante los ojos de los viajeros. Tuvimos derecho a una comida más consistente, servida en un trozo de cuero circular que contenía platos de arroz con azafrán, cebollas, garbanzos. Cada uno comió con mucho apetito, comprendiendo que el tiempo de las restricciones se acababa.

L'Hote había recobrado su buen humor y su entusiasmo. Bebía mucho vino de palma y se acaloraba seriamente.

-General -dijo con voz fuerte-, he concebido un proyecto formidable con el reis... He hablado de ello con Ippolito, que está de acuerdo, y con lady Redgrave, que me ha dado su apoyo... Espero que no me niegue el suyo.

Aquello me inquietó. El modo en que mi dibujante abordaba el tema era de lo más misterioso. La asamblea estaba ahora pendiente de nuestros labios.

-Es un proyecto un poco sorprendente -prosiguió L'Hote-, pero será el más vivo de los recuerdos. Reconozco que entraña algún peligro, pero podemos reducirlo mucho...

Aquellas tergiversaciones no me tranquilizaban. Le rogué que fuera al grano.

-Es una ocasión única, según el reis... Nos garantiza nuestra seguridad si seguimos sus consignas.

Irritado, me crucé de brazos.

-¡Pero bueno, L'Hote! ¿Cuál es ese asombroso proyecto tan difícil de enunciar?

Vaciló todavía unos instantes.

-Una gran caza del cocodrilo -confesó.

Justo antes del alba me di el gusto de un nuevo paseo solitario entre unas casas rodeadas de acacias y palmeras. Los habitantes dormían todavía. El aire fluido de la madrugada estaba lleno de cantos de pájaros. Los más bellos adornos de la modesta capital, cuya limpieza era notable, eran unos espléndidos sicómoros de follaje brillante. Bajo su deliciosa sombra había sido construida una mezquita con ladrillos de colores.

Cerca de allí había un sebil, refugio donde se instalaban los comerciantes venidos del Sudán en largas y pacientes caravanas. Dormían allí, junto con sus esclavos de ambos sexos. Un funcionario encargado de percibir los impuestos sobre las palmeras dormía sobre una estera. Pasé silenciosamente, como una sombra, para no perturbar aquel ordenamiento, yo que sólo era el testigo del momento.

Volví a la orilla donde la expedición se preparaba. El reis y L'Hote habían, con mi consentimiento, requisado la dahabieh y otros seis barcos, cargados de remeros, marineros y cazadores armados con fusiles. L'Hote, muy entusiasmado, estaba de pie en la parte delantera de la primera barca, encargada de lanzar el asalto contra los monstruos. La corriente era tan fuerte y el viento tan violento que las embarcaciones volaron como flechas. Unas veces la dahabieh tomaba la delantera, y otras lo hacía la barca de L'Hote. Los marineros se lo tomaron en serio y empezaron una loca carrera. El padre Bidant, alarmado, se tapaba la cara. Dos barcas de la flotilla chocaron con violencia. Hubo remos rotos y algunas espaldas sufrieron. Di la orden al capitán de disminuir la velocidad para no poner en peligro a la tripulación y los pasajeros.

L'Hote, excitado a más no poder, blandía su arma, dispuesto a disparar sobre el primer saurio que pasara a su alcance. Pero el Nilo permanecía desesperadamente vacío de cocodrilos. Confieso que yo también sentía curiosidad por ver aparecer a uno de esos

monstruos en cuyo cuerpo se encarnaba el dios Sobek, amo de las aguas que dan la vida.

El río se ensanchó, pero unos islotes volvieron la navegación difícil. L'Hote lanzó tal grito de alegría que todos se sobresaltaron. En un pequeño promontorio arenoso, unos enormes cocodrilos se tostaban al sol. L'Hote disparó inmediatamente, creyendo matar a uno. Pero las balas rebotaron sobre el grueso caparazón. Animales miedosos, alarmados por el ruido, los cocodrilos corrieron hasta el agua donde se zambulleron rápidamente.

La decepción de los cazadores fue considerable. Por despecho, vaciaron sus armas.

Solimán me empujó y se colocó delante de mí.

-No se quede aquí. Acaban de disparar contra usted.

Nuestro regreso a Derr fue saludado por una bandada de niños que asaltaron las barcas. Fue necesario una intervención algo brutal de los marineros para poner término a aquella exuberancia demasiado pegajosa. Nos dirigimos sin más demora hacia el templo de Amada. La investigación llevada a cabo por Solimán no había dado ningún resultado. Un número considerable de personas había hecho disparos con el fusil. Varios cazadores habían incluso disparado al mismo tiempo.

El santuario impresionó a todos los miembros de la expedición. Perdido en el desierto, rodeado del más profundo silencio, desprovisto de todo adorno exterior, aquel templo de la buena época era la imagen misma de la serenidad.

Me sentó maravillosamente cuando, mucho después, notaba los efectos nerviosos del atentado al cual había escapado gracias a la intervención de Solimán.

Aunque estaba enterrado bajo unas dunas de arena, el templo de Amada seguía siendo un hito sagrado emergiendo fuera del tiempo. Penetrando en el interior, vi con desesperación que los relieves faraónicos habían sido cubiertos con un miserable emplasto por los coptos, que habían transformado el templo en iglesia. Hasta entonces, había reprimido un deseo que había crecido en mí a lo largo de nuestro periplo nubio. Aquella vez fue demasiado. Lívido, me volví hacia L'Hote.

-Tráigame un martillo.

Mi colaborador no se hizo de rogar. Nadie se atrevió a preguntarme nada. Todos sentían la enorme rabia que me invadía.

Empuñé el martillo que me tendía L'Hote y rompí un gran trozo de estuco, sacando de nuevo a la luz un relieve egipcio que todavía brillaba con sus colores originales.

El padre Bidant, indignado, quiso detenerme, pero Rosellini y L'Hote no le dejaron avanzar. Con fuerza y precisión continué un trabajo que era sobre todo un homenaje al genio de los antiguos. Una alegría tranquila me animaba. Resucitando aquel arte de luz, me purificaba.

Pasamos dos días maravillosos trabajando sin descanso en el templo de Amada, poniendo de relieve una vez más la mayoría de las figuras antiguas, admirando columnas que prefiguraban el estilo dórico, dibujando y anotando con ardor. ¡Con qué emoción traduje sin dificultad un discurso del dios Tot, maestro de los jeroglíficos, cuyas palabras podía ahora comprender!

Cuando salimos para Dakkeh, estaba libre de preocupaciones. Después de Amada, esperaba otra obra maestra. Nos precipitamos corriendo, L'Hote y yo, hacia el pilón de Dakkeh cuando el sol estaba saliendo. La primera inscripción jeroglífica que vi me hizo saber que estaba en un lugar santo dedicado a Tot. Esta vez no tenía la menor

duda: el dios de los escribas me manifestaba su favor. No sin irreverencia, lo confieso, creí incluso ver una especie de guiño por parte del augusto Tot, el Mercurio egipcio armado del caduceo, el cetro habitual de los dioses.

La jornada del 26 de enero fue dedicada en parte al pequeño templo de Dandour. Volvimos a caer en tiempos no tan remotos. Es una obra inacabada de la época del emperador Augusto. Aunque poco importante por su extensión, este monumento me interesó mucho, ya que es enteramente relativo a la encarnación de Osiris bajo forma humana. Osiris, el que triunfó de la muerte... aquella muerte que en mis sueños me sonreía cada vez más a menudo.

El profesor Raddi lanzó varios gritos. Salimos del santuario. El mineralogista estaba feliz como un niño. ¡Acababa de descubrir, por casualidad, un magnífico eco! Repetía claramente y con voz sonora hasta once sílabas. Rosellini, tan entusiasmado como su compatriota, se complació haciendo declamar al eco unos versos de Tasso, entremezclados con disparos de fusil que los marineros efectuaban por todos lados y que, por magia natural, recibían como respuesta unos cañonazos o fragores de trueno.

El destino, por desgracia, me reservaba otro fragor que rasgó el cielo clemente. Necesitaba una nueva libreta para apuntar columnas de jeroglíficos. Dejando a L'Hote unos instantes, fui a buscar a Rosellini que tomaba medidas en el exterior del templo. Al no encontrarle, caminé hacia una colina cercana desde la cual el eco me devolvía fragmentos de conversación. Reconocí la voz de lady Redgrave y de Rosellini. Lo que estaba diciendo mi discípulo me heló la sangre.

-Champollion no es más sabio que yo -afirmaba Ippolito Rosellini-. De momento es imposible persuadirle de ello. Le dejo creer que me considero como su inferior, cuando en realidad sé más que él. Cuando vuelva a Italia, me convertiré en un gran conservador que creará el mayor museo del mundo. Champollion es un soñador, un idealista... No sabrá explotar los resultados de esta expedición. Yo sí. El único egiptólogo cuyo nombre será recordado por la posteridad, seré yo. Aunque tenga que apartar a Champollion de mi camino.

No quise seguir oyendo aquello y volví sobre mis pasos.

Tras haber pasado el trópico de Cáncer más abajo de Dandour, nos despedimos de la Cruz del Sur en Beit el-Ouali, dejando tras nosotros las maravillosas noches claras de Nubia.

Mirando por última vez aquellas estrellas de otro mundo, pensé en don Calmet, el monje que me daba clases al aire libre, y que fue el primero que había reconocido en mí el don de las lenguas. Cuánto habría apreciado aquellos momentos de intenso recogimiento en que uno aprendía el cielo contemplándolo desde la orilla del Nilo. Una mano muy suave se posó sobre mi hombro.

-¿Qué espera todavía, Jean-François? -preguntó lady Red-grave-. ¿Acaso no ha alcanzado su meta, descifrar los jeroglíficos?

-Las noticias vuelan... ¡pero por fin me cree!

No contestó. Me volví hacia ella, lleno de esperanza.

-No más que antes. ¿Por qué continuar este viaje, si sus deseos están satisfechos?

-Porque ahora ¡tengo que leer! Descifrar Tebas, entrar en el corazón de la ciudad santa. Mi trabajo no ha hecho más que empezar, lady Ophelia... ¡Es un universo que se abre ante mí!

-¿Y si volviera a Tebas para ver por fin al famoso Profeta a quien confiará las informaciones que ha recogido? ¿Si persiguiera inexorablemente el plan que le llevara al último combate contra Drovetti?

Estaba aterrado. Traicionado por unos, mal comprendido por otros... ¿Tan difícil es compartir un ideal?

-Este cielo es el más bello del mundo -dijo ella-. ¿Por qué estropearlo mintiéndonos? ¿Por qué no abandonarnos a los sentimientos que nos animan?

Tal vez hubiera debido tomarla entre mis brazos, confesarle que cada palabra suya me turbaba, que su belleza era la de las mujeres nobles del antiguo Egipto... Me comporté como un cobarde. Huí. Pero no quería un afecto que no estuviera alimentado por una confianza total. Prefería la soledad a la duda.

Filé se anunciaba. Volvíamos a Egipto, despidiéndonos de aquella pobre Nubia cuya sequía había acabado por cansar a mis compañeros de viaje. Al regresar a Egipto, podíamos esperar comer un pan un poco más soportable que las pobres tortas ácimas con las que nos obsequiaba a diario nuestro panadero jefe, muy a la altura del figonero árabe que nos dieron en El Cairo como un buen cocinero.

El 1 de febrero, hacia las nueve de la noche, vimos primero las grandes rocas de granito que forman los bordes del Nilo, y luego los acantilados de Biggeh, y finalmente el admirable pilón de entrada del templo de Filé. Di gracias a sus antiguas divinidades, Osiris, Isis y Horus, por no dejar que el hambre nos devorara entre las dos cataratas.

Las estrellas brillaban. Varias familias nubias nos recibieron con gritos de alegría cuando desembarcamos junto al quiosco de Trajano. Nos beneficiamos de un concierto de flautas y tamboriles en el cual L'Hote participó con su hermosa voz grave, mientras que el profesor Raddi, con un pedazo de granito en cada mano, esbozaba unos pasos de giga que divirtieron muchísimo a los niños. Rosellini, ofreciendo el brazo a lady Redgrave, le ayudó a bajar de la dahabieh para pisar de nuevo la tierra de los faraones. Lado a lado, Solimán y Moktar guardaron el acceso al buque insignia para desanimar cualquier intento de rapiña.

Mientras estaba saboreando un café ofrecido por el jefe de los guardianes del emplazamiento de Filé, alguien me agarró por el pantalón. Inclinandome, descubrí una niña de unos diez años. Llevaba un magnífico vestido rojo, sin duda porque acababa de ser la heroína de una fiesta.

-Tiene que venir conmigo -me dijo.

Sonreí.

-¿Porqué?

Reflexionó con ceño, para recordar la frase que debía pronunciar.

-Un gran amigo del señor Anastasy le espera.

Anastasy... Su nombre constituía la garantía más segura. «Un gran amigo» sólo podía ser uno de los Hermanos de Luxor. Era imposible avisar a Solimán, pues Moktar no le perdía de vista.

-Te sigo -dije a la niña.

Rápidamente, me llevó al otro lado de la isla, allí donde estaba amarrada una dahabieh casi idéntica a la nuestra. Los dos marineros que vigilaban su entrada se inclinaron ante mí y dejaron el paso libre. Retuvieron a la niña, ofreciéndole una muñeca que ella adoptó enseguida.

Un sirviente me guió hasta el camarote del amo del lugar. Estaba suntuosamente amueblado: sillones de cuero, diván, mesa de caoba, biblioteca de roble.

Un hombre de unos sesenta años, con muy buena presencia, se levantó y vino hacia mí. Estaba vestido con un traje blanco y fumaba en pipa. Su rostro, surcado por unas arrugas, estaba marcado por el sol.

-Me alegra recibirle, Champollion. Soy lord Prudhoe.

-Y es un gran amigo de Anastasy...

-Y su hermano...

Nos dimos un abrazo, tan emocionado el uno como el otro.

-Será usted el último de nosotros, Champollion. Mehmet-Alí nos persigue. Nos identifica uno tras otro. La delación es eficaz. La mayoría de los nuestros ya han salido de Egipto. Nos confunden con una secta revolucionaria. Estoy emprendiendo un gran viaje de exploración en Nubia y luego en Arabia. Iré a morir allí, bajo esos soles que nunca decepcionan mi espera. Me marché esta misma noche. Usted regresará a Tebas, el más alto lugar del universo. Drovetti y sus hombres le esperan allí. Sepa que su vida está en peligro.

-¿Quién me traiciona entre los miembros de mi expedición?

-Lo ignoro, Champollion. Es cierto que todo estaba organizado antes de su salida de Toulon. No tengo ninguna esperanza de hacerle renunciar a su estancia en Tebas. Ni siquiera intentaré convencerle. La espera desde hace demasiado tiempo. Sea consciente de que está amenazado tanto del exterior como del interior.

Aunque conservara una calma aparente, las advertencias de lord Prudhoe me trastornaron.

-Ya no tengo elección -observé-. He descifrado los jeroglíficos.

Un largo silencio sucedió a esta declaración.

-No he podido ver al Profeta -añadí-, pero he recibido un mensaje de su parte confirmándome el valor de mi descubrimiento.

-Y bien -dijo lord Prudhoe-, ya sólo nos queda una última precaución por tomar: compartir su secreto. Así, si usted desaparece, transmitiré los misterios que hasta ahora están en su única posesión.

Sentí un nudo en la garganta. Me pedía que le confiara mi más precioso tesoro, lo esencial de mi vida, cuando le estaba viendo por primera vez. Había sido demasiado crédulo tan a menudo, otorgando mi confianza a personas que la habían utilizado para perjudicarme... Lord Prudhoe tenía una mirada penetrante que analizaba perfectamente mi debate interior. Paciente, fumaba su pipa.

-Déme papel-pedí-. Voy a explicarle.

Sonrió, bonachón.

-Es inútil, Champollion. Su confianza me basta. Sería incapaz de comprender. Sólo usted es apto para transmitir su prodigioso descubrimiento a las generaciones futuras. Un detalle, sin embargo... Tengo un regalo para usted.

De su biblioteca sacó una obra antigua, un tratado sobre los jeroglíficos escrito por un monje egipcio, Horapollon, que vivía en la época griega.

-Ha leído el texto... pero, en este ejemplar, está completado con unos comentarios manuscritos que le servirán. Son de la mano de un anciano, cuya competencia juzgará usted mismo. Para nuestra cofradía es una clave indispensable, cuya utilización le estaba reservada.

Apasionado, me abalancé sobre aquel venerable documento que me aportó una revelación esencial: el triple sentido de la lengua jeroglífica, literal, moral y simbólico, los tres aspectos casi siempre unidos para dar cuenta de la realidad. No sólo era un lenguaje que se revelaba, sino una filosofía totalmente nueva, una visión de la vida que aparecería el día de mañana como la más esencial de las creaciones.

Tenía entre mis manos una formidable revolución del pensamiento. ¿Bastaría con Drovetti y algunos bandidos para impedir que se realizara? Viéndome turbado por la emoción, lord Prudhoe me ofreció un excelente oportu.

-Si los dioses le son favorables, Champollion, las consecuencias de su expedición serán incalculables. Va a fundar una ciencia, resucitar una civilización y sobre todo hacer renacer una sabiduría que los hombres de mañana necesitarán mucho.

-¿Por qué no quedarse a mi lado?

-Es nuestra regla dispersarnos por todos los confines del mundo. Usted se dirigirá hacia el norte, yo hacia el sur. Así está bien.

-¿Existe realmente ese famoso Profeta? ¿Amigo o enemigo?

-¡Le ha visto a menudo en los bajorrelieves, Champollion! Un hombre altivo con un gran bastón... ¿no es acaso el fiel retrato de un gran dignatario en la costa del faraón, de cada uno de esos maestros de dominio encargados de hacer reinar la armonía sobre esta tierra?

Me había mostrado muy poco atento. La cofradía de Luxor me había tendido la trampa más saludable, la que echaba a perder mi vanidad.

Pasamos la noche hablando de nuestro pasado y de nuestros proyectos. Olvidamos que existiría una mañana y que el alba se sonrosaría.

-Aborrezco las despedidas -declaró lord Prudhoe-. No quisiera retrasarme. Usted mismo ya no tiene tiempo que perder. Nos volveremos a ver... en otra vida.

Sin más ceremonia, lord Prudhoe salió de su camarote para dirigirse hacia la parte delantera de la dahabieh y dar sus órdenes al capitán. En la orilla, esperé a que el barco se alejara del muelle.

La niña del vestido rojo dormía bajo una acacia, estrechando una muñeca contra su pecho. No quería despertarla, pero mi pie izquierdo hizo rodar una piedra. La niña se frotó los ojos, se levantó y se colgó de mi brazo.

-¿No tienes ningún regalo para mí?-preguntó.

-¿Esto te gusta?

Le ofrecí un pañuelo bordado.

Lo usó para vestir su muñeca.

-Me gustaría saber quién te ha regalado ese bonito vestido.

-El señor del barco que se marcha... el que llaman el Profeta.

Según las informaciones obtenidas por Solimán en Asuán, Drovetti había dejado la región desde hacía tiempo para residir en Tebas, donde, decían, sus hombres se esparcían por todas partes con el pretexto de excavaciones que emprender. Hubiera deseado que saliéramos cuanto antes hacia la antigua capital, pero hubo que proceder a una revisión de nuestros dos barcos, el *Isis* y el *Hathor*, de los cuales nadie se había ocupado durante nuestra aventura nubia. Mis compañeros aprovecharon aquel tiempo de descanso para dormir todo cuanto querían y comer hasta la saciedad. Yo me encontraba de maravilla, nada cansado después de tantos éxitos, y estudié una vez más los pobres vestigios de los templos antiguos.

Nos despedimos de la antigua Siena el 8 de febrero y tuvimos mala suerte. Estamos a 10, y lejos de haber recorrido la distancia que nos separa de Ombos, adonde se llega desde Asuán en nueve horas con tiempo normal. Pero un violento viento del norte sopla sin cesar desde hace tres días y nos hace piruetear sobre las olas del Nilo, crecido como una pequeña mar. Hemos amarrado, con mucha dificultad, en las cercanías de Melissah, donde hay una cantera de arenisca sin ningún interés; por lo demás, salud perfecta, buen ánimo, y preparándonos para explorar Tebas de arriba abajo.

Me alegro de antemano pensando que a lo mejor tendré otra carta. Las de París me parecen un poco cortas; ¡olvidan que me encuentro a mil leguas de Francia y que las veladas pueden ser largas! ¡Siempre fumar y jugar al cacho! Nos haría falta una buena edición de los pequeños correos de París. Que no me tilden de exigente; casi tengo derecho a serlo bajo los auspicios de las veintisiete páginas que acabo de escribir, y que concluyo ahora mismo, no vaya a ser que digan que los mayores charlatanes del mundo son aquellos que vuelven de la segunda catarata.

Un extraño torpor se ha apoderado de nuestro grupo. El padre Bidant se ha vuelto a encerrar en sus oraciones; el profesor Raddi, instalado en el puente del *Hathor*, contempla el Nilo y las montañas, aislado en el silencio; Rosellini clasifica sus apuntes científicos; L'Hote retoca croquis y esbozos. Por mi parte, hago progresar mi diccionario y mi gramática, trabajando en una especie de sueño despierto donde dialogo con el dios Tot, que me hace avanzar en el conocimiento de la lengua sagrada. Nuestro viaje continúa sin obstáculos; una corta distancia nos separa de Tebas.

Nuestros corazones se oprimían viendo de nuevo sus ruinas imponentes. Y nuestros estómagos también participaron, ya que hablaban de una barca de provisiones frescas, llegadas a Luxor a mi atención. Era otra cortesía de nuestro digno cónsul general Drovetti, y estábamos impacientes por aprovecharla. Pero un viento del norte, de una violencia extrema, nos detuvo durante la noche entre Hermonthis y Tebas, donde sólo llegamos al día siguiente por la mañana, 8 de marzo, a una hora bastante temprana. Nuestros barcos fueron amarrados al pie de las columnatas del templo de Luxor, que pensábamos estudiar más a fondo. El estado de este magnífico palacio divino, desgraciadamente, no había mejorado. Seguía estando obturado por chabolas de fellahs que desfiguraban sus bonitos pórticos, por no mencionar la endeble casa de un brinbachi, encaramada en la plataforma violentamente horadada a golpes de pico para dar paso a las basuras del turco. El santuario no nos ofrecía ningún local cómodo ni lo

bastante limpio para establecer nuestro hogar. Por tanto, tuvimos que conservar nuestros barcos hasta el momento en que nuestros apuntes en el templo estuvieron terminados.

Las provisiones ofrecidas por Drovetti, de quien se decía que había regresado a El Cairo tras unas excavaciones de lo más decepcionantes, fueron servidas a la mesa de un gran banquete celebrando nuestro regreso a Tebas. Solimán, a pesar de mi oposición a su proyecto, quiso probar las carnes, verduras y frutas que comimos. Ningún sabor le pareció sospechoso hasta el momento en que se obligó a mojar los labios en un vino de Burdeos. Un minuto después, tenía el vientre ardiendo.

El profesor Raddi le magnetizó inmediatamente mientras un marinero traía una infusión amarga. El mal retrocedió, pero Solimán tuvo fiebre durante varias horas.

-Veneno -murmuró-, veneno...

Nos pasamos a la orilla izquierda el día 23 y tomamos el camino del valle de Bilan el-Molouk, donde están excavadas las tumbas de los faraones del Nuevo Imperio. Siendo este Valle de los Reyes estrecho, pedregoso, circunscrito por unas montañas bastante elevadas y desprovistas de toda clase de vegetación, el calor allí es a veces insoportable. Nuestra caravana se estableció allí aquel mismo día y ocupamos el mejor alojamiento, y el más magnífico que se pueda encontrar en Egipto. Es el faraón Ramsés, sexto del nombre, quien nos da hospitalidad, pues vivimos en su magnífica tumba, la segunda que se encuentra a la derecha al entrar en el valle. Este hipogeo, admirablemente conservado, recibe aire y luz suficiente para que nos alojemos en él cómodamente; ocupamos las tres primeras salas, que forman una longitud de 75 pasos; las paredes, de 15 a 20 pies de altura, y los techos están todos cubiertos de esculturas pintadas, cuyos colores conservan casi todo su brillo original; es una auténtica vivienda de príncipe, cuyo único inconveniente es la crujía de habitaciones. El suelo está enteramente cubierto de esteras y cañas. Nuestros guardias y los criados duermen en dos tiendas montadas a la entrada de la tumba. Tal es nuestro establecimiento en el Valle de los Reyes, verdadera mansión de la muerte, ya que allí no hay ni una brizna de hierba, ni seres vivientes, excepto los chacales y las hienas que hace dos noches devoraron, a unos cien pasos de nuestro palacio, al burro que había cargado con nuestras provisiones.

Aquel drama, afortunadamente, había dejado sanos y salvos al gato de Kordofan y a la gacela de L'Hote que se han instalado en la sala del sarcófago donde había puesto mi cama de campaña, durmiendo un sueño apacible en aquella morada de eternidad, junto al alma del faraón. Mi venerable dormitorio estaba cerrado con una puerta de madera que provenía de una dahabieh.

Cada noche, esperaba a que todos estuvieran dormidos, acariciando suavemente la gacela, sumida en un sueño plácido. Cuando oía las respiraciones regulares de los durmientes, encendía una lámpara humosa para preparar el programa del día siguiente. Esperaban mis órdenes, tenía que estar preparado para darlas con claridad y sin vacilar.

Fuera reinaba una calma casi absoluta, a veces rota por los aullidos de los chacales o las hienas. Acostumbrados, los obreros encerrados en sus tiendas no se despertaban.

Fueron mis más bellas horas de trabajo. Entrando vivo en aquella tumba que los egipcios llamaban «moradas de eternidad», saboreaba sus misterios y sus símbolos, sin necesidad de analizarlos. La enseñanza de los faraones no pasaba por lo mental. Había que impregnarse de ella, vivir con los bajorrelieves, en medio de aquellas figuras extrañas que sólo hablaban de lo esencial.

El reposo de mis compañeros me llenaba de gozo. Estaban serenos, relajados. La energía que desprendían aquellos muros sagrados casi me dispensaba de sueño. Escribiendo, pensando en las próximas tareas, me reponía del cansancio. Era consciente

del carácter excepcional de aquellos momentos y no quería perderme nada. Mi deber era proteger a mis compañeros y a mis obreros, velar por su quietud; mi placer inefable, suprema recompensa, consistía en disfrutar de aquella soledad comunitaria, en sentirme presente en el espíritu de los antiguos como en el de los hombres que, con su empeño, empezaban a sacar Egipto de su mortaja de arena.

La mañana siempre llegaba demasiado pronto. El gato y la gacela me sacaban sin miramientos de mi contemplación, mostrándome, cada uno a su manera, un afecto conmovedor. Dejándose engañar por el manejo de los dos cómplices que fingían estar muertos de hambre, Rosellini les daba de comer por segunda vez, murmurándoles palabras suaves en italiano. El gato, que se pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo, había contagiado aquella afición a la gacela, a la cual dominaba por completo.

Nuestros dos huéspedes privilegiados no apreciaban las visitas de los campesinos que se presentaban a la puerta de nuestro domicilio real con ovejas, cabras, burros o gallinas. Ni el gato ni la gacela soportaban la intrusión de aquellos visitantes indeseables que nos veíamos obligados a rechazar sin piedad.

El alojamiento me pareció cada día más conveniente. La larga galería en pendiente que conducía hasta el santuario se llenaba, durante las horas de calor, de una suave penumbra. Un agradable frescor permitía trabajar sin dificultad. Bajo la dirección de L'Hote fueron apiladas desordenadamente ropas, armas, provisiones. ¡Pronto, la tumba de Ramsés pareció una gruta de bandidos! Con nuestros bigotes, nuestras barbas, nuestros trajes orientales y nuestros sables a los lados, teníamos el aspecto de aventureros temibles dispuestos a degollar al primero que pasara por allí.

Para celebrar aquella instalación, ofrecí una pequeña recepción rociada con un viejo vino de Borgoña. Brindamos por la dinastía de los Ramsés que nos acogía con tanta cordialidad. A nuestra mesa estaba invitado el señor Piccini, agente de Anastasy en Tebas, cuya alegría decupló la nuestra.

Después de un chiste napolitano, se inclinó sobre mí.

-Tengo que presentarle una petición -me dijo al oído.

-Le escucho.

-¿Tiene la intención de hacer excavaciones?

No me decidí a contestar. El buen rostro de Piccini me pareció de pronto hostil, inquisitorio. ¿Quería informarse para perjudicarme? ¿Era un agente de Drovetti disfrazado bajo la máscara de la amistad? Quise saber a qué atenerme. Decidí revelar mis proyectos y apreciar sus reacciones.

-Esa intención tengo, efectivamente.

-¿Aquí mismo o en las dos orillas?

-En las dos orillas.

-¿Con qué dinero?

-El mío, ya que los créditos anunciados todavía no han llegado.

-En ese caso, permítame presentarle una petición. Me gustaría que guardara a mis hijos.

Había pronunciado su súplica con la cabeza gacha y la voz temblorosa.

-¿Sus hijos? Pero qué edad...

-Mis hijos... quiero decir mis obreros. Los que excavan conmigo desde hace catorce años. Si usted pudiera conservarlos, sería un gran alivio.

Le serví un gran vaso de vino.

-Descuide, señor Piccini. Nuestra expedición no es rica, pero contrataremos la mayor cantidad posible de obreros.

Zanjamos enseguida aquel asunto con Rosellini. Nuestras finanzas nos permitieron retener a treinta y seis «hijos» del excavador italiano que, a partir del día

siguiente, se pondría a trabajar bajo la dirección de Rosellini. Piccini estaba llorando de emoción. Mi discípulo, cuyo espíritu práctico no se embotaba en ninguna ocasión, empezó a repartir consignas, insistiendo muy especialmente sobre la disciplina. Néstor l'Hote se instaló a mi lado.

-Tengo una historia para contarle -dijo L'Hote, alegre-. Un turco había revelado a su mujer una enseñanza que había recibido en la mezquita. El imán había evocado la santidad y las obligaciones sagradas del matrimonio. Los maridos que cumplen con su deber conyugal al comienzo de la noche, había indicado, hacen una obra tan meritoria como si sacrificaran una oveja. Los que pagan un segundo tributo en medio de la noche hacen lo mismo, a los ojos de Dios, que si sacrificaran un camello. Los beneméritos que rendían un tercer homenaje a la santidad de su unión al salir el sol, han actuado con tanta generosidad como si hubieran liberado a un esclavo. La esposa, que como todo el mundo sabe sólo se preocupa por la salvación de su esposo, le pidió al comienzo de la noche: «Sacrifiquemos una oveja». El marido obedeció y se durmió una vez cumplido su deber. Pero su mujer le despertó en mitad de la noche para decirle: «Sacrifiquemos un camello». El marido obedeció de nuevo y se volvió a dormir, agotado. Al nacer el día, su fiel y creyente esposa le dijo que el momento había llegado... de liberar a un esclavo. Tendiendo los brazos hacia ella, él le imploró: «Ahora, querida, ¡yo soy tu esclavo! ¡Libérame, te lo ruego!».

Cuando se calmaron las risas, L'Hote se dirigió a mí con gravedad.

-General, ¿qué tipo de trabajo espera darme los próximos días?

-Vamos a enterrarnos vivos en las tumbas de los reyes y estudiarlos a fondo.

-¿Ha hecho una elección?

-Las más hermosas...

-O sea -dijo L'Hote, que empezaba a conocerme-, las elegimos todas. ¿Cuánto tiempo piensa privarnos de la luz del sol?

-Tres o cuatro días...

-¡Digamos entonces por lo menos dos semanas, general, si trabajamos deprisa!

No me atreví a contradecirle, pues había adivinado mis intenciones secretas. Taciturno, se apartó, prefiriendo escuchar al profesor Raddi, que se había lanzado en un largo monólogo sobre la clasificación de los granitos.

-¡A su salud, Champollion! -declamó lady Redgrave, desafiándome con la mirada-. ¡Que el valle de las tumbas le sea favorable!

A partir del amanecer del día siguiente, nuestra comunidad compuesta de burros y de sabios tomó posesión de la necrópolis real excavada para los ilustres faraones del Nuevo Imperio.

La impresión producida era fascinante. Aridez, rocas cortadas a cuchillo, montañas en plena descomposición ofreciendo casi todas unas anchas grietas ocasionadas por el calor extremo o por desprendimientos internos, y cuyas cimas redondeadas están sembradas de bandas negras, como si estuvieran quemadas parcialmente. Ningún animal viviente frecuenta este valle de muerte. No hablo de las moscas, los zorros, los lobos y las hienas, porque fue nuestra estancia en la casa de Ramsés y el olor de nuestra cocina lo que atrajo a estas cuatro especies hambrientas. Al entrar en la parte más lejana del valle, por una estrecha abertura hecha por la mano del hombre, y ofreciendo todavía algunos ligeros restos de esculturas egipcias, pronto se ven al pie de las montañas, o en las pendientes, unas puertas cuadradas, la mayoría obstruidas, y a las que hay que acercarse para descifrar la decoración. Estas puertas, que se parecen todas, dan acceso a las tumbas. Cada una tiene la suya, pues antaño ninguna

comunicaba con otra. Estaban aisladas; son los buscadores de tesoros, antiguos o modernos, los que han establecido unas comunicaciones forzadas.

La guardiana imperturbable del valle es una alta montaña que termina en una especie de pirámide que uno juraría tallada por la mano del hombre. Me hizo pensar en la madre pirámide, el monumento de peldaños de Saggarah, del cual deriva toda la arquitectura sagrada. Esta cima es guardiana del silencio que debe observar todo ser que penetra en estos lugares. Dominando una naturaleza petrificada, marca el acceso al paisaje del otro mundo.

Iba a visitar a los viejos reyes de Tebas en sus palacios excavados con cincel; allí, de la mañana a la noche, a la luz de las antorchas, recorrí crujías de habitaciones cubiertas de esculturas y de pinturas, la mayoría de un frescor sorprendente.

Aquí era totalmente feliz y me sentía tranquilo, como si todo peligro hubiera desaparecido. Cada tumba expresaba un genio particular, revelando un aspecto del misterio inscrito en aquellos lugares. Un poco por todas partes había restos de vendas de momias, sobre los cuales me senté, meditando antes de explorar en aquellos palacios subterráneos. Qué emoción indecible... En este Egipto construido por la eternidad y para la eternidad, he percibido en mi propia carne la sabiduría que envuelve todo ápice de vida. Estas sepulturas están excavadas fuera de nuestro mundo aparente, como si sirvieran de moradas al más antiguo de los dioses, al poder de los orígenes que las habría elegido como último retiro. En el centro del universo, sumido en un sueño luminoso, vela sobre el destino de la humanidad.

Cuando penetré por primera vez en una de estas profundas cavernas, junto con Néstor l'Hote, provisto de una vela, éste se puso a temblar y retrocedió dos pasos, terriblemente impresionado por unas representaciones de serpientes, de hombres con la cabeza cortada, de genios armados con cuchillos.

-No iré más lejos -dijo-. Es el infierno.

-Al principio, Néstor, al principio... Sigamos.

A pesar de sus temores, mi dibujante aceptó avanzar en la inmensa tumba del faraón Seti I, que se hundía profundamente en las entrañas de la tierra. Pronto fue recompensado por su valor. Las escenas más admirables aparecieron a la luz de la vela. Apertura de la boca, paso de las puertas del más allá, resurrección del cuerpo de luz, visión de los paraísos reservados a los justos..., el deslumbramiento de los dorados, los azules, los rojos, nos revelaba lo que podría ser la perfección. Le pedí a L'Hote que dibujara todo aquello para entorpecer en nuestros portapliegos una copia exacta de la realidad. Estaba furioso contra las publicaciones precedentes que traicionaban el genio egipcio del modo más escandaloso. Habría que flagelar en la plaza pública a la Comisión de Egipto, Gau y los ingleses, que se han atrevido a hacer publicar unos croquis tan inexactos de estas grandes y bellas composiciones. Puedo afirmar que L'Hote, respondiendo a mis exigencias, ha reproducido con una escrupulosa fidelidad el estilo real y variado de los monumentos de las distintas épocas. Al llegar al fondo de la tumba, bajo el gran cuadro astronómico que decora el techo, agradecí calurosamente a L'Hote el inmenso servicio que rendía a Egipto.

Emocionado, consciente de la importancia de su trabajo, redobló su ardor.

-Estas esculturas están aún más cuidadas que las que hemos visto en los templos -reconoció-. Pero ¿por qué haber reservado la perfección del arte a estos lugares condenados al silencio y a la oscuridad?

-A lo mejor porque la belleza sólo puede alcanzar su pleno desarrollo en el secreto -respondí-. Lo que aquí se enseña no es el arte tal y como lo entendemos, sino el secreto de la eternidad.

L'Hote fue seducido por la magia que impregnaba cada pulgada de aquellos muros. Las salas desiertas se animaron. Las figuras, de más de cuarenta siglos de antigüedad, resucitaban con nuestra mirada atenta. Todo vivía con otra vida que las bajezas humanas no podían alcanzar.

-Es imposible imitar semejante belleza -se quejó L'Hote-. Todo ha sido revelado aquí, y lo hemos perdido...

-No lo creo, Néstor. Lo que los faraones han inscrito en su morada de eternidad es un mensaje de esperanza.

L'Hote caminó hasta el sarcófago vacío. La momia del rey había desaparecido. Sólo subsistía el espíritu. Con el rostro iluminado por una luz vacilante, el robusto dibujante parecía un Aladino moderno descubriendo la gruta de los tesoros.

-Obra sobrenatural-dijo-. Sí, sobrenatural...

Dejándole con sus pensamientos, me inmovilicé ante un bajorrelieve que representaba la diosa Hathor recibiendo al rey. Un facsímil de esta incomparable obra maestra había sido expuesto en París, en 1828, durante la exposición de Belzoni, pero nadie había creído en la posible perfección del original. Esta vez, había que dar el golpe demostrando al mundo entero que el arte egipcio estaba efectivamente mucho más allá de los miserables dibujos publicados hasta entonces.

Llamé a L'Hote.

-Néstor -le dije-, me veo obligado a cometer un sacrilegio. Tengo que desfigurar esta tumba para hacer que Egipto resplandezca en Europa. Déme su perdón de artista y de hombre de honor.

Estupefacto, L'Hote no pudo pronunciar palabra.

-Déme su sierra.

El dibujante me trajo el objeto que le solía servir de regla. Con lágrimas en los ojos y mucho cuidado, por atreverme a utilizar una sierra profana en la tumba real más perfecta de Tebas, recorté el bajorrelieve. Se lo di a L'Hote.

-Envuélvalo -le dije, temblando de emoción-. Lo aprecio más que a mi vida. Que él, al menos, vuelva intacto a París¹.

Estaba impaciente por descubrir las tumbas de los demás Ramsés. La de Ramsés III se había convertido en un lugar de visita desde la antigüedad. Unos curiosos que no tenían nada mejor que hacer habían mancillado los muros. Como otros muchos de hoy en día, creían immortalizarse para siempre garabateando sus nombres sobre las pinturas y los bajorrelieves que de este modo han quedado desfigurados. Los necios de todos los siglos tienen allí numerosos representantes. Primero se pueden ver egipcios de todas las épocas que se han inscrito, los primeros en hierático, los más modernos en demótico²; muchos griegos de una época muy antigua, a juzgar por la forma de los caracteres; viejos romanos de la República que se condecoran con orgullo con el título de Romanos, nombres de griegos y de romanos de la época de los primeros emperadores; una multitud de desconocidos del Bajo Imperio ahogados en medio de los superlativos que les preceden o les siguen, además de nombres de coptos acompañados de oraciones muy humildes; finalmente, nombres de viajeros europeos, que el amor por la ciencia, la guerra, el comercio, la suerte o el ocio ha traído hasta estas tumbas solitarias.

¹ El bajorrelieve se expone actualmente en el museo del Louvre.

² El hierático es una manera de escribir rápidamente los jeroglíficos, hasta el punto de que éstos se vuelven irreconocibles; el hierático, contrariamente a lo que puede hacer creer su nombre, es una escritura profana que nunca se emplea en los muros de los templos. El demótico es una forma tardía de escritura utilizada en los documentos administrativos.

Esperaba con la mayor impaciencia descubrir la tumba del gran Ramsés, el faraón que me había introducido en el conocimiento de los jeroglíficos y cuya obra visible estaba por todas partes en Egipto. Ya en la entrada, unos murciélagos me atacaron. La luz de mi vela los asustó. Revolotearon alocadamente, amenazando con apagar la débil llama. Uno de ellos se enganchó en mi barba. Con un golpecito seco en las alas, hice que se soltara. Una vez vencido aquel obstáculo, me preparé para un nuevo deslumbramiento. ¡Qué tesoros había acumulado el más poderoso de todos los faraones cuyo reinado había durado setenta y tres años!

Delante de mí, dos víboras huyeron dejando en la arena la huella de sus amenazadoras ondulaciones. No las temía. Tampoco me asustó ver un enorme escorpión que se refugió en una cavidad de la roca. Aquellos temibles huéspedes me causaron, sin embargo, una pena muy grande; deshonraban lo que habría tenido que ser la más resplandeciente de las tumbas, llena de escombros casi hasta el techo.

El acceso al panteón funerario estaba obturado. Ordené a dos obreros que me facilitaran un paso.

-No vaya, general -recomendó L'Hote-. Es demasiado peligroso. Se arriesga a que le pique uno de esos bichos. Se han instalado aquí desde hace mucho tiempo. Ahora es su dominio. Me temo que han echado de aquí al mismísimo Ramsés.

Me negué a aceptar tan triste realidad. El calor sofocante asfixiaba a los obreros. L'Hote no aguantó más.

-Venga conmigo, general. No se quede aquí. Ya no hay nada que ver. Todo ha sido devastado.

Obstinado, me deslicé reptando por la estrecha abertura que había sido hecha con dificultad. La desilusión fue terrible. La tumba, según los vestigios, había sido ejecutada en un plano muy amplio y decorada con esculturas del mejor estilo. Unas excavaciones en grande conducirían sin duda al descubrimiento del sarcófago de aquel ilustre conquistador. Desgraciadamente, no se puede esperar encontrar allí la momia real, pues los ladrones y los saqueadores lo han devastado todo. ¿Dónde descansa hoy el gran Ramsés?³ ¿Encontrarán algún día sus restos? La suerte se ha ensañado con su última morada. Las inmensas riquezas que contenía han desaparecido. Pero sobrevive en los templos y su nombre todavía ilumina todo Egipto.

Una alegre animación reinaba alrededor de la tumba de Sed I. Unos sirvientes iban y venían, trayendo una sucesión de platos que colocaban en buen orden a la entrada del panteón donde se encontraba Ippolito Rosellini, vestido al estilo turco y a la última moda de Tebas.

Recibió primero al profesor Raddi, que se había vuelto a poner su traje de europeo para la ocasión; luego a Néstor l'Hote, con la barba alisada y el abundante bigote cuidadosamente recortado; después al padre Bidant, que había limpiado su sotana; finalmente a lady Reagrave, suntuosa en un vestido de noche granate adornado con joyas de oro, realzado por el collar de lapislázuli que le había regalado.

Llevé a mis invitados al centro de la tumba donde Solimán y Moktar habían puesto la mesa. Mantel blanco, candelabros, camino de flores de jazmín... La celebración prometía ser casi digna del ilustre anfitrión que nos hospedaba.

Tuve la dicha de sentir que mis invitados eran felices. Fascinados por la perfección de las pinturas, respetaron un silencio que se imponía por sí solo. Jamás

³ La momia de Ramsés fue encontrada en el escondite de Deir el-Bahari, donde había sido puesta a resguardo de los saqueadores de tumbas. Fue llevada al museo de El Cairo en 1881.

habíamos conocido una sala de fiestas tan sublime. Egipto nos ofrecía uno de esos banquetes de eternidad cuyo secreto sólo él poseía.

Con un vaso en la mano, me levanté.

-Brindo por Belzoni, el hombre que descubrió esta tumba. Sin él no podríamos compartir estos alimentos en la más bella de las moradas de resurrección.

En mi corazón, también pensaba en la comunidad de los Hermanos de Luxor, que me había abierto nuevos caminos.

Solimán atrajo la atención de los invitados trayendo un manjar que anuncié como excepcional. Todos probaron... ¡y se asquearon! Quería ofrecer a nuestra juventud un plato nuevo para nosotros y que debía aumentar el deleite de la reunión: era un trozo de cocodrilo joven con salsa picante, queriendo la suerte que me trajeran uno matado ayer por la mañana. Desgraciadamente, la pieza de cocodrilo se ha estropeado. De esto sólo sacaremos una buena indigestión.

Recobramos el buen humor gracias a un guisado de cordero encargado por L'Hote, y me levanté de nuevo.

-Si he organizado esta recepción, en la cual me alegro tanto de ver a nuestra comunidad unida, es en honor de la persona que más quiero.

Las miradas se clavaron en mí, sorprendidas, interrogantes. Lady Redgrave contuvo el aliento.

-Me refiero a mi hija, Zoraida. Hubiera debido celebrar su cumpleaños el primero de marzo, pero no había comida suficiente en Nubia... Hoy podemos comer hasta hartarnos sin perjudicar a nadie.

Mis huéspedes echaron en coro un caluroso brindis. Gracias al festín llegado de El Cairo, no teníamos que racionarnos. Mientras prorrumpían en cantos alegres animados por L'Hote, lady Redgrave vino a mi lado.

-No me había dicho que era usted padre...

-¿No estarán incompletas las informaciones de su tío, lady Ophelia?

-A él no le interesa su vida privada. Su única preocupación consiste en demostrar que usted no es un sabio digno de crédito y serio.

-Siento decepcionarle.

-No ha hablado de su mujer, Jean-François.

Me miró con aquella ternura que sabía ostentar tan bien, como una red tendida, de la que el alma no podía escapar.

-He evocado a mi hija que siento presente, aquí, a mi lado. Con eso basta.

-Perdone que le haya ofendido... pero prefiero no tener rival ante usted.

Se alejó. No la volví a ver cara a cara en toda la noche. Se las arregló para ir de sala en sala, admirando su belleza.

Cuando despuntó el alba, habíamos intercambiado bromas, recuerdos y esperanzas. En mi corazón estaba la sonrisa de una niña, tan cálida, tan intensa, que cerrando los ojos creía tenerla en mis brazos.

-¡General, venga de prisa!

Saliendo brutalmente de mi breve sopor, descubrí a un L'Hote emocionado.

-No tenía sueño -explicó-. He empezado a trabajar con los obreros... ¡y creo haber descubierto una tumba inviolada!

Ya del todo despierto, participé del entusiasmo de L'Hote. Corrimos hasta el lugar del hallazgo donde nos estaba ya esperando Rosellini, avisado por el rumor. Los obreros se habían agrupado en una multitud compacta y habladora donde se evocaban fabulosos tesoros acechados por las bandas de saqueadores de la región tebana, sin

contar los hombres de Drovetti. Un rápido desescombros sacó a la luz la entrada de una pequeña tumba que, de hecho, estaba inviolada. Estábamos todos muy excitados.

-General -dijo L'Hote con decisión-, tengo que pedirle un favor. Quisiera entrar el primero.

-Ni hablar -objetó Rosellini, severo-. Usted sólo es dibujante. Los directores científicos de la expedición son Champollion y yo mismo. Sólo nosotros estamos capacitados para explorar un descubrimiento arqueológico.

-No es un italiano quien dará órdenes a un francés -rugió L'Hote, cuyas intenciones eran ahora todo menos pacíficas.

-Basta-intervine-. Ippolito, usted se beneficiará con los objetos que encontremos en esta tumba. Néstor, usted entrará el primero. Será su más bello recuerdo. Ha prestado suficientes servicios a la comunidad para darse ese gusto.

Triunfante, L'Hote no reprimió por más tiempo su impaciencia. Despejando la entrada con la mano, se deslizó con una vela por la abertura.

-¿Qué ve? -le pregunté desde el exterior.

-Muebles... y momias, un hombre y una mujer que llevan una máscara de oro... y a sus pies granos de trigo germinados en una estatua vaciada en forma de pila... ¡Hay incluso tallos largos!

Siguiendo a L'Hote, reconocí el prodigioso símbolo del «Osiris vegetante»: del cuerpo del dios emanaba una nueva vida, la de la resurrección del grano, muerto y revivificado por unos misterios celebrados en la tumba. De ella salieron maravillas: sarcófagos, vasijas, estatuillas.

Un modesto vestigio me emocionó más que todos los demás: un disco metálico brillante, intacto, que había servido de espejo. Reflejaba los rayos del sol, ahogando en un deslumbramiento el rostro que se contemplaba en él.

Cuando salí de la tumba, tras varias horas de trabajo exaltante, una voz imperiosa me increpó.

-¿Satisfecho, señor Champollion?

Vestido al estilo turco, con el bigote enrollado subiendo hasta la mejilla y abundantes patillas, Bernardino Drovetti, cónsul general de Francia, me miraba sombríamente.

-¿Contento, señor cónsul? No, no sólo contento... ¡Loco de alegría! Nubia ha respondido ampliamente a mis esperanzas. En cuanto a Tebas, es un perpetuo encantamiento. Pronto podré informarle sobre los descubrimientos más esenciales. No se arrepentirá de haber puesto su confianza en mi expedición. ¿Tiene alguna noticia relativa a los fondos que me han sido otorgados y que aún espero?

-Precisamente, señor Champollion, es hora de hacer un alto en sus trabajos. El rey me ha hecho saber que su regreso a París es indispensable.

-¿Ha recibido una misiva oficial? -¿Duda de mi palabra?-se ofuscó.

-Claro que no. Pero como ese documento me concierne a mí, en primer lugar, me gustaría consultar yo mismo sus términos. No hay que fiarse de la memoria... ¿Cuándo podré leer esa carta del rey?

-La he dejado en Alejandría. Le doy todavía unos días. Después, se marchará. Le esperaré en El Cairo para preparar su vuelta a Francia.

Sin esperar respuesta, Bernardino Drovetti cortó la conversación y se alejó a paso rápido en dirección a un grupo de hombres a caballo. Montó en el suyo y desapareció en una nube de polvo.

Cambiando definitivamente el hábito de peregrino por la ropa del indígena, nos instalamos más cómodamente en una casa de Gournah, muy cerca del admirable templo de Seti I, cuyas columnas cubiertas de relieves se doran al ponerse el sol. Unos rebaños de cabras vagan entre unos bosquecillos de sicómoros y de datileras. La morada de excavación que nos está reservada domina la vía de acceso al Valle de los Reyes. Estamos situados entre el mundo de los vivos, con sus campos verdes, sus gritos de niños, sus casuchas de fellahs, y el más allá, vuelto visible en nuestra tierra gracias a los templos y las tumbas. Ni una brizna de hierba, sólo piedras y un sol divino.

Esta casa de Gournah me ha gustado nada más entrar en ella, y supe que me gustaría más que el castillo más suntuoso. Daban ganas de trabajar sin descanso, de descubrir. Erigida en la orilla de los muertos, sonreía a los vivos. Acogedora, fresca, silenciosa, ofrecía las fuerzas necesarias para la labor del día siguiente. Miserable, nos convertía en príncipes. Cada uno estuvo encantado con su habitación de lo más modesta, amueblada con cojines y alfombras.

Rosellini, que me había visto hablar con Drovetti, parecía estar inquieto. Mientras yo instalaba libros y manuscritos en una biblioteca rudimentaria, se acercó con paso vacilante.

-Maestro, ¿cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí?

-El máximo posible.

-El cónsul general parecía irritado... ¿No tenía órdenes que dictarnos?

-¿Ha tenido barruntos de ello? -pregunté.

Rosellini retrocedió, atemorizado.

-En absoluto... Sólo fue una impresión.

-Drovetti tiene sus órdenes. Yo tengo las mías. Piense sólo en trabajar y en perfeccionar sus conocimientos, Ippolito. Déjeme a mí las demás preocupaciones.

-Como quiera, maestro.

Ofendido, Rosellini salió de mi habitación, cediendo el lugar al padre Bidant, que solicitó una entrevista.

-Las noticias no son demasiado buenas, por lo que se ve.

Abrí unos ojos intrigados.

-¿Qué malos vientos se las han transmitido, padre?

-¡Ah, Champollion! Mi deber también consiste en confesar las almas... Las informaciones llegan a mí sin que pregunte por ellas. Y además..., la actitud de Moktar es significativa. Desea verle en secreto y me ha encargado de la negociación.

-¿Por qué quiere verme?

-Sólo se confiará a usted. Le esperará todo el día en el Ramesseum.

Unos bosquecillos de tamariscos rodean el Ramesseum, el templo fulminado de Ramsés. Es el más noble y puro de los admirables monumentos de Tebas, a pesar de las destrucciones que ha sufrido. El primer pilón ofrece unas bonitas escenas de guerra donde el faraón, representante de la luz divina, pone fin al dominio del caos y las tinieblas. Al fondo del primer patio, un coloso en pedazos, el más gigantesco jamás creado por los escultores egipcios. Tallado en un solo bloque de granito, su rostro es a la vez la expresión de la fuerza y la de la serenidad; su pulido sobrepasa cualquier perfección concebible. Pasé largamente la mano sobre el formidable hombro, pensando en la gloriosa época en que el coloso real estaba de pie, contemplando el horizonte por donde sale el sol. Avanzando con respeto por la sala hipóstila, donde unas treinta columnas fascinarían con su elegante majestuosidad hasta los ojos más prevenidos contra todo lo que no es arquitectura griega o romana, copié los nombres de los numerosos hijos del gran Ramsés, reunidos en este lugar para celebrar la perpetua resurrección de su padre. Detrás de la hipóstila descubrí dos pequeñas salas de columnas. En la primera, sobre el muro del fondo, una maravillosa figura del faraón sentado en su trono, bajo la sombra de un persea, árbol de un verde profundo con las hojas en forma de corazón; varias divinidades inscribían allí los nombres sagrados del rey. Penetrando en la segunda sala, cuyos textos decían que había estado recubierta de oro puro, fui recibido por dos extrañas figuras, esculpidas en la parte inferior de los montantes de la puerta de acceso: un Tot con cabeza de ibis sosteniendo paleta y pincel y una diosa, Sechat, también con una paleta como redactora de los libros divinos.

Tuve la certeza de penetrar en una biblioteca..., ¡la biblioteca del Ramesseum, del palacio del gran Ramsés! Allí estaban conservados los libros mayores de la cultura egipcia. Figuraban otros símbolos: el oído recibiendo el Verbo, el ojo capaz de volver a crear el mundo, el dios de la palabra, el de la intuición. En aquella habitación, accesible a algunos, estaban guardados los volúmenes relativos a los rituales, la protección del templo, su dirección, los deberes de los oficiantes, la lista de los bienes materiales y de los objetos de culto, el conocimiento de los movimientos del sol, de la luna y de los planetas, el regreso de las estrellas, las fiestas, la disposición de las murallas según las reglas mágicas, la conjuración de las fuerzas del mal, la protección de la barca divina, las grandes horas de la resurrección, la alquimia. Toda la ciencia sagrada de la cual dependía la vida de Egipto está allí reunida, dictando a los futuros egiptólogos infinitos caminos de búsqueda.

Turbado, continué mi exploración detrás del coloso, más allá de una gran acacia que ocultaba los restos de un pilón en el cual se desplegaron las escenas de la batalla de Kadesh contra los hititas. Ramsés, abandonado por sus tropas, conoce allí la prueba de la soledad, rodeado de miles de adversarios. A punto de sucumbir y ver la civilización derrumbarse bajo los golpes de los bárbaros, implora a la divinidad: «Padre, ¿por qué me has abandonado? ¡Nunca te he traicionado!». Se produce el milagro. El espíritu de

Dios desciende del cielo y se encarna en el faraón, dotándole del más formidable de los poderes. Solo, de pie en su carro, rompe el círculo de sus enemigos, los despedaza y los bota al Eufrates donde se ahogan.

Fascinado por aquella batalla mística, viendo que el cristianismo había salido todo compuesto del pensamiento de los antiguos egipcios, me di cuenta de pronto que había olvidado a Moktar. Hechizado por el Ramesseum, me había abandonado al relato de sus piedras vivientes.

Moktar no estaba lejos. Sentado bajo la gran acacia, fumaba una larga pipa. Sin duda me había seguido con la mirada mientras peregrinaba en el templo.

Me senté junto a él, tras haber apartado algunos hierbajos que nos ocultaban perfectamente.

-¿Qué tienes que decirme, Moktar?

-Alá es misericordioso... Revela al hombre sus faltas y sus errores. Me ha iluminado, yo que tanto me he equivocado. Sobre todo con usted. Mi amo, el cónsul general Drovetti, le había descrito como un ser pernicioso, ambicioso, dispuesto a todo para satisfacer su sed de gloria, sin ninguna consideración por los hombres, despectivo con sus sirvientes..., un auténtico chacal del desierto. Pero le he visto vivir, durante este largo viaje. He descubierto quién es usted realmente.

Estaba estupefacto. ¿Qué crédito podía dar a aquel discurso? ¿Debía creer en la sinceridad del intendente de Drovetti?

-Admiro a mi amo -prosiguió-. Me ha dado una casa, me ha permitido fundar una familia... El confiaba en mí, yo confiaba en él. He matado por él, porque pensaba que sus órdenes no violaban la voluntad de Alá. Esta vez es distinto... Usted es un hombre justo. Sólo Dios decide poner término a la vida del hombre justo. Nadie puede pretender sustituirle. Me niego a ser el instrumento de un destino que no viniera de Él. Por eso, por primera vez, he desobedecido a mi amo. No he intentado asesinarle, no he dicho nada de sus descubrimientos, ni de sus proyectos, ni de sus encuentros. Sólo le he transmitido mi silencio, como si no hubiera pasado nada. Pero mi amo es un hombre lúcido. Pronto sabrá que le he mentado. Sin embargo, si él lo desea, seguiré sirviéndole. No sólo hay amigos a su alrededor. Márchese de Tebas lo antes posible. Su presencia compromete unos intereses demasiado importantes. Yo voy a desaparecer. No nos volveremos a ver. Adiós. Que Alá le proteja.

Sin darme ninguna posibilidad de interrogarle, Moktar dejó la sombra de la acacia y desapareció en las ruinas del Ramesseum.

Invisible, la espalda apoyada contra la frente del coloso desmoronado, Solimán vigilaba.

Así pues, sólo me quedaban unos pocos días para explorar Tebas. Tebas, que me tranquilizaba, me maravillaba, me elevaba. Hubiera debido tomarme en serio el ultimátum de Drovetti. Pero el tiempo había dejado de existir. Había demasiadas cosas que hacer.

El jefe de los obreros me había aconsejado que examinara el emplazamiento de Deir el-Bahari. Dejé a mis colaboradores con sus excavaciones y, utilizando los servicios de un burro de lo más dócil, avancé en la ligera madrugada.

¡Qué espectáculo tan cautivador el de ese santuario único en su estilo! A pesar de la acumulación de arena, tuve la certeza de identificar una sucesión de terrazas unidas por una rampa central, y que se elevaban hasta la muralla vertical del acantilado. El maestro de obras que había concebido aquel plano sencillo y luminoso había utilizado esta muralla como pared de fondo del sanctasanctórum, uniendo así de modo indisoluble el templo construido por los hombres y la montaña creada por Dios.

Fue con veneración que avancé paso a paso entre aquellos monumentos cuyas esculturas eran de una increíble delicadeza. Los bajorrelieves son tan tenues, tan impalpables, que hay que esperar la hora precisa en que el sol los ilumina para descifrarlos. El menor detalle, el menor jeroglífico, los rostros de los dioses, los colores de sus trajes son otras tantas obras maestras que dejan a uno sin aliento. Aquí reina una gracia divina que las degradaciones cometidas por los cristianos no han hecho desaparecer. ¡Y cuántas maravillas, que no podré sacar a la luz, cubre la arena!¹

Otra sorpresa me esperaba: me sorprendió, leyendo las inscripciones, descubrir la existencia de un rey desconocido en las listas antiguas, rey debidamente barbudo y correctamente faraónico, ¡pero a propósito del cual se empleaban palabras en femenino como si se tratara de una reina! Pasando la mayor parte del día devanándome los sesos al respecto, llegué a una conclusión indudable: una mujer llamada Hatsepsut había gobernado Egipto como faraón, con los mismos derechos y deberes que un soberano varón. Tendría entonces que modificar mi concepto de la historia egipcia.

La suave luz del sol poniente revistió de oro los pilares de Deir el-Bahari. El perfil de la diosa Hathor se destacó sobre el azul profundo del cielo que se teñía de púrpura y naranja. Aquel rostro era el más bello y el más puro que había podido contemplar jamás. Estaba turbado por la dulzura de sus rasgos, por aquella piedra tan finamente cincelada que brillaba como una joya difundiendo sus luces. Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo había podido un escultor transmitir el genio de su mano hasta el punto de recrear en esta tierra una belleza celestial?

Un canto se elevó, desde la cúspide del templo, cerca del último santuario. Un canto muy suave que narraba el nacimiento del amor entre un jeque y una joven beduina. En él se expresaba la poesía de la gente del desierto que, alrededor de una hoguera, se transmitían historias de generación en generación desde el comienzo de los tiempos. La voz era ondulante, ligera. Las curvas de la melodía seguían los momentos dramáticos del relato. El jeque había visto a la muchacha a hurtadillas y se había enamorado locamente de ella. Describía sus grandes ojos negros, brillantes como los de una gacela, su talle recto y ágil, su pecho parecido a una pareja de granadas, sus palabras dulces como la miel. Al devorarle su pasión, el jeque ya no conciliaba el sueño. ¡Cuántas luchas tenía que emprender para conquistar a su amada! Tenía que convencer a sus padres, quitar de en medio a sus rivales, llegar al alma de la bella... La historia acababa bien. Dándose la mano, los dos jóvenes amantes se dirigían hacia la tienda del padre de la muchacha para celebrar su unión.

Las últimas notas del canto murieron con las últimas luces de un sol encarnado que desapareció detrás de las montañas. Durante algunos minutos, la orilla de los muertos vacilaría entre noche y día, bañándose en una luz donde brillaban mil matices de oro, rojo y púrpura unidos en un abrazo de una ternura infinita.

Quise saber a quién pertenecía aquella voz hechicera. Pasando por encima de unos bloques esparcidos, vi una joven beduina sentada al pie de una columna, bajo la protección de un capitel con la cabeza de Hathor. Tocaba una pequeña flauta de sonidos agridulces, sin apenas turbar el recogimiento de los últimos momentos del día. Con un largo vestido verde, la cabeza cubierta con una toca blanca ceñida con un hilo dorado, la joven beduina salmodiaba un aire antiguo y lánguido.

Acercándome más, descubrí por fin su rostro.

-¡Lady Redgrave! ¿Pero de qué metamorfosis es usted capaz?

¹ Champollion no pudo ver-los admirables relieves que relatan la famosa expedición enviada por la reina-faraón al país de Punt para recoger el incienso destinado al dios Anión.

Siguió tocando la flauta, como si yo no existiera. Habría sido criminal interrumpirle. Esperé a que las últimas notas murieran, saboreando la dicha sencilla de aquella música sin edad.

-Es el lugar que yo prefiero -dijo con la mirada perdida en el sol poniente-. Aquí el amor reina por completo. ¿No es su diosa la más exigente de todas? ¿No nos pide que revelemos nuestro ser más íntimo? Quien no confía en ella sólo merece la muerte...

-¿Será ése su caso, lady Ophelia?

-Le esperaba, Jean-François. Sabía que vendría.

-¿Es usted quien ha pedido al jefe de los obreros que me indique este sitio?

Me arrepentí en el acto de mi agresividad. Ella no contestó, con la mirada todavía fija en el horizonte.

-¿Por qué no quiere hablarme de su esposa?

-¿Está usted casada, lady Redgrave?

La brisa del norte se levantó, trayendo el soplo de vida que el faraón, cada día, tenía el deber de proporcionar a todos los seres vivientes.

-Sí, estoy casada.

-¿Me hablará de lord Redgrave?

-Es un hombre perfecto. Administra su dominio, practica la caza mayor, venera a Dios y a la corona de Inglaterra. No comete ni una sola falta de gusto. No hay nada más que decir sobre él.

-¿Sabe que usted está viajando por Egipto?

-Lord Redgrave aborrece el calor, yo el frío. Eso crea entre nosotros un abismo insuperable.

-¿Tienen hijos?

-Lord Redgrave y yo sólo nos hemos encontrado una vez: el día de nuestra boda. Habíamos obtenido lo que deseábamos: él mi fortuna, yo un título y mi libertad. La de servir a mi país como a mí me pareciera y la de viajar. Y usted, Jean-François, ¿qué esperaba de la señora Champollion? ¿Por qué sigue atado a ella?

Bajó de su promontorio y se arrodilló ante mí, tomándome las manos.

-¿Por qué buscar otra cosa en este momento, lady Ophelia? ¿Por qué pedir a la vida algo más que no sea esta felicidad, este templo, este amor divino que nos rodea?

-Lo divino no me basta. Hasta ahora nos hemos mentido por miedo; por miedo hemos huido... El amor, el verdadero amor, no conoce esas artimañas. Este templo está hecho para usted. Guarde los secretos de su pasado, si lo desea. Mi misión podría ser un fracaso... pero ¿qué importa, si seguimos juntos?

-Este templo pertenece a Hathor, diosa del cielo. Sólo somos sus huéspedes de paso. No tenemos que imponer nuestros deseos.

-¿Y si abandonara usted su ciencia al viento del desierto? ¿Si aceptara ser un hombre como los demás?

-Eso no cambiaría nada -dije-. Este santuario permanecería en el mundo celeste, y nosotros en el de los humanos.

Se apartó con violencia.

-¡Es usted un monstruo!

Cogiendo la flauta, la partió en dos trozos que arrojó a lo lejos. Luego corrió hacia el valle que el Nilo animaba con un largo hilo plateado brillando bajo las últimas luces.

A la mañana siguiente, Rosellini se empeñó en conducirme hasta el emplazamiento del Amenofium, el gigantesco templo funerario de Amenofis, tercero del nombre, que los griegos han querido confundir con el Memnón de sus mitos

heroicos. Amenofis III había sido el más brillante de los soberanos de Tebas, reinando en la ciudad más rica del mundo. Su templo debía ser una maravilla.

La decepción fue atroz.

Imagínense un espacio de unos 1.800 pies de largo, nivelado por los depósitos sucesivos de la inundación, cubierto de hierbajos, pero cuya superficie desgarrada en multitud de puntos todavía deja ver restos de arquitrabes, porciones de colosos, fustes de columnas y fragmentos de enormes bajorrelieves que el limo del río aún no se ha tragado, ocultándolo para siempre a la curiosidad de los viajeros. Allí han existido más de dieciocho colosos, de los cuales los más pequeños tendrían veinte pies de altura. Todos los monolitos de distintas materias han sido destrozados, y sus miembros enormes se encuentran dispersos aquí y allá, unos al nivel del suelo, otros al fondo de excavaciones realizadas en tiempos recientes. He recogido en estos restos mutilados los nombres de un gran número de pueblos asiáticos cuyos jefes cautivos estaban representados rodeando la base de los colosos. Las inscripciones griegas y latinas eran demasiado modernas para mí; las dejé para dirigirme hacia el antiguo pueblo de Deir el-Medineh, el próximo emplazamiento tebano a explorar antes de que expirara el plazo concedido por Drovetti.

Deir el-Medineh me intrigaba desde hacía mucho tiempo. Numerosos objetos procedentes del lugar habían pasado entre mis manos. Rosellini había adquirido una gran cantidad de ellos para su museo. Él y L'Hote me acompañaban. Caminábamos lentamente al compás de nuestros burros, precediendo a Solimán y a una decena de obreros dispuestos a intervenir para despejar la entrada de una tumba o de un santuario.

L'Hote se puso a mi altura.

-General, me está ocultando algo. Usted no acostumbra a hacerlo. Forzosamente tiene que ser algo grave...

-¿Según usted, Néstor?

-Amenazas. Ha recibido nuevas amenazas. Se está tramando una conspiración contra usted, y se niega a tenerlo en cuenta. ¿Por qué desdeñar mi ayuda?

-Porque lo ignoro todo de esas intrigas, excepto el hecho de que Drovetti es el instigador, con el probable consentimiento del pacha.

-¿Dónde está Moktar?

-Ha dejado él mismo la expedición. Ya no le veremos más.

-¿Qué piensa hacer?

-Nada, sólo continuar mi trabajo y mis excavaciones. Hemos regresado intactos de Nubia, donde nos acechaban los mayores peligros. Tebas no sabría mostrarse menos favorable. Tenga confianza, Néstor... y manténgase alerta.

Refunfuñando, L'Hote dio media vuelta y se alejó.

La pacífica caravana tomó un estrecho sendero que desembocó en un barranco desértico dominado por unas rocas. Las casas de los artesanos habían sido construidas en una depresión casi totalmente enterradas bajo la arena. Un pequeño templo, rodeado de un recinto, dominaba el desierto en cuya linde había crecido una mimosa; instalado en una rama, un pájaro cantaba.

Desde la entrada del templo, descubrí de nuevo aquel desierto donde el alma se ensancha para encontrarse con Dios del modo más inmediato y puro. Las mediocridades de la existencia desaparecieron. Una parte del velo que cubre el misterio de la vida se levantó, dejando vislumbrar el movimiento inmóvil de la eternidad parecido al de las dunas. Penetrando en el templo de los artesanos donde estaban representados los mayores arquitectos egipcios, otro velo se desgarró en mi espíritu. Comprendí que las artes del Antiguo Egipto no tenían como meta especial la representación de las

hermosas formas de la naturaleza; sólo buscaban la expresión de un cierto orden de ideas, y únicamente debían perpetuar el recuerdo de las personas y de las cosas, no el de las formas. Tanto el enorme coloso como el más pequeño amuleto eran los signos fijos de una idea; por muy fina o tosca que fuera su ejecución, había alcanzado la meta, la perfección de las formas en el signo siendo sólo muy secundaria. Pero en Grecia la forma lo fue todo; se cultivaba el arte por el arte mismo. En Egipto, sólo fue un medio poderoso de pintar el pensamiento; el más pequeño adorno de la arquitectura egipcia tiene su propia expresión, y se refiere directamente a la idea que motiva la construcción de todo el edificio, mientras que las decoraciones de los templos griegos y romanos a menudo sólo hablan a la vista y permanecen mudas para el espíritu. El genio de estos pueblos se muestra así esencialmente diferente. La escritura y las artes de imitación se separan tempranamente y para siempre en Grecia; pero en Egipto, la escritura, el dibujo, la pintura y la escultura caminaron constantemente de frente hacia una misma meta, y si consideramos el estado particular de cada una de estas artes, y sobre todo el destino de sus productos, resulta cierto decir que venían a confundirse en una sola arte, en el arte por excelencia, el de la escritura. Los templos, como su nombre egipcio indica, sólo eran, si puede decirse así, grandes y magníficos caracteres representativos de las moradas celestes: las estatuas, las imágenes de los reyes y de los simples individuos, los bajorrelieves y las pinturas que trazaban de nuevo escenas de la vida pública y privada, entraban, por decirlo así, en la clase de caracteres figurativos; y las imágenes de los dioses, los emblemas de las ideas abstractas, los adornos y las pinturas alegóricas y finalmente la numerosa serie de los jeroglíficos se relacionaban directamente con el principio simbólico de la escritura propiamente dicha.

Egipto escribía la vida.

Escribía mi vida.

El más allá se me apareció en el interior del templo de Deir el-Medineh bajo la forma de una escena desgarradora, la del peso del alma, que los antiguos asociaban con el corazón, concebido como la verdadera conciencia del hombre. El gran juez Osiris ocupa el fondo de la sala de una capilla que alumbré con una vela. Al pie de su trono se eleva el lotus, emblema del mundo material, rematado por las imágenes de sus cuatro hijos, genios directores de los cuatro puntos cardinales. Los cuarenta y dos jueces asesores de Osiris están sentados, colocados en dos hileras. De pie sobre un pedestal delante del trono, el Cerbero egipcio, monstruo compuesto de tres naturalezas distintas, el cocodrilo, el león y el hipopótamo, abre su enorme boca y amenaza a las almas culpables...

Más lejos se eleva la balanza infernal; los dioses Horus, hijo de Isis con cabeza de gavián, y Anubis, hijo de Osiris con cabeza de chacal, colocan en los platillos de la balanza, uno el corazón del prevenido, otro una pluma de avestruz, emblema de la justicia; entre el fatal instrumento, que debe decidir la suerte del alma, y el trono de Osiris, han colocado al dios Tot, el señor de las divinas palabras. Este escribano divino escribe el resultado de la prueba a la que acaba de ser confiado el corazón del egipcio difunto y va a presentar su informe al soberano juez.

A pesar de las tinieblas que nos rodeaban, Rosellini adivinó mi malestar.

-Maestro, ¿se encuentra bien?

-Déjeme solo, Ippolito.

-¿Está seguro?

-Salga.

-¿Cuándo debo venir a buscarle?

-Vuelva a Gournah y no se preocupe por mí. Copiaré textos y escenas y me impondré la obligación de acabarlo todo. Necesito silencio absoluto para poder oír la voz de los antepasados.

Había salido fuera del tiempo. Permanecí allí cinco días, enardecido por mi trabajo, comiendo lo que Solimán me traía por la noche.

Me enfrentaba con mi muerte y con mi propio juicio. Había aprendido la lista de las faltas que condenaban a la segunda muerte, a la aniquilación del ser, y había confesado las mías al dios Tot y a la diosa Maât, guardiana del Orden universal.

Alejándome con pena de aquella capilla donde se había sellado un destino al cual, a partir de entonces, nadie podría cambiar nada, me dirigí, sin descansar lo más mínimo, al templo de Medinet-Habu, donde Néstor L'Hote procedía a un trazado conjunto bajo la dirección de Rosellini.

-¿Cómo ha soportado mi discípulo mi ausencia? -pregunté a Solimán.

-Bien y mal.

-¿Bien?

-Ha sabido dirigir a los obreros.

-¿Y mal?

-Se toma por usted. Cree ser un jefe. Apartándose de su lugar, se aleja de la verdad y acabará por odiarle.

-Eres demasiado severo, Solimán.

-Y usted demasiado generoso.

La vista del inmenso templo de Medinet-Habu, el mayor de Egipto después de Karnak, puso fin a nuestra conversación. Una vez más, Egipto me subyugaba. Ramsés, el amado de Amón, tercero del nombre y sucesor de Ramsés el Grande, había creado un edificio gigante precedido de un formidable pilón y de un pabellón real, único por su forma.

Llevado por el entusiasmo, caminé varias horas para comprender este nuevo universo, cuadro abreviado del Egipto monumental. Allí existe, casi enterrada bajo los escombros de las habitaciones particulares que se han sucedido de época en época, una masa de monumentos de gran importancia que, estudiados con atención, muestran en medio de los mayores recuerdos históricos el estado de las artes de Egipto en todas las épocas principales de su existencia. Se encuentran reunidos un templo del período más brillante, el de la XVIII dinastía, un inmenso palacio del período de los conquistadores, un edificio de la primera decadencia bajo la invasión etíope, una capilla elevada bajo el reinado de uno de los príncipes que habían vencido el yugo de los persas, un propileo de la época romana y, finalmente, en un patio del palacio faraónico, unas columnas que antaño sostenían el caballete de una iglesia cristiana.

Muerto de sed, descubrí, en el primer gran patio, un grupo de beduinos sentados. Si tenían agua, no me la negarían. Siendo considerada como un don de Dios, ésta no pertenecía a los hombres. Debe concederse a cualquiera que la pida.

Cuando sólo me encontraba a unos pasos de ellos, me di cuenta de que se trataba de un encantador de serpientes y de sus ayudantes. El hombre tenía una edad avanzada, y su rostro estaba picado de viruela. Alrededor de su torso y de su cuello se enrollaba y desenrollaba una víbora de cabeza plana. Delante de él, un gran cesto del cual salían dos cobras que se erguían bajo sus órdenes. Uno de los asistentes no era sino una mujer en cuclillas sobre una alfombra polvorienta y con un niño en sus brazos.

Fue un muchacho quien me ofreció agua mientras el mago seguía encantando sus cobras, a las que todos parecían considerar inofensivas. Sólo Solimán parecía inquieto. La verdad es que aquel espectáculo insólito me parecía más un ejercicio de

doma que una sesión de magia. Lo más interesante residía en las fórmulas de encantamiento que el buen hombre repetía sin cesar en voz baja. Cuidando de no molestar a las cobras, me acerqué a él y me incliné para escuchar mejor, con Solimán pegado a mí como una sombra.

La trampa funcionó.

Las cobras, asustadas, se escondieron en el cesto. Pero la víbora, apartándose del cuello de su amo, se distendió a una velocidad pasmosa. Tetanizado, cerré los ojos, esperando la picadura fatal.

No sentí nada, oyendo un ruido de pasos precipitados traduciendo una huida colectiva.

Abriendo de nuevo los ojos, vi al encantador de serpientes, sus acólitos, la mujer con el niño corriendo como posesos. Habían abandonado el cesto de cobras. Solimán estaba tumbado cabeza abajo en el suelo, sosteniendo a unos centímetros de su cara la víbora que había empuñado por el cuello y que se había enrollado alrededor de su brazo.

-Busque un palo -exigió con una voz tranquila-, y rómpale la cabeza.

Fue un beduino, intrigado por aquel jaleo, quien se encargó de hacerlo con la más tranquila seguridad. Solimán se levantó y se quitó el polvo.

-Me estaba temiendo una emboscada como ésta -dijo-. Los encantadores de serpientes no trabajan aquí, normalmente. Más vale que nos vayamos.

-¡Ni se te ocurra! Primero hay que explorarlo todo... Este templo es extraordinario.

Resignado, Solimán me siguió mientras me dirigía hacia la extraña torre de Medinet-Habu, que me pareció ser el único palacio real conservado en el recinto de un templo.

Subir los peldaños que conducían a los apartamentos reales fue un suave placer después del peligro del cual había escapado. Allí admiré unos frescos debidos al pincel de un dibujante que había glorificado los juegos de pájaros en las matas de papiros, las flores de loto azules y rosas, el vuelo de los patos. El rey y la reina habían vivido aquí unos días felices, rodeados de sus hijos y sus allegados, sin olvidar nunca lo sagrado cuya irreductible presencia estaba afirmada por el templo cercano. Después subí por la escalera interior del gran pilón, aquella masa tan tranquilizadora que había hecho de Medinet-Habu un lugar de refugio contra los saqueadores mucho después de la extinción de las dinastías faraónicas. A Oriente, el verde de los cultivos, el Nilo, las columnatas de Luxor, los obeliscos y los pilones de Karnak; al norte, el Ramesseum, Deir el-Medineh, la inmensa necrópolis con sus barrios de Gournet Mourai, Drah Abu el Nagah, Gournah, Deir el-Bahari; a Occidente, el Valle de las Reinas y el acantilado líbico. Aquel universo me sumergía, me llenaba de una alegría intensa que me desapegaba de mí mismo y de mis limitaciones de individuo. ¿Cómo hablar de muerte y de pasado ante tanta luz y tanta vida? ¿Cómo permanecer insensible ante tanta magia impregnando hasta el menor bloque, la estatua más humilde?

Solimán se sentó a mi lado.

-Ésta es la auténtica realidad -dijo-. Nuestros ojos apenas la perciben.

-Y todavía habrá que descifrarla, Solimán, leerla hasta en lo más profundo. Todo esto es símbolo del más allá, de nuestra verdadera patria. Quiero transmitir lo que percibo. Quiero ofrecer a otros la posibilidad de seguir este camino.

Fuimos conscientes de un deber que nos abrumaba. Nos dimos el placer egoísta de disfrutar de aquel incomparable espectáculo, olvidando todo lo demás.

A la salida del templo, en el sol poniente, unos niños nos rodearon. Cada uno intentaba vendernos un escarabajo, un amuleto, una estatuilla, toscas imitaciones fabricadas apresuradamente en un taller muy poco apto para reproducir la belleza egipcia.

Una niña se mantenía apartada. Andrajosa, poseía sin embargo un encanto conmovedor que, por la pureza de su rostro, evocaba el de las diosas. Jugaba con un objeto negruzco, indiferente a los tratos comerciales de sus compañeros. Rompiendo el círculo de los comerciantes, miré por encima de la cabeza de la niña.

El objeto era una mano de momia desecada. Más allá del horror, una iluminación aclaró mi espíritu. En aquel momento comprendí por qué estaba realmente en peligro de muerte.

Reuní a los miembros de la expedición en la sala común de nuestra casa de Gournah. Todos sentían que tenía importantes informaciones que comunicarles.

-Amigos míos, el cónsul general de Francia me había fijado un plazo demasiado corto para marcharme de Tebas. Seguramente ya ha vencido. No ha ocurrido nada nefasto. Ninguna orden oficial ha sido transmitida. Espero los fondos prometidos. Hemos explorado emplazamientos, establecido un programa de excavaciones para los siglos que quedan por venir.

-Perfecto -concluyó el padre Bidant-. Ya que Dios nos ha sido favorable, no tentemos al diablo. Volvamos a El Cairo y preparémonos para regresar por fin a tierra cristiana.

-Nadie sabe dónde se encuentra Drovetti -precisó lady Redgrave-. Incluso piensan que ha podido marcharse de Egipto.

-Un hombre como él no se declara tan fácilmente vencido -declaró L'Hote-. Le ha ridiculizado, general. Prepara su venganza. El padre Bidant tiene razón: démonos por contentos de haber vivido tantos peligros, demos gracias a la Providencia y volvamos a casa.

-Esta opinión me parece razonable -aprobó Rosellini-. Hay que proceder al inventario de los objetos adquiridos. Solamente podremos trabajar correctamente en Europa.

El profesor Raddi fue el único que no dio su opinión. Había reunido su cosecha del día, una decena de mariposas que examinaba con cuidado.

-Vuestros propósitos tienen mucho sentido común -dije-. Son razonables y comedidos. Supongo que un jefe consciente de sus responsabilidades debería escucharlos y adoptar sus ideas. Pero yo no soy ese jefe. No soy razonable y no consentiré serlo. Me queda un deber esencial por cumplir: volver a las tumbas.

Todos emitieron suspiros exasperados. No esperaba menos. Aquel trabajo no sería de los más fáciles. Habría que dar mucho de sí mismo y sufrir en propio cuerpo para descubrir las bellezas de aquellas cuevas sagradas.

-¿Por qué se ensaña de ese modo? -se sorprendió el padre Bidant-. ¿No ha visto ya bastantes sepulcros? He visitado dos en compañía de lady Redgrave. Eso me ha bastado. Allí falta el aire y hace un calor sofocante. ¡Los movimientos se hacen tan difíciles que es como si uno se hubiera momificado!

-¡Y no conoce el calvario impuesto al dibujante! -añadió L'Hote-. Una iluminación irrisoria, los ojos llenos de polvo, unas posturas que dejan la espalda hecha polvo, una tensión incesante para no cometer errores...

-¡Es usted muy injusto, Néstor! ¿Ha olvidado el mensaje que hemos percibido, los conceptos transcendentales que se imponen a la primera mirada? Esa espiritualidad esconde bajo sus figuras unas antiguas verdades que creemos muy jóvenes y de las que estamos muy necesitados. Tengo que descubrir la totalidad de las representaciones simbólicas para obtener la clave del enigma.

-¿De qué enigma habla? -se inquietó el padre Bidant.

-Del sentido de la vida.

-Vamos, Champollion... ¿No creerá realmente que esta religión muerta podría tener alguna superioridad sobre nuestra fe?

-No olvide -intervino lady Redgrave- que al señor Champollion lo llaman El Egipcio.

-Usted sabe que Bossuet fue un buen cristiano -dijo al padre Bidant-, y sin embargo sólo soñaba con estudiar la teología egipcia. El poder hacerlo estaba reservado para nuestra época. Y nadie me impedirá ir hasta el final de esta experiencia.

-Es inútil ir en contra de la voluntad de El Egipcio -dijo lady Redgrave, enigmática-. Es más fuerte que todas las nuestras juntas.

Estupefacto ante aquella ayuda inesperada, dirigió una sonrisa a lady Ophelia, que no se inmutó.

-Estoy agotado, maestro -dijo Rosellini-. Le habría acompañado, pero no me quedan fuerzas...

-Descanse, Ippolito, y empiece su inventario lo antes posible.

Salí al amanecer de la casa de Gournah, cuyos huéspedes estaban todavía dormidos. Mi discípulo volvió bostezando a su habitación. Por mi parte, estaba dotado de una energía casi inagotable que tres o cuatro horas durmiendo y soñando con jeroglíficos bastaban para reconstituir.

Afuera me esperaban dos burros y Néstor l'Hote, el único aventurero que no había renunciado.

-¿Cuál será nuestra primera tumba, general?

-La de Ramsés el noveno.

¿Hay mayor felicidad que la de caminar así, a un ritmo ancestral, por un sendero desierto, poco a poco invadido por los rayos del sol matutino, hasta un lugar sagrado donde unos sabios lo habían revelado todo sobre la transfiguración del alma humana? Las antiguas palabras de un himno de saludo al sol naciente me vinieron naturalmente a los labios. ¿No era justo que la criatura diera gracias a su Creador por concederle tales momentos de felicidad?

Apenas nos habíamos instalado en la tumba cuando L'Hote se encolerizó violentamente.

-¡Dios, qué aburridos son los jeroglíficos! ¡Qué agobiantes! Estamos todos hasta la coronilla de ellos... ¡Soy como un hombre que camina en el fuego y al que sólo le queda un cuarto de hora de vida! Estoy harto, general. Su Egipto no es el mío. Necesito lluvia, llanuras verdes y húmedas, frescor. Me voy.

-¿Adonde va usted, Néstor?

-A Francia. Quédese con mis dibujos. Y que Dios le proteja, general, si todavía es un poco cristiano. Es usted el mejor de los hombres, de eso no me cabe duda, pero me pregunto si sigue viviendo entre nosotros. El Egipcio... sí, eso es... se ha convertido en un egipcio de los primeros tiempos.

Dejando caer al suelo los lápices y los cartapacios, L'Hote montó su burro y salió del Valle de los Reyes, levantando una nube de polvo. Así que me abandonaba. Supe que no volvería a verle. Me había gustado la lealtad de este hombre, su fuerza juvenil, su confianza. No le guardaba rencor, convencido de que no me había traicionado.

L'Hote no se equivocaba. Egipto me había hecho comprender que yo sólo estaba de paso en este mundo, sólo era un extraño en busca de la luz original de donde provienen todos los seres y donde se reunirán de nuevo si pasan la prueba de la muerte.

La muerte en la que entraba al hundirme en las profundidades de una tumba real.

La soledad más absoluta me aportó un poder de concentración que no había conocido hasta entonces. Las ideas, las traducciones, las interpretaciones afluían sin cesar a mi mente, surgiendo por sí mismas. Penetrando vivo en el más allá representado en las paredes de la tumba, vivía en mi propia carne el recorrido simbólico indicado por las divinidades con las cuales mantenía una relación de fraternidad.

Cien veces estuve a punto de perder la conciencia. Cien veces vencí el cansancio y la fatiga. Cien veces realicé el viaje del alma. Tras haber pasado por una puerta bastante sencilla, se entra en unas grandes galerías o corredores cubiertos de esculturas perfectamente cuidadas, que conservan en gran parte el brillo de los colores más vivos, y conducen sucesivamente a unas salas sostenidas por pilares con decoraciones aún más abundantes, hasta que por fin se llega a la sala principal, la que los egipcios llamaban la *sala dorada*, más amplia que todas las demás, y en medio de la cual descansaba la momia real en un enorme sarcófago de granito. Los planos de estas tumbas, publicados por la Comisión de Egipto, dan una idea bastante exacta de la extensión de estas excavaciones y del inmenso trabajo que han costado, para ser ejecutadas con el pico y el cincel. Los valles están casi todos atestados de colinas formadas por los pequeños fragmentos de piedra que provienen de los asombrosos trabajos ejecutados en el seno de la montaña.

La decoración de las tumbas era sistemática, y lo que se encuentra en una reaparece en casi todas las demás, salvo pocas excepciones. La moldura de la puerta de entrada está adornada con un bajorrelieve que en el fondo sólo es el prefacio, o mejor dicho, el resumen de lo que sigue: es un disco amarillo en cuyo centro está el sol con cabeza de carnero, es decir, el sol poniente entrando en el hemisferio inferior, y adorado por el rey arrodillado; a la derecha del disco, es decir a oriente, está la diosa Neftis, *la soberana del lugar sagrado*, y a la izquierda, occidente, la diosa Isis ocupando las dos extremidades del recorrido del dios en el hemisferio superior: al lado del sol y dentro del disco, han esculpido un gran escarabajo, que es, aquí y en otros lugares, el símbolo de la regeneración o de los renacimientos sucesivos: el rey está arrodillado en la montaña celeste, sobre la cual también descansan los pies de las dos diosas.

El sentido general de esta composición se refiere al rey difunto: durante su vida, lo mismo que el sol en su recorrido de oriente a occidente, el rey debía ser el vivificador, el iluminador de Egipto, y la fuente de todos los bienes físicos y morales necesarios para sus habitantes; el faraón muerto fue, por tanto, todavía naturalmente comparado al sol poniéndose y descendiendo hacia el tenebroso hemisferio inferior, que debe recorrer para renacer de nuevo en oriente y devolver la luz y la vida al mundo superior (el que habitamos), del mismo modo que el rey difunto debía renacer también, para continuar sus transmigraciones o para habitar el mundo celeste y ser absorbido en el seno de Amón, el padre universal.

El secreto de la vida es enseñado con el desplazamiento de la barca divina navegando en el río celeste, sobre el fluido primordial, principio de toda existencia, durante las doce horas del día. Así, a la primera hora, la barca se pone en movimiento y recibe las adoraciones de los espíritus de Oriente; entre los cuadros de la segunda hora se encuentra la gran serpiente Apofis, hermano y enemigo del sol; a la tercera hora, el dios Sol llega a la zona celeste, donde decide la suerte de las almas, en relación con los cuerpos que deben habitar en sus nuevas transmigraciones; se puede contemplar al Creador sentado en su tribunal, pesando en su balanza las almas humanas que se presentan sucesivamente. Una de ellas acaba de ser condenada, se la ve llevada de nuevo a la tierra en una barca que avanza hacia la puerta vigilada por el dios chacal Anubis, y conducida a varazos por unos monos, emblemas de la justicia celeste; el culpable está representado bajo la forma de una enorme cerda, encima de la cual han

grabado con grandes caracteres «glotonería». El dios visita, a la quinta hora, el paraíso habitado por las almas bienaventuradas que descansan de las penas de su viaje terrestre. Llevan sobre la cabeza una pluma de avestruz, emblema de su conducta justa y virtuosa. Presentan ofrendas a los dioses; o bien, bajo la inspección del señor de la alegría del corazón, cogen los frutos de los árboles celestes de estos paraísos.

Más lejos, otros tienen unas hoces en la mano, cultivan los campos de la verdad. Su leyenda reza: «Hacen libaciones con el agua y ofrendas con los granos de los campos de gloria; sostienen una hoz y siegan los campos, que son su parte». El dios Sol les dice: «Llevaos los granos a vuestras moradas, disfrutadlos y presentadlos a los dioses en ofrenda pura». Más lejos, finalmente, se les ve bañarse, nadar, saltar y jugar en un gran estanque que llena el agua celeste y primordial, todo bajo la inspección del dios Nilo celeste. En las horas siguientes, los dioses se preparan para luchar contra el gran enemigo del Sol, la serpiente Apofis. Se equipan con jabalinas, se cargan de redes, porque el monstruo vive en las aguas del río.

Las almas condenadas, con las manos atadas sobre el pecho y la cabeza cortada, caminan en largas hileras; algunas tienen las manos atadas a la espalda y arrastran por el suelo su corazón salido del pecho. En unas grandes calderas se hacen hervir almas vivientes, ya sea bajo forma humana o bajo la de un pájaro, o sólo sus cabezas y sus corazones.

En cada zona y junto a los ajusticiados siempre se puede leer su condena y la pena que padecen: «Estas almas enemigas no distinguen nuestro dios cuando lanza los rayos de su disco; ya no viven en el mundo terrestre, y no oyen la voz del gran Dios cuando cruza sus zonas». En cambio, junto a la representación de las almas felices, en las paredes opuestas, se puede leer: «Han hallado la gracia a los ojos del Dios grande; habitan las moradas de gloria, aquellas donde se vive la vida celeste; los cuerpos que han abandonado descansarán para siempre en sus tumbas, mientras que ellas disfrutarán de la presencia del Dios supremo».

Ésta es una de las mil pruebas contra la opinión de aquellos que se empeñarían en creer todavía que los pensadores egipcios se perfeccionaron con el establecimiento de los griegos en Egipto. Lo repito: Egipto sólo debe a sí mismo lo más grande, puro y bello que ha producido. Mal que les pese a los sabios que se imponen el deber de creer en la generación espontánea de las artes en Grecia, la verdad es muy distinta. Grecia ha imitado servilmente a Egipto en la época en que las primeras colonias egipcias estuvieron en contacto con los salvajes habitantes del Ática o del Peloponeso. Sin la civilización de los faraones, Grecia no se habría convertido en la tierra clásica de las bellas artes.

Ésta es mi profesión de fe completa sobre esta gran cuestión. Escribo estas líneas frente a unos bajorrelieves que los egipcios han ejecutado genialmente dos milenios antes de la era cristiana. Egipto es la madre de nuestra civilización, la fuente de lo más elevado y vital que hay en nuestro pensamiento.

Cuando estaba absorto en el estudio de un cuadro fascinante que representaba el nacimiento de un nuevo sol, de una nueva conciencia, unas piedras rodaron por la pendiente que conduce a la tumba.

Alguien acababa de entrar en la tumba.

Un extraño sentimiento desgarró mi pecho. Tenía miedo, pero sin sentir ningún temor. Miedo de ver mi existencia interrumpida antes de haber trabajado lo bastante, y experimentaba al mismo tiempo una tranquilidad absoluta ante la idea de morir en aquella morada de resurrección. ¿Qué más esperar de la vida después de tantas revelaciones que apartaban al hombre de sí mismo para fundirlo en el cosmos, disolverlo en las estrellas?

Los pasos se acercaban, lentos, pesados. Esperaba ver surgir un ser del otro mundo, armado con un cuchillo, despiadado, empeñado en hacerme rendir cuentas y redactar la lista de mis faltas.

Me sentía preparado. Había comprobado que la fe de los antiguos egipcios se basaba en el conocimiento y no en la creencia. De nada servía creer en los dioses. Conocerlos, y por tanto nombrarlos, descubrir a qué poder creador correspondían, era esencial. Los jeroglíficos eran precisamente las palabras de poder que daban acceso a este conocimiento. ¿Qué demonio iba a aparecer? ¿Sabría vencerlo nombrándolo? Dentro de unos segundos, estaría delante de mí... Sentí un nudo en la garganta, mi corazón se aceleró, pero permanecí sereno aunque la silueta de los asesinos de Drovetti se impuso a mi espíritu.

El angustioso visitante se manifestó al fin, a la luz de su vela. Era el padre Bidant. Sacudió su sotana polvorienta y se sentó en un banquillo de piedra que había a lo largo de la pared. Se secó la frente.

-Maldito calor... ¿Cómo puede respirar en este baño de vapor?

-¡Mire, padre, mire a su alrededor! ¡Verá el infierno, el purgatorio y el paraíso! ¡Lo que el cristianismo ha anunciado ya estaba presente aquí, y mucho más!

Esperaba una reacción de lo más viva, pero el religioso siguió secándose la frente con un pañuelo.

-Es justo lo que me temía, Champollion... esto y lo demás. Antes de este viaje, católicos y protestantes estaban de acuerdo sobre un punto: la cronología bíblica nunca sería cambiada. La revelación cristiana nunca sería puesta en duda. Nadie descubriría huellas de civilización antes de la XVI dinastía egipcia. Así la verdad del libro santo seguiría siendo total y absoluta, incluso en el campo histórico.

-Hoy soy capaz de demostrarle lo contrario, padre. La cronología admitida por la Iglesia es falsa. Habrá que hacer retroceder mucho las fechas de aparición del pensamiento. Habrá que admitir que la Biblia no habría existido sin la inspiración egipcia.

-Sé todo eso, Champollion. También sé que sus descubrimientos causarán trastornos que usted ni siquiera imagina.

-Ya no habla como un sacerdote...

-Porque no sólo soy un sacerdote. Hace muchos años que estudio el orientalismo en Roma y que sigo sus trabajos, así como el de los demás sabios deseosos de descifrar los jeroglíficos. Pronto pensé que usted sería el primero en alcanzar esta meta inquietante para la Iglesia. ¿Qué necesidad tenía de levantar el tupido velo que cubría los misterios olvidados desde hace siglos?

-¡La respuesta está en las paredes de esta tumba, padre! ¡El secreto del alma humana, eso es lo que los egipcios habían percibido!

Bidant asintió con la cabeza.

-Empecé a preocuparme mucho cuando, todavía adolescente, declaró, y más tarde escribió, que Egipto tenía una noción de la divinidad al menos tan pura como el cristianismo. Era un desafío a la fe que nadie ha tomado lo bastante en serio. Y hoy ha descifrado los jeroglíficos..., abre las puertas a varios milenios de religión por las cuales penetrarán dioses y diosas.

-Un desafío no, padre. Una simple verdad.

-¡No juegue con las palabras, Champollion! ¿No ha establecido que los egipcios tenían fe en un dios único y en la inmortalidad del alma? ¿No escribirá mañana que el sentido de la existencia humana es la reunión con Dios después del juicio ante el tribunal del otro mundo?

-Tengo el deber de transcribir lo que he visto. Es mi moral de sabio.

-Usted ya no es un sabio como los demás. Es El Egipcio.

-Y usted, padre, ¿no será el espía al servicio de Drovetti?

Dejando por un momento de secarse la frente, el padre Bidant me miró de hito en hito con sorpresa e interés.

-También había comprendido eso... Desde luego es usted mucho menos ingenuo de lo que creían mis superiores.

-Una intuición, desde el primer segundo en que le vi... y un principio de confirmación cuando sirvió de intermediario entre Moktar y yo. De lo que quiero estar seguro, en cambio, es de la sinceridad que mostró en Nubia. Le he creído.

-Y ha tenido razón... pero se ha convertido en mi peor enemigo, Champollion. Casi ha trastornado mis creencias. Incluso estuve a punto de matarle cuando, enloquecido, disparé sobre usted. Por eso ya es hora de que me aleje de usted y de este Egipto cuanto antes. Dios sabe qué tormentos me haría todavía padecer si le oyera hablar de sus dioses y de su religión. Aunque estas viejas divinidades estén muertas y confinadas al fondo de las tumbas, a veces me pregunto si no tienen más fuerza que algunos de nuestros dogmas... ¿Champollion? ¿Champollion, me oye? ¡Champollion!

El sol estaba en el cenit cuando el padre Bidant, resoplando y jadeando, salió de la tumba de Ramsés IX, llevando sobre sus hombros a Jean-François Champollion, inanimado.

Este 18 de mayo, desde la cima que domina el Valle de los Reyes, pienso en ti, mi hermano Jacques-Joseph, y te escribo. Perdona mi grafismo febril, demasiado rápido. ¡Tengo que decírtelo todo y sólo dispongo de tan poco tiempo, a causa de la inmensidad del trabajo que me espera! Me he repuesto bien del malestar que me sobrevino en la tumba de Ramsés IX. El padre Bidant, que me trajo junto al profesor Raddi para que me curara con sus manos y su magnetismo, se ha marchado de Egipto. No se ha despedido de ningún miembro de la expedición y se ha eclipsado con suma precipitación.

Hace largas semanas que ignoro lo que ocurre en el mundo y que no tengo noticias tuyas ni de mis seres queridos. Esto es duro, muy duro; pues a pesar de mi filosofía, y aunque el poco valor de las cosas humanas esté escrito a mi alrededor en caracteres sorprendentes, aunque vaya a meditar de vez en cuando a la cima de esta montaña árida desde la cual se descubre la extensión del gran cadáver de Tebas, todavía aprecio esa pobre tierra, sus endebles habitantes y sobre todo los que tiritan de frío más allá del Mediterráneo... ¡Francia! No hablemos de ella, se me encoge el corazón... Sin embargo, debo confesártelo, mi espíritu ya no tendrá otra morada que el Valle de los Reyes, donde se ha sumergido en los misterios de la vida y de la muerte.

Ahora tengo que dejar mis queridas tumbas, abandonar estas moradas de resurrección para reunirme con Rosellini. Debes considerarme como un hombre que acaba de resucitar. He sido durante muchos días un habitante de estos palacios subterráneos donde uno no se ocupa de los asuntos del mundo. Ahora voy a vivir en nuestro castillo de Gournah, una casucha de barro de un piso, magnífica comparada con los cuchitriles y las guaridas donde se alojan nuestros conciudadanos, los árabes. Pero sólo residiré allí durante la noche. En cuanto empiece a despuntar el alba, me levantaré, montaré mi burro y me iré por los senderos a paso menudo, aspirando el aire fresco de la mañana, en busca de las numerosas tumbas que sé que están todavía enterradas bajo la arena.

Rosellini quiere convencerme de que estoy agotado y destrozo mi organismo. No creas ni una palabra de todo eso. Espero poder demostrarte que todavía soy capaz de grandes cosas.

El cuartel general de Gournah, organizado por un Rosellini dotado de un agudo sentido de la administración, había adquirido un magnífico aspecto. Una docena de sirvientes, bajo la férula de un dragomán llamado Boutros, satisfacían todos nuestros deseos, pues éramos los señores de la región. El dragomán es un intendente de aspecto militar, que habla más o menos bien cuatro o cinco lenguas europeas, mezclándolas fácilmente, despiadado con sus subordinados, dispuesto a robar todo lo que cae entre sus manos, servil hasta más no poder, siempre pendiente de la cocina y la bodega para aprovecharse mejor de los manjares exquisitos y las buenas botellas, que sabe hacer trabajar a los demás sin tener que sudar ni una gota, dando suspiros que parten el corazón al ver a uno cansado cuando en el fondo le desprecia, que miente con la sonrisa, bandido dentro de los límites de la moral que él mismo ha definido.

En mi ausencia, Rosellini había establecido un severo programa de trabajo: levantarse a la seis, trabajo científico de siete a doce, almuerzo, descanso hasta las dos y de nuevo trabajo hasta las cuatro en punto de la tarde. Un auténtico programa de director de museo que no me molestaba nada. En cuanto acababa, dejaba el castillo y sacaba provecho de un burro ensillado y embriado que me esperaba en la puerta, guardado por dos árabes que espantaban las moscas. Me daba así, en compañía de Solimán, siempre tan inquieto, el gusto más raro: vagar libremente por la necrópolis tebana, llenarme el corazón de aquellos paisajes de silencio que ahora sabía eran los del alma.

Una noche, cuando regresaba de mi caminata habitual, llegué justo a tiempo para asistir a un pugilato entre el profesor Raddi y Rosellini. Siendo los dos igual de torpes, difícilmente podían darse un golpe fatal, pero aquella disputa me pareció indigna de dos sabios y me interpose con firmeza.

-¡Señores! ¿Han perdido la cabeza?

-Señor Champollion -declaró el profesor Raddi con énfasis-, Rosellini me impide ejercer mi actividad científica. Este comportamiento es inaceptable y recurro a su calidad de jefe de nuestra expedición para castigar a este agitador.

Rosellini estaba rojo de ira.

-¡El profesor pierde la cabeza! -rugió-. ¡Ha decidido transformar esta casa en un zoo! Nuestra gacela y nuestro gato no le bastan. ¡Acaba de traer un burro, un gallo, una cabra y unos lagartos! ¡Y eso sin mencionar a una cría de pantera que ha encontrado Dios sabe dónde y que acaba de hacerse la manicura con las páginas de mi diario de inventario! ¡Es intolerable!

-Este señor exagera -objetó el mineralogista-. Sea lo que sea, no reconozco su autoridad.

-¡Y sus colecciones de mariposas! -prosiguió Rosellini-. ¡Ahora esos insectos están invadiendo todas las habitaciones! ¡Champollion, incluso encontrará algunos en la suya!

-La ciencia siempre ha avanzado gracias a sus mártires -replicó el profesor Raddi, dando la espalda a Rosellini.

-Si es así me voy de esta casa miserable y me instalo en la del indígena.

-Mis colecciones progresan a pesar de la ignorancia y la intolerancia. A partir de hoy, me propongo atrapar ejemplares rarísimos que le harán cerrar el pico.

Muy digno, con una red de mariposas en la mano y un andar augusto, el profesor Raddi se fue de caza.

-Lo siento -dijo Rosellini, cuyo furor empezaba a decaer-, pero ya no aguanto más.

Cada noche, al volver de mi paseo en compañía de Solimán, con quien compartía emociones mudas, recibía a los pequeños y grandes dignatarios de Tebas en la *gran* sala del palacio de Gournah. Aunque Rosellini fuera hostil a aquellas entrevistas que estimaba inútiles, yo les daba la mayor importancia. Ni el profesor Raddi, que volvía a dormir a Gournah entre sus cacerías, ni lady Redgrave, que se dedicaba a dar largos paseos a caballo por el campo, asistían a ellas.

Normalmente, los jeques de las aldeas me daban conocimiento de sus quejas y me pedían que interviniera ante las más altas autoridades locales para obtener más alimentos o ropas. Yo hacía lo que podía por ellos, pidiéndoles a cambio que me proporcionaran obreros concienzudos. Sobrepassando una vez más la opinión de Rosellini, había confiado a los jeques sumas de dinero para que pagaran ellos mismos a los hombres que venían a trabajar para nosotros. El sistema funcionó de maravilla, más

aún cuando no me mostraba avaro de pequeños regalos para aquellos pequeños potentados, felices al ver que reconocía su inmensa importancia. De hecho lo era, ya que sin su consentimiento las excavaciones no habrían sido posibles. Por supuesto, efectuaban una importante deducción sobre las sumas a distribuir, pero, en cambio, aseguraban el orden y la seguridad.

Aquel día, habiendo sido tratados los asuntos corrientes, sólo quedaba un jeque entrado en años, barbudo y silencioso, que me esperaba inmóvil desde hacía más de una hora.

-Perdone que le haya impuesto esta prueba -dije, presintiendo que aquella entrevista no se parecería a las demás.

-Hace siglos que mi tribu y yo mismo esperamos. Una hora más ni siquiera equivale a un parpadeo respecto a la eternidad.

El hombre era de un orgullo feroz. Su lenguaje me intrigaba.

-¿Cuál es el nombre de su tribu?

-Pertenezco a los ababdeh, la más noble y valerosa de las tribus.

-Que Dios le sea favorable y la mantenga en la prosperidad.

Comprendía la razón de mi turbación. La lengua de los ababdeh era una de las más antiguas y notables. Sólo la había estudiado de un modo superficial y di gracias al cielo por ofrecerme aquella conversación que deseé fuera lo más larga posible.

-¿Conoce bien Egipto? -preguntó.

-Tanto como me lo han permitido algunos meses de estancia y cuarenta años de pasión.

-¿Por qué ayuda a los fellahs?

-Porque son hombres como usted y yo, y porque creerse superior a cualquiera es el más despreciable de los vicios.

Hizo una mueca dubitativa.

-¿Sabe que son mentirosos y perezosos? ¿Que a menudo desprecian su generosidad?

-Poco importa. Actúo según mi conciencia. Y sé que viven en unas condiciones miserables cuando en las innumerables villas del pacha hay iluminación con gas y las mayores comodidades. Eso me indigna. Un jefe de Estado tiene el deber de ofrecer a sus súbditos la posibilidad de vivir felices y libres. La miseria no lo permite. Es la enemiga de la civilización. En el reino del faraón la fiesta sólo podía celebrarse cuando no había ni un solo vientre hambriento.

-Son declaraciones muy peligrosas -observó el beduino.

-Son declaraciones de justicia. No me cerrarán la boca.

-Nuestra existencia no ha cambiado desde los tiempos de Abraham -afirmó el beduino-. Vivimos en el desierto y allí estábamos a gusto hasta la llegada de los mamelucos. Nuestra tribu ha derramado su sangre para combatirlos. Cuando Mehmet-Alí tomó el poder, nos utilizó y contó con nuestro apoyo. Hoy es un tirano tan cruel como los que hizo ejecutar. Nos ha concedido un derecho de asilo en el territorio egipcio, a nosotros, que somos los hijos inmemoriales de la arena y del viento. Ya que escucha tan gustoso las súplicas de los fellahs, ¿tal vez oirá las de mi tribu?

El asunto se volvía complicado. Los beduinos se lo tomaban todo muy a pecho. Para ellos, la palabra dada no se retira bajo ningún pretexto. La nobleza de mi interlocutor venció mi decisión.

La leyó en mi mirada.

-Venga conmigo hasta nuestro campamento -pidió-. Allí le explicaré mis proyectos.

Fui recibido como un señor en la tienda del jefe de los ababdeh. Tortas de miel, dátiles, higos y té con menta me fueron ofrecidos por dos muchachas silenciosas y vivas como el rayo.

Mi anfitrión esperó a que nos hubiéramos saciado antes de proseguir la conversación.

-Hemos luchado contra los mamelucos. Lucharemos contra el déspota.

-¿Con qué medios? -pregunté, ansioso.

-Con nuestro valor, nuestros sables y los fusiles que nos venderán. Que usted nos venderá.

Estaba sofocado.

-Pero ¡yo no soy un vendedor de armas!

-Eso no es lo que nos han dicho.

-¿Quién se ha atrevido a acusarme de ese modo?

-Esta persona que afirma conocerle bien -dijo el beduino, levantándose y haciendo entrar en la tienda a lady Redgrave.

Acudió corriendo ante mí, ardiente, apasionada.

-¿Qué ha inventado usted, lady Ophelia?

-Estas gentes quieren rebelarse contra el pacha, Jean-François. ¡Su causa es justa! Nos necesitan, necesitan a nuestros dos países, necesitan el apoyo que debemos aportarles. No lo dude más.

El beduino y la espía inglesa me miraban de hito en hito con gravedad.

-¡Es una locura! Sólo soy un egiptólogo, pero puedo asegurarles que van hacia el desastre si intentan enfrentarse a las tropas del pacha. Les aplastará sin piedad, aniquilará la tribu entera. Menosprecian su crueldad. Atribuye la mayor importancia al carácter absoluto de su autoridad y reaccionará con la mayor violencia a la menor amenaza contra su trono.

-Muéstrese tal como es -insistió lady Redgrave-. Ha demostrado mil veces que se interesa por los pobres y los desgraciados. No tiene derecho a abandonar a estos hombres. ¡Proporciónelos, como yo, algo con que luchar y triunfar!

Me encolericé.

-Conque ésa era su misión... provocar la sublevación de las tribus beduinas para derribar al pacha u obligarle a recurrir a Inglaterra... Aunque fuera capaz, nunca me asociaría a ese proyecto criminal. Enviaría a la muerte a familias enteras cuya única verdadera protección es precisamente el desierto, donde los soldados del pacha no se aventuran de buen grado. ¡Quiere destruir un equilibrio frágil para engendrar una tormenta en la que, como siempre, los más débiles serán las víctimas! Es indigno.

-¡No es más que un cobarde! -me soltó lady Redgrave-. Me las arreglaré sola.

Salió de la tienda del jefe de los ababdeh que se había sentado, con las piernas cruzadas, como lo hubiera hecho un viejo escriba. Mi suerte estaba entre sus manos. Una sola palabra suya me condenaría a muerte.

Dio unas palmadas.

Las dos sirvientas volvieron a traer té y golosinas.

-Hay un tiempo para la tempestad -dijo- y un tiempo para la alegría del corazón. Ahora que el camino de mis pensamientos vuelve a estar despejado, disfrutemos juntos de este brebaje de amistad.

Se hizo un largo silencio. No debía romperlo por nada del mundo.

-Lady Redgrave se mostró muy convincente -dijo por fin-. Creo que incluso habría luchado a nuestro lado. Sus sentimientos hacia usted son tan violentos que estaba segura de poder convencerle. Le ha infligido una dolorosa derrota y ha herido su orgullo.

-¿Me he comportado como un cobarde con usted?

-Estas tortas de miel son nuestro más dulce placer. Mi padre, el padre de mi padre y sus antepasados las han saboreado; por la noche, cuando los hombres se callan, cuando el desierto comienza a cantar. Esto está bien. Es la voluntad de Dios. Y es bueno que eso continúe. Mehmet-Alí desaparecerá. El desierto, no. Esta verdad es usted quien me la ha recordado. Ha evitado a mi tribu una gran locura.

No se cambió ni una palabra más. Cuando en la bandeja de plata sólo quedó una torta de miel, la parte de Alá, las dos sirvientas reaparecieron y se quedaron en cuclillas de una y otra parte del acceso a la tienda del jefe. Éste se levantó.

La entrevista había terminado.

Cuando me estaba agachando para salir de la tienda, volvió a tomar la palabra.

-Un don por un don, tal es nuestra ley... Tengo que darle una información. Drovetti ha regresado a Tebas hace varios días. Le espía. Si aprecia su vida, márchese. Pero si quiere impedir que haga algún daño, busque la tumba de las viñas.

Bajo el reinado de los faraones, Egipto había sido una gran civilización de la viña. Los antiguos eran aficionados a grandes cosechas designadas con el nombre de los soberanos y su año de reinado. Saborear un *duodécimo año de Ramsés el Grande* debía constituir uno de los mejores momentos de los banquetes organizados por los nobles tebanos. El Islam había arrancado las cepas, de modo que ya no era posible encontrar una tumba en medio de las viñas. La indicación del beduino demostraba, sin embargo, que conocía su emplazamiento. Como se negaría a hacerme saber algo más, habiendo deliberadamente optado por ponerme a prueba, sólo me quedaba demostrarle mis capacidades de descubridor. En nuestro castillo de Gournah reinaba una temperatura casi constante de treinta y seis grados, auténtica bendición para mi salud. Rosellini la soportaba mal, apreciando el calor de la mañana, suave como un soplo de primavera, así como el viento del norte que se levantaba a menudo a mediodía y por la noche. Afuera, no era raro superar los cincuenta grados, lo cual volvía agotador el examen de las estelas, los sarcófagos y las estatuas que mi discípulo inventariaba con su meticulosidad habitual.

En compañía de Solimán recorría sin descanso la necrópolis. Con los fellahs que encontrábamos, hablábamos en vano de viñas y uvas.

-Así no llegaremos a nada -dijo Solimán-. Debe de tratarse de un panteón que ha sido obstruido tras haber sido saqueado. Preguntemos a los ancianos, pueblo por pueblo. Forzosamente tendrá que haber alguno que se acuerde de un detalle que nos pondrá sobre la pista.

Después de muchos intentos infructuosos, supimos que un anciano de Cheikh Abd el-Gournah, detrás del Ramesseum, tenía ciento diez años y había oído hablar de casi todas las excavaciones clandestinas realizadas en los alrededores -a menos que las hubiera organizado él mismo-. Le encontramos en la orilla del Nilo, donde vigilaba el baño de los niños en un lugar que aseguraba estaba desprovisto de la presencia de los cocodrilos, los cuales todavía se cobraban muchas víctimas. El buen hombre era de lo más lozano, pero también de lo más arisco. Una buena cantidad de tabaco resultó indispensable para hacerle hablar. Con lentitud, pasó lista a sus recuerdos. Sí, existía efectivamente una tumba que contenía restos de viña. Trazando sobre la arena un plano tosco de la necrópolis de Cheikh Abd el-Gournah, nos indicó su emplazamiento aproximado.

El anciano se había equivocado ligeramente. Tuvimos que despejar varias entradas que daban a sepulturas modestas sin decoración, profanadas hacía tiempo. Por fin dimos con la tumba de un noble tebano llamado Sennefer, jardinero jefe del faraón

Amenofis III, y encargado de embellecer los dominios del dios Amón. Una galería en pendiente muy empinada llevaba hasta el panteón, una sala de gran tamaño con pilares cuadrados. Por todas partes, una decoración admirable donde se veía el difunto y su esposa, una magnífica mujer joven cuya mirada me recordaba la de lady Ophelia, celebrando actos rituales que aseguraban su supervivencia.

Alzando los ojos hacia el techo que iluminaba Solimán, vi que habíamos alcanzado nuestra meta: ¡el cielo de aquella tumba era una exuberante bóveda en cañón con una viña de racimos negros! Sennefer y su mujer, que hacían surgir de la tierra el sarmiento principal, vivían en un paraíso de uvas jugosas, de pámpanos y entrelazamientos de hojas de viña.

El espectáculo de la antecámara era, desgraciadamente, menos alegre. Bandas parduscas, huesos rotos, madera de sarcófago casi reducida a polvo... Aquellos indicios confirmaban plenamente mi primera hipótesis. Y agradecí interiormente al jefe beduino que me hubiera proporcionado la prueba que todavía me faltaba.

-Será una dura batalla -dije a Solimán-, pero intentaremos ganarla.

De vuelta al castillo de Gournah, me recibió un Rosellini cabizbajo.

-Tengo que darle una muy mala noticia, maestro..., una carta de París que me estaba dirigida para evitar un choque demasiado brutal.

Me quedé lívido. Enseguida pensé en mi hija, en mi hermano.

-¡Hable pronto, Ippolito!

-Su candidatura a la Academia acaba de ser rechazada por sexta vez... Han elegido a un tal señor Pardessus.

Prorrumpí en risas.

-Me han puesto por debajo de Pardessus¹... eso no me sorprende. Me hubiera halagado ser llamado a la Academia cuando mis descubrimientos todavía eran discutidos de buena o mala fe, poco importa. También me hubiera halagado que se acordaran de mí cuando perfeccionaba mis estudios y empezara una magnífica cosecha en medio de las ruinas de Tebas. Hubiera considerado mi nominación como una especie de recompensa nacional; han juzgado oportuno negarme esa satisfacción. Así es que a partir de ahora ya no daré ni un paso hacia ella y cuando la Academia me llame, estaré tan impaciente por ocupar el asiento como puede estarlo un bebedor exquisito ante una botella de champán echado a perder desde hace seis meses. Hasta el agua del Nilo inspira asco cuando ya no se tiene sed. Que Dios le dé paz y misericordia.

-También hay una noticia mejor -prosiguió Rosellini-. Un regalo del pacha traído por un emisario especial.

Mi discípulo me entregó un sable de oro de un peso considerable. Lo cogí sin decir palabra y me encerré en mi habitación.

Las veladas de Gournah me encantaban. Ninguna pluma sabría evocar con el color y la ternura suficientes el esplendor del cielo nocturno por encima de la llanura.

Sin embargo, aquella noche no había saboreado la paz habitual inscrita en el corazón del silencio que me regeneraba. La Academia, la ciencia oficial y sus borricos mucho menos útiles que los de Egipto, el sable del tirano, aquello era demasiado...

La llama de la rebeldía, que había avivado mi juventud, me animó de nuevo.

Empecé por redactar un informe destinado a Mehmet-Alí, amo todopoderoso de Egipto. Sabiendo que los antiguos representaban a veces su país bajo la forma de una vaca, el pacha no vacila en ordeñarla y agotarla sin piedad. He aquí lo bueno y hermoso producido por los nobles consejos de Drovetti. Expuse mis quejas detalladamente.

¹ *Par dessus* significa por encima en francés

¿Cuántas veces mi expedición había encontrado su camino totalmente barrido porque unos monumentos faraónicos de la mayor importancia habían sido destruidos y arrasados casi bajo nuestras propias narices?

Y citaba la lista, y recurría a la sabiduría infinita del pacha para preservar el inmenso patrimonio que todavía subsistía, pero que pronto podía ser aniquilado. Las piedras sufrían, los hombres también. Protesté contra la atroz miseria de los fellahs, suplicando que fueran alimentados y educados para que su miserable pueblo saliera por fin de aquella esclavitud que no tenía nombre.

Había que combatir los verdaderos enemigos de Egipto, a saber, los destructores de templos, los buscadores de salitre, los constructores de azucareras, los saqueadores de tumbas, la inundación demasiado fuerte, la ignorancia de los fellahs y los coleccionistas de antigüedades. Mi informe sería enviado al amanecer al palacio de Mehmet-Alí, y no dudaba que lo esperaría sin demora. Mi hermano Jacques-Joseph me habría recomendado ser más prudente con mis palabras, para salvaguardar mi seguridad, pero ésta no me importaba en absoluto.

En mi exaltación, hice el balance de mi acción de conservador y de sabio. No he olvidado el museo egipcio del Louvre en mis exploraciones, ese museo que me ha sido confiado sin que se me ofrecieran medios decentes de desarrollarlo. Sin embargo, he recogido monumentos de todos los tamaños, y los más pequeños no serán los menos interesantes. En cuanto a los objetos de gran volumen, he escogido entre miles, tres o cuatro momias notables por sus adornos particulares, o llevando inscripciones griegas; luego, el más hermoso bajorrelieve coloreado de la tumba de Seti I, en el Valle de los Reyes. Es una pieza capital que equivale ella sola a una colección. Me ha dado muchas preocupaciones y seguramente me costará un pleito con los ingleses de Alejandría, que pretenden ser los propietarios legítimos de la tumba. A pesar de esta bonita pretensión, una de dos: o mi bajorrelieve llegará a Toulon, o irá al fondo del mar o del Nilo, antes que caer entre manos extranjeras. Ya lo he decidido. He adquirido en El Cairo el más bello de los sarcófagos presentes, pasados y futuros; es de basalto verde y está, interior y exteriormente, cubierto de bajorrelieves, o mejor dicho, de camafeos trabajados con una perfección y una delicadeza inimaginables². Es todo lo más perfecto en este género que uno pueda imaginarse; es una joya digna de adornar un camarín o un salón por lo fina y preciosa que es su escultura. La tapa lleva, en semirrelieve, una figura de mujer admirablemente esculpida. Esta sola pieza me desquitaría ante la casa real, no con respecto al reconocimiento, sino desde el punto de vista pecuniario; pues este sarcófago, comparado con los que han costado veinte y treinta mil francos, vale seguramente cien mil. El bajorrelieve y el sarcófago son los dos objetos egipcios más bellos enviados a Europa hasta ahora. Aquello debía por derecho venir a París y seguirme como trofeo de mi expedición. Espero que se quedarán en el Louvre en memoria mía para siempre.

Cuando se levantó el viento fresco del amanecer, me cubrí con un abrigo de lana y salí del castillo, caminando hasta la linde del bosque. A lo lejos, una caravana marchaba hacia el sur.

Una forma blanca, a caballo, se dirigió hacia mí, levantando pequeñas nubes de arena.

Lady Redgrave, con la cara crispada, se detuvo a mi altura.

-Le gusta ganar en todos los terrenos, Champollion... ¡dése por satisfecho! Mi tío Thomas Young acaba de morir, en Londres, el 10 de mayo de 1829. Ha trabajado en su diccionario jeroglífico hasta el final. Su lápiz cayó al suelo cuando exhalaba su último suspiro. ¿Contento?

² Conservado en el museo del Louvre.

-¿Cómo podría alegrarme la desaparición de un investigador? -respondí con la voz quebrada por la emoción-. Me habría gustado tanto verle y explicarle por qué se equivocaba.

-No se equivocaba. ¡Es usted quien está equivocado! La posteridad le habrá olvidado hace mucho cuando celebrará la fama de Thomas Young, ¡el auténtico descifrador de los jeroglíficos!

Volvió grupas y se marchó galopando hacia el levante.

Estábamos desayunando cuando Solimán vino a avisarme de la presencia de una escolta de soldados turcos, dirigida por un oficial que se valía de la recomendación del pacha. Me convidaban a acudir sobre la marcha a uno de los palacios tebanos de Mehmet-Alí donde acababa de llegar.

-¿Qué significa esto? -se inquietó Rosellini-. ¿Por qué le convocan tan precipitadamente?

-Problemas domésticos -contesté, falsamente relajado-. Si... si no regresara, avise a las autoridades francesas y vuelva a Europa sin más tardar.

Rosellini se quedó boquiabierto mientras yo salía de nuestro comedor de Gournah para echarme a las garras de Mehmet-Alí.

Nunca la expresión *gallear* se había aplicado mejor que a mí mismo, el señor Jean-François Champollion, que intentaba pavonear penetrando en los apartamentos privados del pacha de Egipto cuando estaba temblando interiormente como un álamo azotado por el viento.

Mehmet-Alí estaba sentado en un sillón con respaldo alto que le confería una estatura imperial. Fumaba una larga pipa de ámbar y acariciaba su abundante barba blanca, tallada con cuidado. Estaba inmóvil, como una fiera acechando su presa.

-Permítame, su beatitud, que le agradezca su magnífico regalo.

-He leído su informe con mucha atención, señor Champollion. Describe muchos hechos extraños.

Contrariamente a las costumbres de la cortesía oriental, el pacha entraba directamente en el meollo del asunto. Era mala señal. El virrey olvidaba sus cualidades de diplomático en beneficio de las de jefe de guerra.

-Habla de templos destruidos, arrasados... ¿No se trata de falsos rumores? ¿Estos estragos no son más bien la obra del tiempo?

-No, su beatitud. Estos graves acontecimientos se han producido bajo su reinado. Santuarios tan considerables como los de El-Kab, Antinoe o Contralatopolis han desaparecido totalmente por culpa de iconoclastas y profanadores. Era mi deber hacerle saber estos hechos deplorables que son imputables a esos bárbaros. Por supuesto, sólo pueden haber actuado sin saberlo usted.

-Por supuesto -repuso con frialdad.

-En mi informe -proseguí-, tiene por fin una información clara y completa. Ahora, su beatitud, hay que actuar con firmeza. Su honor de jefe de Estado está en juego, lo mismo que su fama en el mundo entero. Prométame que protegerá los monumentos que aún subsisten, que impedirá que sufran nuevas degradaciones.

Mehmet-Alí meneó la cabeza de un modo ambiguo. Me era imposible seguir insistiendo.

-Hábleme de Ramsés el Grande -pidió con tono seco.

Dominando mi sorpresa, me lancé en una descripción del reinado de este sorprendente faraón, recordando el increíble número de monumentos que había erigido o restaurado. Evoqué el formidable estado de progreso de las ciencias y las artes que el

Antiguo Egipto había alcanzado. Cuando estaba hablando de la cartografía, el pacha me interrumpió.

-¿Podría establecerme un mapa detallado del Egipto de los faraones? Facilitará la vigilancia de los emplazamientos.

-Lo pondré a punto lo antes posible, su beatitud.

-No se ha encerrado en los límites del pasado, señor Champollion... Su informe insiste mucho sobre la condición de los fellahs, como si yo fuera responsable de su miseria.

-Yo no he escrito eso, su beatitud. El pueblo debe recibir una educación que sólo usted puede dispensarle. Los mamelucos le han sumido en la pobreza y la desgracia. Le corresponderá ser el soberano que pondrá fin a esta injusticia.

El pacha fumó largamente, guardando silencio. Luego, una sonrisa maliciosa animó su cara:

-Entonces, ¿Ramsés ha sido realmente el mayor de todos los faraones?

No sé qué intervención divina me impidió estrangular a aquel tirano hipócrita. Consciente de la rabia que me invadía, se divertía.

Baluceando una fórmula de cortesía apenas inteligible, me despedí.

Cuando llegué al castillo de Gournah, estaba todavía muy agitado por los efectos de aquella ira contenida. Fue brutalmente reemplazada por la mayor angustia al ver a varios sirvientes agrupados delante de la entrada principal.

Tuve que empujarles para poder entrar.

Lo que vi me heló la sangre.

Ippolito Rosellini estaba tendido en el suelo de tierra batida, con los ojos en blanco. El profesor Raddi, inclinado sobre él, intentaba hacerle beber una poción.

-Ha sido picado por un escorpión -explicó el mineralogista.

Me arrodillé, alarmado.

-Ippolito...

-Vivirá -diagnosticó el profesor Raddi-. Pero no le aseguro una salud perfecta para los años venideros. Ayúdeme a llevarlo a su cama.

-¿Dónde está Solimán?

-Se fue a buscar al curandero. Entre los dos sacaremos a su discípulo de este trance.

Rosellini permaneció inconsciente dos días y dos noches, durante las cuales no pude dormir ni un minuto. Por fin, a pesar de un aspecto espantoso, un cuerpo destrozado y doloroso, volvió entre nosotros. El profesor Raddi y el curandero, gracias al magnetismo y a la ciencia de las hierbas, habían realizado un milagro. Rosellini, después de haberse alimentado un poco, se sumió en un sueño reparador.

-Debería imitarle -sugirió el mineralogista-. Ha superado los límites del agotamiento.

-Usted mismo ha gastado tanta energía para curarle...

-Eso ya no tiene la menor importancia, Champollion. Mi colección de minerales está terminada. Conozco la historia de la tierra y podría escribirla, pero ya no me interesa, desde que he descubierto las mariposas. Son tan suaves, tan llenas de color, tan frágiles... Hice mal en cazarlas. Tenía que haberme contentado con observarlas. Desperdiciamos la vida, somos culpables de ligereza ante este mundo que nos asombra. El desierto, Champollion, ésa es la auténtica sabiduría, el auténtico amor... El gran viaje es marcharse al desierto con el viento como compañero.

Temiendo comprenderle demasiado bien, me coloqué delante de la puerta principal de nuestro castillo.

-No intente retenerme, Champollion... ya sabe que sólo obro a mi antojo, como usted. ¿Quién podría preocuparse todavía por un viejo loco? Ya no tengo ataduras, ni familia, ni patria desde que conocí el desierto. Me llama, me llama con tanta fuerza...

-Quédese aquí esta noche, profesor. Estamos demasiado cansados, usted y yo, para tener una larga entrevista. Mañana por la mañana hablaremos de ello. Tengo muchas cosas que decirle.

El profesor Raddi se tumbó sobre una estera y se durmió en el acto. Resistí al sueño todo lo que pude, pero mis párpados me traicionaron y también me dormí.

Solimán me despertó.

Me levanté sobresaltado y vi que el lecho del profesor Raddi estaba vacío.

-Se marchó antes del amanecer -explicó Solimán,

-¿Te dijo dónde iba?

-Hacia el Delta, por el desierto.

-¡Y no le retuviste!

-Nadie puede impedir que un ser vaya hacia su Oriente.

Nunca volvimos a ver al profesor Raddi. Nadie encontró su cuerpo.

Un hombre bajo y rubicundo, vestido con un traje europeo, solicitó la entrada en el palacio de Gournah cuando Rosellini y yo estábamos desayunando en el más absoluto silencio. Mi discípulo se reponía mal de su picadura de escorpión. Gemía y se quejaba de dolores difusos que le impedían reflexionar y trabajar correctamente. La desaparición del profesor Raddi no le había afectado en absoluto. Se declaraba incluso feliz de estar sólo conmigo, entre egiptólogos, a la cabeza de equipos de obreros cumpliendo con un programa de excavaciones cuyo desarrollo vigilaba con lupa.

Solimán introdujo al visitante.

-¿Señor Champollion?

-Yo mismo.

-Soy el secretario particular del señor Mimaut -anunció el hombrecito con énfasis, como si estuviera hablando del Papa o del rey de Francia.

Mi ausencia de reacción le decepcionó profundamente.

-Muy bien -le dije-, pero ¿quién es ese personaje?

Nuestro huésped, ofendido, se engalló.

-El señor Mimaut es el sucesor de Bernardino Drovetti.

El cielo de Tebas cayó sobre mi cabeza.

-Pero... ¿desde cuándo?

-La decisión fue tomada el 5 de enero. Se le envió una carta a Alejandría.

-Nunca la recibí.

-¡Es imposible! ¡Se trataba de un documento oficial dirigido al cónsul general Bernardino Drovetti, que tenía por misión hacérsela llegar! Se impone una investigación administrativa de inmediato.

-¿Estaba el pacha al corriente de esta mutación?

-Por supuesto -contestó el secretario-. Incluso fue él quien sancionó a Drovetti, con el cual, sin embargo, estaba en excelentes relaciones antes de su llegada a Egipto. Mehmet-Alí ha sabido que el cónsul general ha tramado muchas intrigas contra usted, sobre todo en lo que concierne a las autorizaciones que tenía que darle sin demora. Lo mismo ha ocurrido con el dinero destinado a las excavaciones. Esos diez mil francos solicitados hace dieciséis meses para las excavaciones en Tebas y bloqueados por Drovetti, se los traigo hoy.

Rosellini olvidó el calor, el cansancio, los escorpiones y los dolores. Me invadió una deliciosa sensación de triunfo. Pero, por desgracia, no duró mucho, ya que las consecuencias de este cambio inesperado eran inquietantes.

-Entonces, Drovetti sabe desde hace varios meses que va a ser sustituido...

-El antiguo cónsul general -indicó secamente el hombrecito- es un hombre apasionado. Ha protestado contra esta decisión que se ha visto obligado a aceptar con mucha amargura. Sin embargo, ha manifestado su buena voluntad aceptando, durante varios meses, desempeñar un oficio del cual ya no era titular, permitiendo así al señor Mimaut tomar tranquilamente sus disposiciones. Este período de transición está llegando a su término.

-¿Sabe dónde se encuentra Drovetti?

-Aquí mismo, en Tebas, de donde se irá esta noche o mañana con un imponente cortejo.

-¿Ha verificado su equipaje?

El hombrecito se indignó.

-¿Cómo se le ocurre, señor Champollion? Bernardino Drovetti es diplomático. Puede ir y venir a su antojo, y llevarse lo que le parezca.

-Justo lo que me temía. ¡Sólo me quedan unas horas para poner fin al tráfico más abominable!

Dejando al emisario y Rosellini estupefactos, me precipité fuera, con Solimán pisándome los talones.

-Hay que intervenir cuanto antes -dije-. Vayamos rápidamente a la necrópolis de Cheikh Abd el-Gournah.

-Coja esto -sugirió tendiéndome un fusil.

-No sé utilizarlo. Pida a dos hombres de confianza que nos acompañen.

Esta vez nuestros burros tuvieron que forzar la marcha. Al llegar a la colina donde estaban excavadas las sepulturas, no sentía ningún temor. Creía saber lo que iba a descubrir, sacando a la luz el abominable secreto de Drovetti. Pensaba que con mi sola presencia evitaría toda violencia.

Hice que mi pequeña tropa se detuviera al pie de la colina perforada por numerosos agujeros que antaño habían contenido tumbas, hoy vaciadas por los saqueadores. Normalmente, ninguna presencia humana poblaba aquel lugar devastado.

-¡Allí! -indicó Solimán.

Una silueta fugaz acababa de penetrar en una tumba a media pendiente.

-Vayamos allí.

-Déjeme ir a la cabeza -pidió Solimán-. Estaría usted demasiado expuesto.

Avanzamos de frente hacia el oscuro orificio que habíamos localizado. Se trataba de la entrada de una auténtica gruta a la cual se accedía por un subterráneo en pendiente empinada. Sin duda alguna, una hermosa y amplia tumba de un gran personaje tebano, saqueada desde hacía tiempo. Apenas entramos en la galería, casi nos alcanzó una pedrada.

Solimán se encaró y disparó un tiro que desencadenó un gran barullo en las profundidades de la tumba.

Tuve que explicar a los dos árabes que nos acompañaban, también armados, que allí no había ni genios ni espíritus malignos, sino ladrones de la peor especie.

Accedimos corriendo a una primera sala de dimensiones bastante amplias. El espectáculo que agredió nuestros sentidos, tanto la vista como el olfato, era tan horrible que tuve que hacer barrera con mi cuerpo para impedir que nuestros acólitos escaparan corriendo.

Más de veinte momias, unas alzadas contra la pared, otras tumbadas en el suelo, formaban la más macabra de las asambleas. Algunas estaban todavía envueltas en sus vendas, pero la mayoría, con las carnes negruzcas, estaban más o menos descompuestas, cabezas, manos y pies yacían en unos cestos.

-Éste es el negocio de Drovetti y de su banda -dije a Solimán, dominando mal mi emoción-: vender a los aficionados carne de momia. Este cargamento tenía que irse con él a Europa. Comprendes por qué quería alejarme de Tebas a toda costa e incluso había deseado mi desaparición. Presentía que descubriría sus crímenes cometidos contra los antiguos egipcios.

Solimán, normalmente tranquilo, perdía su calma.

-Pensaba que este tráfico maldito había sido interrumpido...

-Conoció sus mejores momentos en los siglos XVI y XVII -expliqué-. La gente creía en las virtudes medicinales de la carne de momia. Los campesinos las desenterraban y las llevaban a El Cairo y a Alejandría. De allí, unos traficantes hacían llegar su mercancía a Europa, ya fuera en momias enteras o en trozos. Cuando escaseaban las momias, se fabricaban asesinando a algunos fellahs.

-Hay que detener a los miserables que se dedican a esas prácticas. ¿Por dónde han ido?

Bastaron algunos minutos para despejar la entrada de un pasadizo muy estrecho disimulado apresuradamente con unas piedras. Ya estaba avanzando por él, medio asfixiado por el polvo, cuando Solimán me retuvo por la cintura.

-Ahora me toca a mí hacer frente, por una vez. Estoy armado.

Me empujó sin contemplaciones y empezó el penoso descenso. Otras momias habían sido depositadas en el pasadizo. Al pasar y al apoyarnos en los cadáveres, las hacíamos polvo. Nuestros rostros entraban en contacto con los de viejos egipcios muertos desde hacía siglos. Una cabeza rodó bajo mis pies.

De pronto, un doble disparo.

Solimán se derrumbó ante mí.

Con dificultad, le agarré por los hombros y le subí hacia la sala superior. Enfurecidos por la herida de su jefe, los dos árabes penetraron a su vez en el estrecho pasadizo.

Tumbé a Solimán en el suelo. Su pecho estaba ensangrentado. Respirar le resultaba terriblemente doloroso.

-No intente... tranquilizarme... Fue bueno, Champollion. .. bueno tener un hermano... como usted.

Solimán murió en mis brazos con la sonrisa en los labios. Estaba demasiado dolorido para llorar. El egipcio que más había querido había muerto por mi culpa.

Sosteniendo el cadáver de Solimán, rodeado por los dos árabes que guardaban silencio, permanecí postrado un tiempo infinito. Mi espíritu vagaba por un mundo sin formas. Curiosamente, las momias me aferraron a la certeza de la resurrección. Eran los testigos de una vida futura, en la cual el alma de Solimán entraría en plena gloria.

Los dos acólitos, en cuanto vieron que recobraba la conciencia, me pidieron permiso para bajar a la parte más profunda del panteón. Allí donde se encontraban los restos mortales del que Solimán había matado.

No era Drovetti sino su fiel intendente, Moktar, que le había servido hasta la muerte.

El pacha había dejado Tebas por Alejandría. Mi intervención ante su representante fue inútil. Me prometió, por supuesto, abrir una investigación sobre los bandidos en fuga empleados por Drovetti, el cual ya se había marchado hacia El Cairo.

Me fue imposible contactar con el secretario del señor Mimaut, que también había regresado a la capital. ¿De qué podía quejarme? Disponía por fin del dinero necesario para emprender excavaciones serias, mi discípulo se encontraba a mi lado, Drovetti ya no me molestaría de ninguna manera... La muerte de un sirviente sólo era un incidente sin importancia, barrido por el viento del desierto.

Nadie sabía que lloraba a un hermano, un ser que había velado por mí durante toda la expedición, que me había dado su existencia para que pudiera transmitir lo que los dioses me habían ofrecido.

La noche que precedió al entierro de Solimán no dejé de trabajar en mi diccionario y mi gramática. Era el mejor homenaje que me sentía capaz de rendirle.

La ceremonia fúnebre comenzó poco después del amanecer, para evitar los ardores del sol. Quise que los restos mortales fueran velados en la gran sala del castillo de Gournah, en aquella humilde morada donde habíamos vivido tan felices.

Un grupo de plañideras se presentó ruidosamente en el umbral. Con tierra sobre los cabellos, se golpeaban el pecho y soltaban gritos a un ritmo de encantamiento, esperando espantar las fuerzas destructoras de la muerte. No estando presente ningún miembro de la familia, Rosellini y yo desempeñábamos esta función. Nuestro papel, contrastando con el de las plañideras, consistía en permanecer inmóviles y serenos. Dos celebrantes desvistieron el cadáver, lo lavaron con cuidado y lo envolvieron en una sábana de una blancura absoluta. Un ulema recitaba unas oraciones extraídas del Corán. Los momificadores modernos colocaron luego los restos mortales en una caja de madera, sin tapa, y los cubrieron con un chal rojo. Después me pidieron que rompiera el sello de Solimán, el cual servía para su firma, ahora inútil en el mundo de los humanos.

La procesión se organizó, encabezándola unos niños que la ocasión divertía. No había que ofuscarse por ello. La muerte, en Oriente, se lleva de blanco. A la pena de la desaparición de un ser querido se sobrepone la alegría de saber que se encuentra en el paraíso. Los oficiales esparcieron agua de rosas e incienso sobre el cadáver. ¿Sabían que en antiguo egipcio la palabra «incienso» es sinónimo de «regreso divino»? Provisto así de un olor de santidad que le permitiría pasar sin obstáculos por las puertas del otro mundo, mi Hermano Solimán fue llevado a paso veloz a su última morada, mientras las plañideras, rociándose de polvo, desencadenaban una tempestad de aullidos.

El cementerio era de lo más humilde: unas pocas piedras sepulcrales agrupadas cerca del pueblo, expuestas a pleno sol. Sin perder un segundo, como si la muerte tuviera prisa por usurparnos el aspecto material de Solimán, su cadáver fue sacado de la caja de madera y puesto en tierra, con la cabeza hacia el sur. El celebrante tapó la sepultura con piedras y arena, recomendando al muerto que se preparara a responder correctamente a los dos ángeles que le recibirían al otro lado, haciéndole un interrogatorio que decidiría su último destino, infierno o paraíso. Escuchando aquellas palabras, ¿cómo no pensar en mi querida religión egipcia que se encontraba así prolongada y vivida?

Las plañideras y el celebrante se callaron. La miserable necrópolis volvió al silencio. Los pobres se acercaron. Los aldeanos y yo mismo les distribuimos pan y dátiles, en recuerdo de los antiguos banquetes familiares que se celebraban en las capillas mismas de las tumbas, uniendo de un modo indisoluble los vivos y los muertos.

Cuando me quedé solo, deposité una palma y una caña sobre la sepultura de mi Hermano.

¿Ilusión de los sentidos? Creí ver su alma emprendiendo el vuelo bajo la forma de un pájaro, con sus grandes alas desplegadas, que subió derecho hacia el sol, a una velocidad pasmosa, y se fundió con él.

Una joven árabe se acercó, depositó un lirio sobre la tumba. Su rostro estaba oculto tras un velo. La silueta me permitió identificar a lady Redgrave.

-Tengo que marcharme de Egipto, Jean-François. Me han denunciado al pacha. ¿Y si también usted pensara en el regreso?

-¿El regreso?

-No va a pasar el resto de su vida aquí. Yo sabré hacerle volver si me quiere un poco...

Aquellas palabras me destrozaron. Había sabido despertar en mí la pasión, pero acababa de oponerle otro amor.

-¿Sabe usted lo que es el exilio, lady Ophelia? ¿Conoce el intolerable sufrimiento de estar alejado de su país natal, de la tierra donde se desea vivir cada hora

de su existencia? He padecido este exilio durante casi cuarenta años. He tenido que esperar tantos días para volver a mi patria, a Egipto. Puede que me tome por un loco, pero aquí es donde yo nací. Mi verdadero país está aquí. Aquí me encuentro tan bien... todas mis preocupaciones de salud desaparecen. Una energía nueva, inagotable, me anima. Me siento capaz de todas las hazañas, de vencer todos los cansancios. Este sol, que brilla todos los días del año, alimenta mi alma y mi cuerpo. Si dejo este suelo y me alejo de estos monumentos, me muero.

Lady Ophelia lloraba.

-Por culpa suya lo habré perdido todo...

-No lo creo, Ophelia. Conmigo no habría conocido nunca la felicidad que espera. Egipto es una amante demasiado exigente.

-Deje que yo lo juzgue sola, Jean-François Champollion.

El 1 de agosto de 1829, Rosellini y yo decidimos marcharnos del castillo de Gournah, donde habíamos vivido tantas horas felices, para instalarnos en la orilla este, en el recinto mismo del gigantesco Karnak. Después del universo de las tumbas, después de tantas partidas y abandonos, necesitaba el templo de los templos para vivir una nueva serenidad.

Instalé nuestro nuevo cuartel general, como habría dicho L'Hote, en el templo tolemaico dedicado a la diosa Opet, cuya función secreta, según los textos gravados en las paredes, era servir de matriz celeste para resucitar a Osiris, considerado como un nuevo sol.

Aquel pequeño santuario resultó un alojamiento de lo más cómodo, con sus corredores que daban a distintas habitaciones y una sala de columnas alargada. Los cocineros y los criados se instalaron fuera, bajo sus tiendas.

Vivir en un templo, ¿puede haber un sueño más hermoso para un egiptólogo? El frescor que reinaba allí, el recuerdo tan tangible de la presencia de los iniciados, el poder mágico de las fórmulas sagradas que nos rodeaban eran de lo más propicios al trabajo y a la investigación. Mi única contrariedad consistía en un sentimiento nuevo que experimentaba con respecto a mi discípulo, una especie de desconfianza que, sin embargo, no solía sentir con las personas. La pasión del sabio era innegable, pero endurecía la sensibilidad del ser profundo. Cómo añoraba la fraternidad silenciosa de Solimán, el calor de L'Hote, la sabia locura del profesor Raddi, e incluso la fe angustiada del padre Bidant... Sus sombras daban vueltas en la penumbra del templo donde también veía, demasiado a menudo, la sonrisa de una mujer que se confundía con la de Isis.

El mundo de Karnak es el más inagotable que pueda concebirse. Los egipcios lo llamaban con razón el cielo sobre la tierra. Este templo es, en realidad, una ciudad sagrada compuesta por varios barrios, un organismo vivo que nunca dejó de crecer. Ningún arquitecto ha terminado esta obra de construcción donde los constructores de mañana trabajarán durante varios siglos para restaurar los monumentos, enderezar las columnas derribadas, reparar los pilones, hacer resurgir bellezas ocultas bajo la arena, los desechos y la ignorancia humana.

Acabo de enterarme de que monseñor el arzobispo de Jerusalén ha juzgado oportuno condecorarme con la Cruz de Caballero del Santo Sepulcro; de que los diplomas han llegado a Alejandría, donde podré retirarlos mediante los derechos de usos fijados para mí en cien luises cada uno. Parece ser que en las orillas del Cedrón ignoran que los eruditos de la orilla del Sena no son unos adinerados y que la rueda de la fortuna no gira a su favor si no son industriales, aunque sólo sea un poco. Por tanto, ¡por mucho que me entusiasme la idea de ostentar la cruz de caballero para luchar contra los infieles, debo renunciar a ese honor y contentarme con haber sido juzgado digno de obtenerla! La pobre erudición no tiene por qué soportar las cargas del mundo.

Estaba terminando un capítulo de mi gramática, sentado en el fondo del templo, cuando Rosellini, muy seco, casi con afectación, solicitó hablar conmigo.

-Maestro -dijo-, he tomado una decisión importante. Ya no puedo trabajar correctamente en estas condiciones. Tengo que volver a Italia y empezar a organizar allí

un museo. El viaje será largo y penoso. Seguramente se romperán o se perderán objetos. Me espera una tarea importante, y mi salud no es buena. El éxito de una expedición como ésta depende primero de la explotación científica de los resultados obtenidos sobre el terreno. Si no, sólo habrá sido un paseo de recreo.

-Un paseo en el que han muerto hombres, Ippolito, y en el que otros han visto cumplirse su destino.

-Esos detalles no me conciernen.

-Es usted libre de hacer lo que le plazca.

Rosellini estaba a punto de salir del santuario cuando cambió de opinión y volvió la cabeza.

-Una última pregunta, maestro: ¿ha logrado realmente descifrar los jeroglíficos?

-Eso creo, y aportaré la prueba de ello.

-¿Por qué, en ese caso, no me ofreció la totalidad de las claves que posee?

¿Cómo habría podido responder, a no ser que mintiera, lo cual me repugnaba, o acusara su personalidad, lo cual no hubiera admitido ni comprendido? Fui incapaz de pronunciar una sola palabra. Dios sabe cómo interpretó mi silencio.

Por tanto, me encuentro aquí solo, con mis obreros, los fellahs y Karnak. Los escribas ensalzaban tan bien aquella benignidad del dominio de Amón y de sus campos que me perdí en ellos, feliz, un día entero, abandonando mis queridas piedras para mezclarme con los campesinos. En los campos, donde las mujeres se pasean sin velo y los niños juegan desnudos, se divertieron con mi presencia y tuve muy buen recibimiento. Lo cierto es que ya no tenía nada de europeo y que hablaba la lengua de aquella gente sencilla que repetía gestos milenarios, arañando la tierra, sembrando, regando, cosechando, apacentando los rebaños, viviendo en compañía de los camellos, los burros, los búfalos y de sus vigilantes perros amarillos o negros que, dormidos bajo el sol caliente del mediodía, sabían guardar tan bien las aldeas por la noche. Sentado en el brocal de un pozo, en medio de los cultivos, me concedí unas gratas horas de meditación. Muy cerca de mí, bajo un tamarisco, una madre había tumbado a su bebé sobre una alfombra descolorida y jugaba con él. Así aprendí el calor del cielo, la respiración de la tierra cantando su amor por el Nilo, la transparencia de los humanos abandonándose al ciclo de las estaciones. Quisiera abandonarme al placer de no hacer nada y no pensar en nada, pero no...; debemos seguir torturándonos hasta la muerte, trabajando para extraer lo mejor de nosotros mismos, como si este paso por la tierra fuera irrisorio con respecto a la eternidad.

Parece como si mi vida transcurriera en medio de los muertos, removiendo el viejo polvo de la historia. Pero muchos de estos trabajos e investigaciones me ponen en contacto con seres que viven una vida eterna... No hay tantos vivos a mi alrededor. La masa sólo se imagina que existe, cuando ya sólo es, como yo mismo, una sombra devorada por el tiempo.

Cuando vi que los rebaños regresaban, caminando por la llanura verde que bordeaba los campos dorados, creí que había soñado. ¿Era ya la noche que se anunciaba? El viento del norte se levantó, animando el follaje de bosquecillos oscuros formados por las palmeras. La suavidad inefable de aquella brisa penetraba en todo el cuerpo. Salí poco a poco de mi torpor, viviendo esa resurrección del final del día. El verde, cada vez más denso, se oscureció. El calor se disipó, abandonando su violencia para convertirse en caricia sobre la piel. Las colinas perdieron su sequedad para enrojecer bajo los rayos del sol que declinaba.

El cielo explotó en decenas de colores extendidos en grandes pinceladas. Los pájaros volaban en unos surcos de naranja y azul, granate y violeta. A su canto se unían

los de los marineros en el río, los fellahs sacando todavía agua, las mujeres volviendo a la aldea. El Nilo celeste y el Nilo terrestre pronto iban a confundirse en un mismo camino hacia el más allá. El paisaje de este mundo se borraba para dejar que lo reemplazara el del alma. Había llegado el momento para mí de regresar al interior del templo de Karnak y vagar por sus galerías.

Los vigías se subían a unas columnas del limo del Nilo para vigilar las aldeas. Acacias, mimosas, palmeras, cebadas y trigos se hundían en la penumbra, disfrutando del frescor nocturno, esperando el milagro de una nueva mañana que tal vez les ofrecería el sol, si lograba vencer el demonio de los abismos subterráneos.

La paz de Atoum, luz secreta del poniente que es la del origen de la vida, se extendía sobre todas las cosas. Apenas se percibía todavía en el aire de la noche el chirrido de un chadouf, emitiendo una queja melancólica. Cuando franqueé el gran pilón de acceso al templo, el sol se había puesto, pero unas luces extrañas llenaban el cielo, procedentes de un horizonte oculto. Una sombra de noche que emanaba de occidente se desplegaba como una bufanda irisada sobre el río que ofrecía al poniente los últimos reflejos plateados.

Era en el interior del santuario donde había que buscar ahora la luz que iluminaría las tinieblas y conduciría a la obra al-química que se estaba llevando a cabo en las profundidades para gestar un nuevo sol. Entonces se desplegaba el manto de estrellas que brillaban con aquella luz cálida que no poseían en ninguna otra parte.

Recorrí la sala de fiestas de Tutmosis III, donde los faraones eran iniciados a su función, y subí la escalera que conducía al observatorio donde los astrólogos descifraban las leyes del cielo. Gracias a las constelaciones, hacia las cuales volaban las golondrinas, llevándose con ellas el espíritu de los antiguos reyes, el misterio permanecía visible. En el corazón del lapislázuli de la noche, elevaba el alma como una embriaguez alegre, llevándosela en un baile aéreo hasta la Vía Láctea.

Karnak ha cumplido con más de lo que prometía. Me dejé penetrar por la serenidad de sus piedras, decidido a pasar la noche sobre el tejado del templo de Khonsou, cuando un hombre, surgiendo del campo de ruinas como un fantasma, se dirigió hacia mí.

¿Era la muerte? ¿Era el comendador de *Don Giovanni* de Mozart, que venía a invitarme al banquete del otro mundo?

Caminaba a paso regular. Gracias a la luz lunar, pude ver que tenía en la mano derecha una especie de raedera de tres dientes. Se arrodilló delante de la entrada del templo de Khonsou y se prosternó varias veces, saludando una divinidad oculta en la noche. Luego se levantó y vino a sentarse a mi lado.

-Bonita noche -dijo-, tan tranquila, tan suave... Soy el jardinero de Karnak. Vengo a raer el pie de las plantas, alrededor del lago sagrado, mientras el sol duerme. De día, hago pequeñas flautas con las cañas y toco para que las flores no se mueran. Mi bisabuelo, mi abuelo y mi padre eran jardineros. Ellos me han enseñado los secretos del oficio. Yo se los enseñaré a mi hijo.

La voz era grave, hechicera. Había interrumpido mi reflexión justo cuando tomaba una decisión: dejar mi propia expedición, abandonar a Jean-François el egiptólogo, quedarme en Egipto, fellah anónimo, vivir hasta mi último respiro en este país que es el mío desde siempre.

-¿Tiene hijos? -me preguntó el jardinero de Karnak.

-Una hija.

-Entonces, debe volver. Ella le necesita. Un padre no abandona nunca a su hijo.

Leía mis pensamientos.

-Sé lo que siente -dijo-. Dejar Egipto es morir. Pero su hija vivirá de su vida. No tiene derecho a privarle de su presencia. Es la única falta que Dios no podría perdonarle.

Me partía el corazón. Me arrancaba a mí mismo como si desenterrara una simple flor. Mi hija... Por ella iba a abandonar mi tierra nutricia, el aire que me revivificaba, el calor que me curaba, los templos y las tumbas donde el sentido de la vida se imponía por sí solo, eliminando lo superficial y lo inútil. Iba a perder el paraíso de Karnak para conocer de nuevo el infierno de París.

-Cuando se vaya -prosiguió el jardinero-, los aldeanos vendrán de todas partes. Dejarán sus casas y se reunirán en la orilla, junto al sicómoro gigante bajo el cual estará amarrado su barco. Un cortejo de plañideras lanzará gritos de desesperación. Usted tendrá la mirada fija en el templo. No verá nada, no oirá nada. Intentará impregnarse de la vida de estas piedras hasta la médula. Y se irá, hermano, para nunca más volver.

EPÍLOGO

-Sigue hablando, papá -pidió Zoraida-, habla...

-Sabes, el obelisco... llegó a París. No me gusta esta Babel moderna que me mina la salud, pero me alegro de no estar demasiado lejos de esa piedra mágica. Y he dado una tarjeta de visita a la posteridad, mi gramática...

-Sigue hablando...

-Que me den otros dos años -dijo Champollion, golpeándose la frente-, ¡hay tanto aquí dentro!

Zoraida le miró fijamente para retenerle un poco más con ella. Él encontró nuevos recursos para transmitirle su fe.

-Recuerda... sólo el entusiasmo es la verdadera vida. El corazón tiene que inflamarse, el ser tiene que animarse con un deseo que le supere y le absorba. Sé fiel a tu entusiasmo. Dale de qué alimentarse..., y que puedas decir, en tu último suspiro: no tengo que avergonzarme de una sola hora de mi vida.

Luego se calló, agotado por aquel último esfuerzo.

Y su cabeza quedó inerte sobre la almohada.

Aquel 4 de marzo de 1832, a los cuarenta y dos años, Jean-François Champollion acababa de morir.

Zoraida no lloró. A pesar de la aflicción que le quemaba por dentro, a pesar de aquel fuego que sabía no se apagaría nunca, sentía una extraña alegría por su padre. Había visto su alma-pájaro emprender su vuelo hacia Egipto, allí donde algún día se reuniría con él.

Zoraida dio la vuelta a la habitación de su padre. Contempló el diario de familia donde habían sido inscritas las palabras pronunciadas por el curandero que había asistido al alumbramiento de Champollion: «Le predigo el nacimiento de un chico prometido a los más altos destinos. Será la luz de los siglos venideros».

Luego tocó cada uno de los objetos que su padre había traído de Egipto y que tanto quería. Se detuvo ante un papiro del Libro de los Muertos, que colocó sobre el corazón del difunto. Subió a la cama y se durmió a su lado, con la *cabeza* sobre el papiro, cuyos jeroglíficos, traducidos por Champollion, decían: «Un dios semejante a la luz se ha manifestado. Vivirá para siempre».

BIBLIOGRAFÍA DE LAS OBRAS
DE CHAMPOLLION

- Diccionario egipcio en escritura jeroglífica*, publicado por Champollion-Figeac, 1841.
- Escrituras egipcias, Cartas a M.Z****, 1825.
- Egipto bajo los faraones*, tomos 1 y 2, 1814.
- Carta a M. Dacier, relativa al alfabeto de los jeroglíficos fonéticos*, 1822 (reimp. Geuthner, 1922, Éditions du Centenaire).
- Carta sobre el descubrimiento de los jeroglíficos acrológicos*, 1827.
- Carta al señor duque de Blacas d'Aulps relativa al Museo real egipcio de Turín*, 2 tomos, 1824-1826.
- Cartas al señor duque de Blacas d'Aulps sobre el nuevo sistema jeroglífico de M. M. Spohn y Seyffarth*, 1826.
- Cartas escritas desde Egipto y Nubia en 1828y 1829*, 1833.
- Cartas y diarios de Champollion*, recogidos y anotados por H. Hartleben. Biblioteca egiptológica, 1909 (reimp. Christian Bourgeois, 1986).
- Carta relativa al zodíaco de Dendera*, 1822.
- Cartas a Zelmire*, presentadas por E. Bresciani, 1978.
- Informes sobre los signos empleados por los antiguos egipcios para la notación de las divisiones del tiempo en sus tres sistemas de escritura*, 1818.
- Monumentos de Egipto y Nubia según los dibujos realizados allí*, 4 volúmenes, 1835 a 1845 (reimp. Centro de documentación del mundo oriental, Éditions de Belles-Lettres, Lau-sana, s.d.).
- Notas descriptivas: Monumentos de Egipto y Nubia, notas descriptivas conformes con los manuscritos autógrafos allí redactados*, 2 vols., 1844-1879 (reimp. Collection des Classiques égyptologiques, Ginebra, 1973, 5 vols.).
- Nota descriptiva de los monumentos egipcios del museo Charles X*, segunda división, VIII, 1827.
- Observaciones sobre el obelisco egipcio de Filae*, 1822.
- Panteón egipcio, colección de los personajes mitológicos del Antiguo Egipto, según los monumentos*, 1825.
- Compendio del sistema jeroglífico de los antiguos egipcios o investigaciones sobre los elementos básicos de esta escritura sagrada*, 1824 (2.^aedic. aument., 1828).
- Principios generales de la escritura sagrada egipcia*, Instituto de Oriente, 1984 (Gramática egipcia, 1836).
- Informe sobre la colección egipcia nuevamente adquirida por orden de Su Majestad en Livourne*, 1826.